



LA PORTENTOSA IMAGEN DE
NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES
QUE SE VENERA EN QUITO

232.931

11433

968

MES

EN HONOR DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

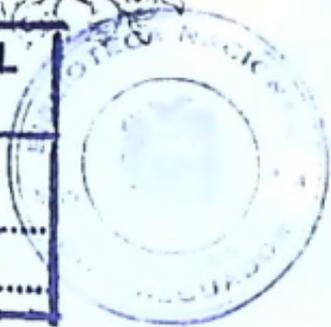
POR EL PRESBITERO SR. DR. D.

J. JULIO MARIA MATOVELLE,

SUPERIOR DE LA CONGREGACIÓN DE SACERDOTES OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS DE JESÚS Y MARÍA.



BIBLIOTECA NACIONAL	
COLECCIÓN GENERAL	
No. 0217	AÑO 1988
PRECIO	DONACION.....



QUITO - ECUADOR

TIP. EDITORA DE LOS TALLERES SALESIANOS

0000058-1910

D

LICENCIA DEL ORDINARIO

Vicaría General de la Arquidiócesis.

Quito, 18 de Noviembre de 1909.

Puede imprimirse.

N. ARSENIO SUÁREZ.

(Aquí un sello)

J. Pablo Sánchez,

SECRETARIO.

8200000

Obsequio hecho por la
Comunidad. Mercedaria
de Quito, a la Biblio-
teca Nacional del Ecuador,
el 24 de Octubre de 1919.

ADVERTENCIA



EL PRESENTE Mes en honor de Ntra. Sra. de las Mercedes se ha compuesto con motivo de los solemnes cultos que, en varias ciudades de esta República, se tributan á la SS. Virgen, en aquella su advocación tan querida y popular, durante distintas épocas del año, pero más especialmente en Septiembre (1); háse añadido en él un día más, el treinta y uno, para que las personas piadosas puedan servirse de este mismo librito, también en Mayo, que es el tiempo particularmente dedicado, por la Iglesia, para honrar á la Reina de los cielos. Las meditaciones diarias son algo extensas porque se han hecho con la mira de que su lec-

(1) La Santidad de Pío X ha confirmado esta práctica piadosa con numerosas indulgencias, concedidas especialmente á la Orden de la Merced y á las Cofradías á ella anexas, como consta del rescripto pontificio que va después de esta Advertencia.

tura pueda suplir á los sermones con que á veces se solemniza el Mes de Septiembre; pero todas van divididas en tres puntos, en gracia de las personas que quieran contentarse con la lectura de uno solo de ellos y abreviar así este ejercicio piadoso.

Las consideraciones, en su mayor parte, son tomadas de ilustres Padres y Doctores de la Iglesia, señaladamente San Agustín, San Bernardo, San Pedro Damiano, y San Ligorio, en su incomparable obra intitulada *Las Glorias de María*. Los ejemplos, casi todos, han sido suministrados por las crónicas de la benemérita Orden Mercedaria y la curiosa colección de historias edificantes publicada por el P. Fr. Juan Talamanco (1), del mismo venerable Instituto. Ambas fuentes de nuestras narraciones son seguras y dignas de todo crédito, sin embargo, conformándonos á lo ordenado por la S. de Urbano VIII, declaramos que, aquellos de nuestros relatos que no han sido confirmados por expresa autoridad de la Iglesia, no merecen más fe que la puramente humana.

Ojalá el presente opúsculo contribuya en algo á acrecentar el amor y culto á Nuestra Señora de las Mercedes, advocación ce-

(1) El título de la obra es este: *La Merced de María Coronada, ó María Santísima coronada Reina de la Merced ó Misericordia*.—Madrid, año de 1725.

lebérrima en el Ecuador, y de recuerdos gratísimos á nuestro católico pueblo, por los innumerables beneficios que, mediante ella, ha recibido siempre de la Madre de Dios, muy especialmente cuando la diestra airada de la Justicia divina nos ha flagelado con temblores de tierra, guerras ó epidemias; entonces más que nunca ha sido invocada María, por todas nuestras poblaciones, bajo el título glorioso de Madre de la Merced ó Misericordia, con el cual en todo tiempo se ha manifestado singular Protectora de nuestra República, liberándole de las calamidades públicas. Por esto tratan de ellas varias de las piadosas consideraciones de este devocionario.

Dígnese la augusta Emperatriz de cielos y tierra recibir en olor de suavidad este humilde homenaje que deposita á sus excelsas plantas el último de sus siervos,

J. Julio María Matovelle,
PRESBITERO.

Quito, Diciembre 8 de 1909.



PIUS PP. X

AD PERPETUAM REI MEMORIAM

Cum, sicuti accepimus, in Ecclesiis vel publicis oratoriis Fratrum Ordinis Redemptorum B. Mariae Virginis a Mercede piae exercitationes in honorem ejusdem Deiparae Virginis per integrum mensem Septembrem quotannis haberi soleant: Nos ut eadem piae exercitationes uberiori cum animarum fructu fiant, omnibus utriusque sexus christifidelibus qui piis praedictis exercitiis quotidie devote interfuerint, et vere poenitentes et confessi ac S. Communione refecti uno quo cuique libeat die sive mensis Septembris sive e primis octo mensis subsequentis quaecumque e praefatis Ecclesiis vel oratoriis devote visitaverint, ibique pro Christianorum Principum concordia, haeresum extirpatione, peccatorum conversione, ac S. Matris Ecclesiae exaltatione pias ad Deum preces effuderint, Plenariam omnium peccatorum suorum indulgentiam et remissionem misericorditer in Domino concedimus. His vero fidelibus qui corde saltem contritis quolibet die piis supra-dictis exercitationibus interfuerint, trescentos dies de injunctis eis seu alias quomodolibet debitis poenitentis in forma Ecclesiae consueta relaxamus. Quas omnes et singulas indulgentias, peccatorum remissiones et poenitentiarum relaxationes etiam animabus fidelium in purgatorio detentis per modum suffragii applicari posse indulgemus. Praesentibus perpetuo valituris.

Datum Romae apud S. Petrum sub annulo Piscatoris die III Aprilis M^o C^o M^o V. Pontificatus nostri anno secundo.

(L ☩ S)

ALOIS. CARD. MACCHI.

Concordat cum originali in hoc Archivo S. Hadriani de Urbe asservato.

Romae die 5 Aprilis 1905

FR. PETRUS N. ORO.—*Proc. Gralis.*

Tip. G. Pistolesi.

VERSIÓN CASTELLANA

*Pío, Papa X**de este nombre, para perpetua memoria de la cosa*

Como, según se nos ha hecho saber, en las iglesias ú oratorios públicos de los Hermanos Redentores de la Orden de la B. Virgen Maria de la Merced, cada año se acostumbren hacer ejercicios piadosos en honor de la misma Virgen Madre de Dios, durante todo el mes de Septiembre: Nos, para que esas piadosas prácticas se hagan con mayor provecho de las almas, concedemos benignamente, en el Señor, remisión é *Indulgencia Plenaria* de todos sus pecados, á todos los fieles de uno y otro sexo que concurran devotamente y cada día á los dichos ejercicios piadosos, indulgencia que la han de ganar en uno de los dias del expresado Septiembre, ó de los ocho primeros del mes siguiente, á su elección, en que verdaderamente contritos y alimentados con la recepción de los sacramentos de la Confesión y Sagrada Comunión, visitaren devotamente uno de los dichos oratorios ó iglesias, y oraren allí por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia. Mas á aquellos fieles que, al menos con corazón contrito, concurren á dichos ejercicios piadosos, les concedemos en cada uno de los dias del expresado mes, trescientos dias de indulgencia ó remisión de las penitencias ú otras penas á que se hallen sujetos, en la forma acostumbrada por la Iglesia. Concedemos además que todas y cada una de las indulgencias, remisiones y relajaciones de pecados y penitencias puedan aplicarse, por modo de sufragio, á las almas de los fieles detenidas en el purgatorio; debiendo las presentes Letras ser valederas *in perpetuum*.

Dado en Roma, en S. Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 3 de Abril de 1905, en el año segundo de nuestro Pontificado.

(Lugar ✠ del sello)

LUIS CARDENAL MACCHI.

MES DE SEPTIEMBRE

EN HONRA DE

NUESTRA SEÑORA de la MERCED

O DE LA

MISERICORDIA

ORACION PARA TODOS LOS DIAS

OHI MADRE Santísima de Dios y Corredentora del linaje humano: Vos en cuyas manos ha depositado el Eterno los tesoros de su gracia, dándoos al mismo tiempo corazón sumamente compasivo: dignaos, Virgen piadosísima, escuchar nuestras humildes plegarias y remediar las muchas y muy graves necesidades que nos aquejan. (Habéis querido ser invocada con el dulcísimo título de Reina de la Merced y la Misericordia, pues, ¿á quién habéis de favorecer de preferencia con vuestras bondades sino á los miserables y necesitados? Por esto bajásteis del empíreo, para socorrer á los innumerables cautivos que yacían sepultados en horribles prisiones y víctimas de horribles torturas, bajo el poder de los Moros; Vos con vuestras maternales manos rompísteis esos grilletes y cadenas: no os olvidéis, benignísima Señora, de vuestras antiguas misericordias, antes bien, haciendo nuevo uso de ellas, venid en nuestro auxilio.) (1) Bien veis la intolerable cautividad en que el demonio y el pecado tienen ligadas á nuestras almas: romped el pesado yugo de nuestras pasiones, ayudadnos á recobrar la santa y hermosa libertad de los hijos de Dios, redimidnos de los males y angus-

(1) Las personas que quieran abreviar los ejercicios piadosos del *Mes* pueden suprimir la parte de esta oración, contenida en el paréntesis.

tias de la vida presente, y alcanzadnos la gracia especialísima que os pedimos en este mes, junto con el don inestimable de la perseverancia final, y la gracia de ver y poseer eternamente á Dios, en vuestra amorosa compañía, en el cielo. Amén.



MEDITACION PARA EL PRIMER DIA

CUÁNTO NOS IMPORTE SER DEVOTOS

DE LA VIRGEN SANTÍSIMA EN SU TÍTULO DE LAS MERCEDES

PUNTO PRIMERO.— Entre los innumerables dones de que somos deudores á la munificencia divina, uno de los más grandes es haber constituido Dios á la Virgen Santísima Reina, Medianera, Abogada y Madre nuestra. A punto ya de expírarse en la Cruz, tornando el Salvador su mirada agonizante hacia María, señalándonos á los hombres en la persona del amado Discípulo: «Mujer, exclamó, he ahí á tu hijo»; y al Discípulo: «He ahí, le dijo, á tu Madre»; enseñándonos á venerar y amar á María, como á Madre nuestra, en el orden espiritual. Con legado tan excelente y precioso como fué el darnos por madre á la que es verdadera Madre de Dios, Reina de los Angeles y Emperatriz del universo, hemos sido hechos participantes de gracias tan extraordinarias y sublimes que exceden á cuanto puede suponer ni calcular nuestra limitada inteligencia. Dios, dice San Bernardo, ha puesto la plenitud de todos los bienes en María: *Totius boni plenitudinem posuit in María*; por tanto, si algún vislumbre de esperanza divina brilla en nosotros, si alguna gracia nos ha sido concedida, si nuestras almas se encuentran en las sendas de la eterna salvación, reconocamos que de todo esto somos deudores á Ma-

ría, pues de la plenitud de sus gracias redundan en nosotros aquellos dones sobrenaturales tan inestimables y preciosos: *ut si quid spei in nobis est, si quid salutis, ab ea noverimus redundare* (Serm. de Aquaed.). Siendo esto así, concluye el santo Doctor, busquemos la gracia, pidámosla incesantemente al cielo, pero busquemos y pidámosla por intercesión de María: *Quaeramus gratiam, et per Mariam quaeramus.* (Ib.)

PUNTO SEGUNDO.—Conforme á esta doctrina, profesada por toda la Iglesia, debemos acudir á la poderosa intercesión de la Virgen Santísima para impetrar más eficaz y seguramente los dones y gracias del cielo de que tanta necesidad tenemos á cada instante y en todos los órdenes y circunstancias de la vida. ¿Qué podemos sin Dios? Nada; necesitamos de su soberano auxilio á cada paso y en todo. Dones de naturaleza y gracia; del orden temporal y el eterno; gracias prevenientes, concomitantes y subsiguientes; luz para la inteligencia, fuerza y calor para la voluntad, firmeza en el bien, perseverancia hasta la muerte: de todo esto necesitamos, nada tenemos, y solo Dios puede concedérmolo. Pero ¡ay! aunque es tan grande nuestra miseria, no es menor nuestra indignidad, y así necesitamos de la poderosa intercesión de María, á quien invoca la Iglesia, llamándole Madre de la divina gracia y Reina de Mercedes.

¡Qué gratitud, qué amor no debemos profesar á la Madre Santísima de Dios, que al par que

poderosa es benignísima, escucha con dignación nuestras súplicas, y todas las despacha como mejor conviene á los intereses de nuestra salvación eterna! ¿Qué acciones de gracias tributaremos á esta bondadosísima Reina, y cómo le testificaremos nuestro reconocimiento? San Agustín, considerando el sin número de gracias que hemos recibido de Dios por la mediación de María, declara que no es posible á nuestra flaqueza y miseria agradecer ni ensalzar á esta admirable Virgen como ella lo merece y nosotros se la debemos. ¡Oh Madre bienaventurada, exclama el santo Doctor, ¿quién podrá jamás tributaros las debidas acciones de gracias y las alabanzas que merecéis por haber, con vuestro asenso á las palabras del ángel, salvado al mundo de su perdición? *O beata Mater, quis tibi digna valeat jura gratiarum ac laudum preconia rependere, quae singulari tuo assensu mundo succurristi perditio?* A pesar de todo, dignaos, Señora, recibir benignamente el humilde homenaje de nuestra gratitud, por pobre y humilde que éste sea, y por más que no guarde proporción alguna con la sublime alteza de vuestros merecimientos. *Accipe itaque quascumque exiles, quascumque meritis tuis impares gratiarum actiones* (Serm. 18 de Sanctis).

PUNTO TERCERO.—Lo mismo es gratitud que reconocimiento; entonces somos gratos ó reconocidos cuando advertimos, recordamos y celebramos los beneficios que se nos han hecho. Si, pues, cuantas gracias recibimos del cielo nos

vienen por las manos de la Virgen Santísima, justo y debido es que la honremos é invoquemos con el glorioso título de Reina de las gracias y Mercedes. Con ello confesamos nuestra miseria y nuestra nada, glorificamos á Dios, reconociéndole autor de todo don y toda gracia, y ensalzamos á la Inmaculada Virgen, proclamándole tesorera y dispensadora de dádivas tan preciosas.

La Iglesia nos enseña á invocar á María con los títulos más dulces, amables y consoladores; en las letanías lauretanas le llama: *Auxilio de los cristianos, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos y Salud de los enfermos*. Los más grandes Padres y Doctores de la Iglesia dan igualmente á la augusta Virgen títulos hermosos y variados: San Agustín la llama *Spes unica peccatorum*, única esperanza de los pecadores; San Bernardo: *Scala peccatorum*, única escala que les queda á los pecadores para poder subir al cielo; San Germán de Constantinopla habla así, dirigiéndose á María: «O Señora mía, Vos sois en Dios mi único consuelo: *O Domina mea, sola mihi ex Deo solatium*: Vos, guía de mi peregrinación, fortaleza de mi debilidad, riqueza de mi pobreza, bálsamo de mis llagas, alivio de mis dolores, libertad de mis cadenas, y esperanza de mi salvación. Oid, os ruego, mis súplicas, tened piedad de mis suspiros, Vos que sois mi reina, mi refugio, mi vida, mi auxilio, esperanza y fortaleza mía»: *Domina mea, refugium, vita, auxilium, spes et robur meum* (In Encom. Deip.) Pues todos estos títulos tan bellos los encerramos en uno so-

lo que compendia admirablemente los demás cuando llamamos á María, Reina de las Mercedes.

En vista de esto no debe extrañarnos que la Virgen Santísima se haya complacido tanto, y en todo tiempo, en ser invocada bajo este glorioso título. Son innumerables y magníficos los portentos que, en prueba de esta complacencia, se ha dignado realizar en todos los países y naciones. Gocémonos pues también nosotros en invocar á la Madre Santísima de Dios con este glorioso dictado, y esperemos que por nuestra fidelidad en honrarla, mediante esta bellísima advocación, alcanzaremos gracias muy preciosas del cielo y nuestra salvación eterna.

EJEMPLO.— En las crónicas de la Orden de la Merced se refiere que un noble caballero piamontés, llamado Carmelo, natural de la ciudad de Mondoví, movido de superior impulso y deseoso de abrazar la vida religiosa, dejó su país y se encaminó á Francia. Era devotísimo de Nuestra Señora de las Mercedes, y bajo este glorioso título invocaba frecuentemente á la Reina del cielo en todas sus tribulaciones y necesidades. Habiendo llegado á Burdeos en altas horas de la noche, y no hallando venta ni posada abiertas donde poder alojarse, se reclinó á dormir bajo un portal. No bien el sueño había cerrado sus párpados, despertóse asustado por un espantoso ruido que escuchó cerca de sí, y luego se le presentó una caterva de demonios, en forma

de horrorosos fantasmas que se acometían unos á otros y acuchillaban entre sí. Aterrado ante este horrendo espectáculo, lleno de angustia y de pavor, sin tener á quién acudir en defensa suya, acordóse de la Virgen Santísima, y con todas las fuerzas de su alma la invocó en alta voz, diciéndole: ¡VIRGEN SANTÍSIMA DE LA MERCED!. . . . Al momento se le presentó la Reina poderosísima, y con sola su presencia puso en fuga á aquella infernal tropa de espíritus réprobos; serenó el alma del piadoso caballero que poco antes se había sentido muy tentado contra su santa vocación, y casi desfallecido en ella; y no contenta con esto, después de esforzar al piadoso mancebo á llevar adelante su generoso designio, le fué guiando por las calles de la ciudad, iluminando el sendero entre las sombras de la noche, y no le dejó hasta ponerle á las puertas del convento de la Merced. Conmovidó el joven con tan extraordinario portento entró inmediatamente en esta Orden hermosa, donde perseveró hasta su muerte. Enseñanos esto cuán eficaz sea el título solo de Nuestra Señora de las Mercedes para librarnos de todos los males y peligros y asegurarnos la salvación eterna.

ASPIRACIONES.—Oh María de las Mercedes, Reina augusta de los cielos, cuánto se afirma mi esperanza en vuestro soberano patrocinio, sabiendo que si es grande mi miseria, mucho mayor es tu poder, y si son innumerables mis necesidades, tampoco tienen número las gracias que Dios ha depositado en tus manos para

que las distribuyas á los hombres. Si en mí está el pecado, en tí está la gracia; si yo soy un desvalido, tú eres poderosísima ante Dios; si me encuentro enfermo, tú eres mi remedio; si triste, en tí hallo mi consuelo. Tú eres en fin, la Reina de las Mercedes, y por esto acudo á tí, oh Virgen piadosísima, para que durante todo este mes que te está especialmente consagrado, te dignes hacer ostentación de tus bondades, arrancando á mi alma del abismo de miserias en que está sumida, y colmándole de las gracias de que tanto necesita. Y pues nadie recurre á tus plantas, ni implora tu mediación sin verse luego socorrido, no sea yo, oh Madre piadosísima, el único que me vea privado de tu protección y tus favores. Alcánzame la gracia especial que imploro en este mes, la de amarte y servirte con fidelidad durante toda mi vida, y la de ver á Dios y poseerle eternamente, en tu compañía, en la gloria eterna del cielo. Así sea.

Virtud para este día.—Ofrecer á Nuestra Señora de las Mercedes hacer fielmente, todos los días, los ejercicios piadosos del presente mes, dando principio á ellos con una consagración total de nuestro ser al amor y servicio de esta bondadosa Reina.

En seguida se dice: Recemos tres veces el Ave-María á Nuestra Señora de la Merced, en honra de las tres horas que estuvo al pie de la Cruz, y pidamos á esta Madre bondadosa nos alcance vernos libres del cautiverio del demo-

nio y la culpa, y el logro de la gracia especial que deseamos alcanzar en este Mes.— *Ave-Ma-
ría* (tres veces, y á continuación se rezan las si-
guientes)

PRECES A NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED (1)

Vl. Virgen Madre de Mercedes,
Reina de cielos y tierra:

Rl. *En la vida y en la muerte
Ampáranos, Madre nuestra.*

Templo de la Trinidad,
Y puerta del cielo abierta,
Que para que todos entren,
Descendiste hasta la tierra
A fundar tu Religión
Cual prenda de tus finezas.
En la vida, etc.

Escala hermosa del cielo
Toda engastada de estrellas,
Suave néctar que Dios puso
En esta mansión terrena,
Para endulzar la amargura
Del cautivo en su cadena.
En la vida, etc.

Virgen piadosa, que siempre
El ser Madre desempeñas,
En los conflictos prestando
Mercedes á manos llenas,
Y en tu santo escapulario,
Armas, escudo y defensa.
En la vida, etc.

(1) Estas Preces, cuyo autor ignoramos, compuestas pro-
bablemente por algún religioso mercedario á principios del
siglo XIX, son muy conocidas y estimadas por el pueblo
piadoso y rézanse con mucha devoción en toda la Repúbli-
ca, por lo cual las reproducimos aquí.

Madre mejor que Raquel,
Mejor que Sara y Rebeca,
Que Débora, Judith y Esther,
Que Jaél, Betsabé y Resfa;
Y que todas cuantas madres
Se han visto ni ver se esperan.

En la vida, etc.

Madre tan grande y sublime
Tan soberana y excelsa,
Que hacerte mayor no puede
Ni Dios con su omnipotencia;
Pues Madre de mejor Hijo
Es quimera manifiesta.

En la vida, etc.

Eres el sol que me alumbra,
Eres luna siempre llena,
Eres estrella del mar,
Eres del campo cosecha;
Eres arca de la Alianza,
Eres victoria en las guerras.

En la vida, etc.

Tú me levantas caído;
Si triste, tú me consuelas,
Si estoy enfermo me sanas,
Y si débil me das fuerzas;
Porque eres maná del alma
Que todo sabor encierra.

En la vida, etc.

Ea, pues, Madre admirable,
Mi amor, mi Señora y Reina,
Recíbeme por tu hijo,
Y dame esa prenda cierta,
Que tus amantes consiguen,
De la salvación eterna.

En la vida, etc.

Pues consiste en imitarte
 Nuestra filiación perfecta,
 Haznos siempre adelantar
 De la virtud en la senda,
 Siguiéndote con fervor
 Como á Madre, guía y maestra.

En la vida, etc.

Acuérdate que no se ha oído,
 Ni en algún siglo se cuenta,
 Llorase desamparado
 El que recurre á tus puertas,
 Pues al toque de los ruegos
 Mercedes son tu respuesta.

En la vida, etc.

Echanos tu bendición,
 Como Madre verdadera;
 De tus pechos dá á gustar
 Ese suavísimo néctar;
 Favor que si lo practicas
 No será la vez primera.

En la vida, etc.

Pues nadie se ha de salvar
 Sin que tu amor intervenga;
 En tus manos desde ahora
 Mi espíritu se encomienda,
 Para que sea mi dicha
 De tu Merced consecuencia.

En la vida, etc.

V1. Virgen Madre de Mercedes,
 Reina de cielos y tierra:

R1. *En la vida y en la muerte*
Ampáranos, Madre nuestra.

Antífona. — Todas las criaturas del cielo y de la tierra se postren saludando á la Santísima Virgen María, diciendo: Dios te salve, Madre de clemencia, consuelo de los afligidos, Redentora de los cautivos. Tú eres la gloria de Jerusalén, Tú la alegría de Israel, Tú la honra de nuestro pueblo.

Vl. Ruega por nosotros, Santísima Virgen de la Merced.

Rl. Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

ORACIÓN.—Oh Dios, que para librar á los fieles cristianos del poder de los paganos, dilatásteis vuestra Iglesia, fundando en ella por medio de la gloriosísima Madre de vuestro Hijo, la nueva Religión de Redentores Mercedarios: os suplicamos humildemente que á todos los que veneramos á la Santísima Fundadora de tan santa obra, nos libréis, mediante su intercesión y méritos, del cautiverio del demonio y del pecado. Así os lo pedimos por el mismo Jesucristo, Señor nuestro. Amén.



MEDITACION PARA EL DIA SEGUNDO

LA REINA DE LAS MERCEDES

PUNTO PRIMERO.—*Merced* en castellano vale tanto como dádiva ó gracia, y así invocar á la Virgen Santísima con el hermoso título de Reina de las Mercedes, es lo mismo que llamarla Dispensadora de las gracias; lo que es conforme á la doctrina de la Iglesia que en las Letanías Lauretanas llama á María: «Madre de la divina gracia»: *Mater divinae gratiae*. En efecto, María es Madre verdadera de Jesucristo, es decir del Verbo encarnado, del Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salud y remedio: *De qua natus est Jesus qui vocatur Christus* (Math. cap. I, v. 16.) El Verbo divino es la gracia substancial y eterna, es el don más precioso que la caridad del Eterno Padre ha hecho á los hombres, pues así amó Dios al mundo que no vaciló en darle á su mismo Hijo unigénito para salvarlo y redimirle: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret* (Joann. c. III, v. 16.). Pero para ponerse el Hijo divino á nuestro alcance se revistió de carne humana en el seno purísimo de la Virgen, de modo que en esas entrañas virginales depositó el cielo todo el tesoro de la divina gracia, y así, con toda razón es llamada María la Madre de la divina gracia. Conforme á esto

leemos en el Evangelio, que todas las grandes y principales manifestaciones de Jesucristo á los hombres se hicieron siempre por medio de María. De los pastores refiere San Lucas que no encontraron al divino Niño sino después de haber hallado previamente á su Madre: *Et invenerunt Mariam et infantem positum in praesepe* (Luc. cap. II, v. 16). Los Reyes Magos igualmente no encontraron al Niño sino en el regazo de su Madre: *Invenerunt puerum cum Maria Matre ejus* (Math. cap. I, v. 11). El primer milagro del Salvador fué realizado en Caná á instancias de su Madre Santísima. En el Calvario, esta Madre incomparable estuvo de pie junto á la cruz. En el Cenáculo descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles cuando se hallaban en oración con María, la Madre de Jesús: *Illi omnes erant perseverantes unanimiter in oratione cum Maria Matre Jesu* (Actos. cap. I, v. 14). Podemos, pues, decir con toda verdad que las principales efusiones de la divina gracia en favor de los hombres se han hecho siempre en atención á María, y por su mediación poderosa.

PUNTO SEGUNDO.—Esta Virgen admirable es Reina de las gracias y mercedes no solamente por ser Madre de Jesucristo, esto es, por haber encerrado en su seno al Autor de la gracia, y á la misma gracia substancial y eterna, que es el Verbo divino, sino que por este misterio de su maternidad divina ha sido constituida por Dios depositaria y dispensadora de todas las gracias y mercedes destinadas á los

hombres. Esta es doctrina común en la Iglesia, enseñada por grandes Padres y Doctores, como San Ildelfonso, San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, San Ligorio y otros. San Buenaventura dice: «Habién dose complacido Dios en habitar en el seno de esta Virgen, en algún modo se ha granjeado ella cierta jurisdicción sobre todas las gracias; porque saliendo Jesucristo de su sacratísimo vientre, salieron de él, como de un océano, juntamente todos los ríos de los divinos dones : *De cujus utero flumina emanabant omnium gratiarum* (In Spec, cap. III). Ciertamente, el único mediador de justicia que tenemos para ante el Eterno Padre es Jesucristo Nuestro Señor; pero este mismo divino Salvador ha querido constituir á su Madre Santísima medianera de gracia entre Él y los hombres; María ha sido, pues, hecha tesorera de todas las gracias de la redención, y así no llega á nosotros ninguna de ellas sino por las súplicas y la mediación de esta Madre Santísima. Figura de ella fue la Reina Ester que impetró del rey Asnero la libertad y salvación de todo el pueblo de Israel; figura de ella, Judith que cortó la cabeza de Holofernes y derrotó á los enemigos del pueblo de Dios que cercaban á Betulia; figura de ella, el arca de la alianza en que se encerraban las tablas de la ley y el maná, símbolos de la doctrina y de la gracia. María es, pues, con toda verdad, la Reina de las Mercedes y la Dispensadora de todas las gracias.

PUNTO TERCERO.—Nadie ha expuesto con más claridad y unción esta verdad consoladora, nadie ha enseñado en términos más expresivos que María es la dispensadora de todas las gracias y la Reina de todas las Mercedes, como el melífero San Bernardo; oigamos, pues, á este ilustre Padre doctrina tan dulce y atractiva para todos los verdaderos devotos de la Virgen: «Advierte, oh hombre, dice, cual fue el consejo de Dios, reconoce los acuerdos de su sabiduría y los consejos de su piedad. Antes de humedecer con el rocío la era, primeramente lo derramó todo en el vellón figurativo; de modo semejante, para realizar la gran obra de la redención del género humano, el precio total de esta redención divina lo encerró en María»: *Redempturus humanum genus, pretium univsum contulit in Maria.* «No digas, pues, ya en adelante, oh Adán: la mujer que me diste por compañera, me hizo comer del fruto prohibido; sino, dí más bien, la mujer bendita que me has dado para mi remedio me ha alimentado con el fruto de bendición»: *Me cibavit fructu benedicto.* «Pero levantemos mucho más alto nuestra consideración, y reconozcamos con qué afectos de amor ha querido Dios que honremos á su Madre Santísima, pues toda la plenitud de los bienes lo ha puesto en María»: *Totius boni plenitudo possuit in Maria.* «Por tanto si alguna esperanza alienta aun en nuestros pechos, si algunos dones de salvación y gracia nos han sido concedidos, reconozcamos que todo esto redundará en nosotros de María»: *Ab ea noverimus redundare.* «Ella es ciertamen-

te aquel huerto de delicias, en el cual al soplar aquel Austro divino en su primera venida, y en las demás visitas de su misericordia, ha esparcido y derramado por todas partes los efluvios de sus aromas, esto es, todos los carismas de la gracia: *Ut undique fluant charismata gratiarum.* «Quitad al sol que ilumina al mundo, ¿dónde hallaremos el día? Quitad á María, á esta estrella del mar, de aquel mar grande y espacioso del universo, ¿qué quedará sino caos y sombras de muerte y densísimas tinieblas? Veneremos pues con todas las fibras de nuestro corazón, con todos los afectos del alma y con todos los votos de nuestra voluntad á esta divina María; porque tal es la voluntad de Dios, que ha querido que todo lo tengamos por María: *Quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam* (Serm. in Nativit. B. M. V).

EJEMPLO.—El siguiente suceso acontecido en la ciudad de Aviñón, en 1336, demuestra que no hay causa, por desesperada que parezca, que no alcance seguro remedio si de veras acudimos al amparo y protección de Nuestra Señora de las Mercedes. Un pobre hombre había sido sentenciado por sus jueces á morir quemado vivo, por crímenes de que estaba inocente, y que le habían sido imputados por algunos perversos émulos. Hallábase el supuesto reo entregado á la desesperación, tanto que rehusaba tenazmente todos los auxilios que le ofrecían algunos piadosos sacerdotes. Supo esto un religioso de la Merced, llamado Fray Claudio de Porta-coeli, fué donde el condenado á

muerte, dióle una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, le confesó é infundió tal confianza en la Santísima Virgen, que desde aquel punto recobró la paz el desgraciado, y cuando sonó la hora, se encaminó al suplicio con admirable serenidad de ánimo y esperanza cierta de que la Reina del cielo le había de librar de aquella inmerecida muerte. Llegados al lugar de la ejecución, y encendida la hoguera, fue primeramente arrojado á ella otro reo que era en realidad culpable y digno de la sentencia que había recaído sobre él, y al instante fue reducido á cenizas. Los ministros de justicia tomaron en seguida al inocente y le arrojaron también al fuego, pero éste en vez de ocasionarle el menor daño, le lanzó fuera; por dos veces más le tornaron al suplicio, hasta que el pueblo todo y los mismos jueces testigos de aquel insigne portento reconocieron la inocencia del reo y le dejaron en libertad. Desde entonces fue conocida, y creció grandemente en Aviñón, la devoción á Nuestra Señora de las Mercedes (1).

ASPIRACIONES.—¡Oh Virgen Santísima! cuán dulce y grato me es invocaros con el hermoso título de Reina de las Mercedes. Sí, Madre amabilísima, á Vos, después de mi Redentor divino, os debo las gracias que hasta hoy he recibido del cielo; pues si mi Salvador murió en la cruz por redimirme, Vos, Señora, con

(1) Traen este prodigio el Padre Talamanco, en su obra intitulada *La Merced coronada*, y el Padre Huguet en su *Anné miséricordieuse de Marie*.

vuestras piadosas oraciones y eficacísimos ruegos me habéis alcanzado las gracias de la redención. A vuestra solicitud maternal é intercesión soberana me reconozco deudor de la gracia del santo bautismo y de la adopción divina; á Vos, el que no haya sido hasta hoy precipitado en los infiernos, como tantas veces lo he merecido por mis pecados, y el que hayan sido lavados éstos en la sangre preciosísima de mi Redentor; á vuestra mediación espero que deberé también la gracia de mi reconciliación con Dios y el don inestimable de la perseverancia final. Hacednos ver y palpar que sois verdaderamente Madre de misericordia y Reina de las Mercedes, concediéndonos las gracias que os pedimos en este Mes, y la de gozar eternamente de Dios en la gloria. Así sea.

Virtud para este día.—Adornar en nuestra habitación una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, ó visitar diariamente la que se expone á la devoción de los fieles en el templo en que se celebra este Mes, y ante esa santa efigie rezar una tercera parte del rosario pidiendo por las necesidades de la Iglesia y la santificación de nuestras almas.



MEDITACIÓN PARA EL DÍA TERCERO

CUÁNTA NECESIDAD TENEMOS DE LAS MERCEDES Y
PROTECCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

PUNTO PRIMERO. — Es de fe que sin la gracia de Dios nada podemos hacer en el orden espiritual que nos sea provechoso ni meritorio para la vida eterna. «Sin mí, nos dice el Señor, nada podéis hacer»: *Sine me nihil potestis facere* (Joann. cap. XV, v. 5.). Ni siquiera pronunciar el nombre santísimo de Jesús podemos, sino por el Espíritu Santo: *Nemo potest dicere Dominus Jesus nisi in Spiritu Sancto* (1.ª ad Cor. cap. XII, v. 3). Ampliando lo dicho en la consideración del día 1.º, añadiremos aquí, que necesitamos de la gracia divina para principiar nuestras buenas obras, para continuarlas y para concluir las; necesitamos de la gracia que ilumina nuestras inteligencias, mueve nuestras voluntades, y nos dá energía para obrar el bien. Esta gracia divina nos es necesaria á cada paso, de día y de noche, al principio, al medio y al fin de nuestra vida; necesitamos de gracias de conversión, de gracias de santificación, y de la grande y soberana gracia de la perseverancia final. En suma, sin la gracia, nada, absolutamente nada, podemos hacer en orden á nuestra salvación eterna. Ahora bien, como María es, según lo hemos visto ya, la soberana Dis-

pensadora de las gracias, por haber su Hijo divino depositado en manos de ella todos los tesoros de nuestra redención, resulta que á esta Virgen potentísima debemos acudir á cada momento, y á cada paso, y en todas las necesidades de la vida. La Iglesia pone en labios de María estas hermosas palabras del libro sagrado del Eclesiástico: «En mí está toda la gracia para el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y virtud»: *In me omnis gratia viae et veritatis, in me omnis spes vitae et virtutis* (Eccle. cap. XXIV, v. 25). (1). Por esto invocamos á esta excelsa Reina con los títulos de Madre de las gracias y Reina de las Mercedes, porque ningún don de lo alto llega á nosotros, sino pasando por manos de María. ¡Qué consuelo y qué gozo para los verdaderos devotos de la Virgen Santísima, saber que en manos de esta dulcísima y bondadosísima Madre ha depositado Dios todos los tesoros de la gracia, todas las bendiciones del cielo y de la tierra, y cuanto habemos menester para nuestra felicidad temporal y eternal

PUNTO SEGUNDO. — Una de las invenciones más tiernas y delicadas de la misericordia divina en favor de los hombres es haber constituido á la Virgen Santísima depositaria y dispensadora de todas las gracias y mercedes; pues si no tuviéramos á esta dulcísima Abo-

(1) La versión castellana de los textos bíblicos que vamos citando, está tomada del Ilmo. Sr. Torres Amat.

gada y Medianera nuestra, ¿cómo tendríamos valor de presentarnos ante el acatamiento divino para implorar sus soberanos dones, sintiéndonos casi siempre manchados por la culpa y reos de no pocos delitos ante la justicia divina? He aquí porque con tanta razón nos enseña San Anselmo que muchas veces alcanzamos con más facilidad y prontitud las gracias del cielo invocando el nombre de María, que invocando el nombre mismo de Jesús, su divino Hijo: *Velocior nonnumquam salus memorato nomine ejus, quam invocato nomine Jesu, unici Filii sui.* Y dá la razón de ello el Santo Doctor, diciendo, que si bien Jesús es nuestro Salvador dulcísimo, es también nuestro rectísimo Juez; de donde resulta que cuando nos acercamos á implorar sus dones manchados de culpas y pecados, éstos impiden que se nos conceda lo pedido, porque claman más alto que nuestros ruegos, y exigen el condigno castigo de nuestros crímenes; mientras que cuando acudimos á María, como ella no hace con nosotros oficio de juez, sino se porta como Madre amantísima de los hombres, suple con sus méritos los que nos faltan, y así alcanza la gracia que pedimos, aunque seamos indignos de ella. *Invocato nomine Matris, etsi merita invocantis non merentur ut exaudiatur, merita tamen Matris intercedunt ut exaudiatur* (Lib. de Excel. Virginis). Por lo cual San Bernardo nos invita á todos, por pecadores y miserables que seamos, y aún á los más cargados de delitos y más deudores á la justicia divina, para que acuda-

mos confiadamente á la poderosísima intercesión de la Virgen Santísima, sabiendo que en ella nada hay de terrible y austero. «¿Por qué, dice el Santo Doctor, trepidará la humana fragilidad acercarse á María?» *Quid ad Mariam accedere trepidat humana fragilitas?* Nada hay en María terrible ni austero, todo en ella es suavidad, dulzura y compasión, á todos ofrece leche, como Madre, y el vestido y la lana, como bondadosísima Reina nuestra»: *Nihil austerum in ea, nihil terribile, tota suavis est, omnibus una offerens lac et lanam* (Homil. super Signum magnum).

PUNTO TERCERO.—Si, pues, según el precepto del Evangelio, debemos orar siempre y no desfallecer en este santo ejercicio: *Oportet semper orare et non deficere* (Luc. cap. XVIII, v. 1); siempre y en todo tiempo y en todas nuestras necesidades debemos acudir á la Virgen Santísima, sabiendo que por su mediación poderosa alcanzaremos cuanto nos conviene, principalmente en lo que toca al gran negocio de nuestra salvación. He aquí porque el título de Nuestra Señora de las Mercedes dado por la Iglesia á la Virgen Santísima, es entre todos los de esta soberana Reina, uno de los más gratos y dulces á la piedad cristiana. El célebre y docto Padre Vieira (1), de la Compañía de Jesús, en un hermoso sermón acerca de nuestra Señora de las Mercedes, dice así: «Nuestra Señora de las Vic-

(1) Citado por el P. Talamanco.

torias es de los conquistadores: Nuestra Señora del Carmen, es de los contemplativos: Nuestra Señora de la Luz, de los errantes y descaminados: Nuestra Señora de las Mercedes es de todos, porque sin diferencia está prometiendo y ofreciendo todas las mercedes que se la pidieren. En los tesoros encerrados en la mano de esta soberana Señora, no sólo hay para los soldados victorias, para los desterrados patria, para los descaminados luz, para los contemplativos quietud, sino que no hay título en el mundo con que la Virgen Nuestra Señora pueda ser invocada, que no esté ya comprendido debajo del amplísimo nombre de Mercedes; por consiguiente, no hay gracia ni don que no se le pueda pedir con igual confianza, al invocarlo con el dulcísimo título de Mercedes. En ella halla el cautivo redención, el triste consuelo, el enfermo salud, y el pecador perdón».

EJEMPLO. — Por los años de 1617, vivía en el convento de Ecija, en España, un religioso de la Orden, llamado Fray Antonio Mercado, notable por sus adelantos en los estudios y letras, pero que se había descuidado no poco en lo tocante á su salvación. Por una grave falta le reprendió el superior, y entre otras penitencias le impuso la de hacer una visita á Nuestra Señora de las Mercedes. Era el día primero de Julio, y venida la tarde, la comunidad fue á coro á cantar las vísperas de la gran fiesta de la Visitación; todos los concurrentes notaron entonces sorprendidos que la imagen de la San-

tísima Virgen de la Merced, que estaba en el altar mayor, se ostentaba con extraordinaria majestad y hermosura; el religioso culpable esforzábese también por contemplar ese prodigio, pero le sucedió al revés, pues la santa efigie desapareció completamente á sus miradas. Al punto, un rayo de la gracia tocó de súbito aquel empedernido pecho; pues considerando sobre cuál podría ser la causa de ocultársele tan portentosamente la sagrada imagen, advirtió que no era otra que la de sus pecados; con lo cual deshecho en llanto y herido de profunda contrición resolvió mudar de vida y dedicarse todo el resto de ella á la práctica de la más austera penitencia. Al instante se hizo ver de él la portentosa efigie de María, con la belleza y encanto que tanto había admirado á los demás religiosos. El recientemente convertido cumplió su palabra. No sobrevivió sino un año, á aquel maravilloso suceso, pero en ese corto tiempo se dedicó tan de veras á todas las prácticas de la perfección, que mereció *le anunciara un ángel del cielo* el día y la hora de su muerte, la que fue con todas las señales distintivas de los verdaderamente justos y predestinados.

ASPIRACIONES.—¡Sea eternamente alabada la infinita munificencia del Señor que nos ha dado en María tal tesoro de gracias y bendiciones! Somos nosotros abismo de miseria y ella es abismo de misericordia; nosotros, los pobres y necesitados en todo orden, y ella, Madre de gracia y Reina de Mercedes; noso-

tros, la indigencia misma, y ella, el tesoro de todos los celestiales dones; nosotros, acopio de enfermedades, y ella de todos los remedios. ¡Oh Virgen bondadosísima! ¿cómo es entonces que siendo vos tan rica, seamos nosotros tan pobres; Vos tan santa, y tan pecadores nosotros? No se diga jamás, oh piadosísima Madre, que hemos acudido á vuestras plantas solicitando vuestro amparo y protección, y hemos sido de Vos desechados; pues os llamáis Reina de las Mercedes, dignaos concedernos las que con tantas instancias os pedimos en este Mes. No nos digáis que no queréis, porque sois bondadosísima, ni que no podéis, porque vuestras súplicas son omnipotentes. Todos los que acuden á Vos experimenten el gran valimiento que tenéis ante el trono de la divina Misericordia, y todos habemos de confesarnos deudores á Vos, soberana Reina de Mercedes.

Virtud para este día.—Para obligar á la Santísima Virgen que no nos niegue nada de cuanto le pedimos, y ella sabe que nos conviene, es necesario que tampoco nosotros le neguemos aquellos sacrificios que nos exige para nuestra santificación ó la del prójimo. Examinemos, pues, nuestra conciencia, y averigüemos si no hay algo que la Santísima Virgen nos está pidiendo, hace tiempo quizás, por medio de santas y frecuentes inspiraciones, y hagámoslo cuanto antes, cuéstenos lo que nos costare.

MEDITACION PARA EL DIA CUARTO

CUANTO SE COMPLACE LA VIRGEN SANTÍSIMA EN QUE SE LA INVOQUE BAJO EL TÍTULO DE LA MERCED Ó MISERICORDIA.

PUNTO PRIMERO.—Los títulos con que la Iglesia invoca á la Virgen Santísima no son nombres vanos ó invenciones de una fantasía extraviada, sino expresiones teológicas fundadas en la Escritura Sagrada y en la enseñanza de los Padres, que incitan nuestra piedad para con la Reina de los cielos, recordándonos alguna de sus grandes excelencias y prerrogativas, ó algún género de altísimos bienes, de esos que con tanta ternura prodiga á los hombres. Pero aunque todos esos títulos son gloriosos para la soberana Virgen, no todos lo son en el mismo grado; pues, mayor honra le hacemos, llamándola, por ejemplo, *Madre del Amor hermoso*, que cuando la invocamos como *Reina de la paz*. No es de extrañar, por tanto, que la Virgen Santísima haya en todo tiempo dispensado mayores favores y gracias, invocada con un título, que no bajo ótro, demostrando así cuan singularmente le complacen ciertas advocaciones con preferencia á otras no tan gloriosas ni significativas.—Entre todas estas advocaciones ninguna más tierna, más dulce y consoladora que la de *Nuestra Señora de la Merced ó Misericordia*, ya que recuerda á la Virgen Santísima el misterio asombroso de la

Redención, obra maestra de la bondad, sabiduría y omnipotencia infinitas; pues la misericordia, como tan propia de la bondad, resplandece admirablemente en la reconciliación del linaje humano con el Hacedor Supremo. Por esto, no hay atributo divino que sea tan ensalzado en las Sagradas Escrituras como la misericordia. San Pablo llama á Dios el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación: *Pater misericordiarum et Deus totius consolationis* (II Cor., I, 3); Esdras le invoca como á Dios clemente, por excelencia, y Dios de las misericordias: *Deus miserationum et clemens est* (II. IX, 31); el real Salmista le dice: Tú, Señor Dios, eres misericordioso y compasivo y paciente y misericordiosísimo: *Et tu Domine Deus, miserator et misericors, patiens et multae misericordiae* (LXX, 15). Finalmente, el mismo Espíritu Santo nos enseña que la misericordia es el atributo divino que más que ningún otro resplandece en todas las obras del Altísimo: *Miserationes ejus super omnia opera ejus* (Ps. CIV, 9).

PUNTO SEGUNDO.—La Virgen Santísima que es la copia más perfecta y acabada del divino Salvador, ninguna virtud ama más que la caridad y la compasión; ni ningún otro título lo es tan caro y glorioso como el de Reina de la Misericordia. Dice Santo Tomás que cuando María concibió en sus castísimas entrañas al Verbo eterno, impetró para sí la mitad del reino de Dios, esto es, que le fuese concedido el imperio de la misericordia, así como Cristo, su

Hijo divino, había sido constituido Rey de justicia: *Dimidiam partem regni Dei impetravit, ut ipsa sit Regina misericordiae, ut Christus est Rex justitiae* (Praef. in Epist. Canon). Esta es la parte que la Reina clementísima se ha reservado para sí en el reino de su Hijo divino: proteger á los desgraciados, amparar á los miserables, consolar á los tristes, auxiliar á los débiles, convertir á los pecadores, y salvar á cuantos acuden á su mediación soberana, con tal que se esfuercen por salir del abismo de la perdición, por ruines y desesperados que se vean. Ni hay, en efecto, causa alguna que no alcance éxito favorable, si María se pone de su parte.—Figuras de la Virgen Santísima fueron, en el Antiguo Testamento, Judit, que alcanzó la libertad de Betulia, hallándose esta plaza á punto ya de caer en manos de los Asirios; y la reina Ester que aplacó á Asuero, y obtuvo la salvación del pueblo judío, cuando estaba ya dictada inexorable sentencia de exterminio contra toda esta nación desgraciada. ¿Cuántas veces no hace otro tanto la Reina de los cielos en favor de los hombres? Postrada ante el acatamiento divino, exclama: «Oh Rey y Señor mío, si he hallado gracia en tus ojos, dame á mi pueblo por quien te ruego : *Si inveni gratiam in oculis tuis, o rex, dona mihi populum pro quo obsecro* (Esth. VII, 3).—¡Oh Reina clementísima de las Mercedes, pues tan buena y misericordiosa eres con todos, sólo también con nosotros que en tantos pecados y tan grandes miserias nos vemos sumidos. Permite, oh Reina dulcísima, que te digamos con San Pedro

Damiano: «El que es Omnipotente ha hecho en tí grandes cosas, y toda potestad te ha sido dada en el cielo y en la tierra. Para tí nada hay imposible, ya que puedes levantar á la esperanza de la bienaventuranza hasta á los mismos desesperados: *Nihil tibi impossibile, cui possibile est desperatos in spem beatitudinis relevare*. Pues, ¿cómo el Omnipotente podrá contrariar á tu poder, cuando en tu carne inmaculada tuvo origen la carne que por nosotros recibió? Así, pues, te acercas ante aquel altar de oro de la reconciliación humana no sólo como quien ruega, sino como quien manda, no como esclava, sino como Señora: *Accedis non solum rogans, sed imperans, Domina non ancilla*. Muévate, pues, en favor nuestro, la naturaleza humana, de que estás vestida; muévate el gran poder de que dispones; porque cuanto más poderosa, tanto más misericordiosa debes ser: *Quia quanto potentior, tanto misericordior esse debes*. Porque perdonar las injurias que te hacemos los pecadores, pudiendo vengarte de ellas, eso es ceder un tanto en tu poder, pero para mayor realce de tu gloria». (In Serm. de Nativ. B. V. M.)

PUNTO TERCERO.—En vista de las reflexiones que preceden concéíbese sin dificultad cuanto grato habrá de ser á la Virgen Santísima el título de Reina de las Mercedes y la Misericordia, y el motivo de la prontitud y ternura con que atiende á los que con tal título la invocan. Nuestro divino Salvador nos enseñó que cuando oremos á Dios, le demos el dictado de Pa-

dre, porque basta pronunciar este dulcísimo nombre, para conmovér á favor nuestro las entrañas misericordiosísimas de nuestro Dios; pues, de modo semejante, basta invocár á María con el título incomparable de Reina de la Merced y Misericordia para tener propicia á esta bondadosísima Madre, y alcanzar de su mediación poderosa cuantas gracias y favores anhelamos conseguir. Esto nos explica el sin número de extraordinarios portentos obtenidos por la invocación de nuestra Señora de las Mercedes, como resurrecciones de muertos, curaciones completas y súbitas de enfermedades desesperadas, y sobre todo, conversiones admirables de pecadores, y otras gracias semejantes.—En todos los trabajos de la vida, especialmente en las necesidades del alma, acudamos confiadamente á la Virgen Santísima, invocándola Madre de Mercedes y Reina de Misericordia, y estemos seguros de que acogerá nuestros ruegos y despachará favorablemente nuestra oración, si fuese conducente, aquello que le pedimos, al aprovechamiento espiritual y salvación eterna de nuestras almas.

EjemPlo. — Si la Virgen Santísima se complace tanto con el dulcísimo título de Madre de Mercedes, el diablo lo odia y teme en extremo, como lo prueba el hecho siguiente referido por el P. Talamanco, en su libro *La Merced Coronada*. Cerca de la ciudad de Segorve, en España, vivían, á principios del siglo XVIII, Pedro Sierra con su legítima mujer, Paula Navarret, la que, por causas que

ignoramos, llegó súbitamente á estar poseída del demonio. Padeceía la infeliz toda clase de ultrajes que le irrogaba el infernal enemigo, sin hallar remedio á tamaña desgracia. En estas aflictivas circunstancias, acudió el contristado marido á la protección soberana de Nuestra Señora de las Mercedes. Un sábado, 11 de Octubre de 1721, el Padre Fray José Agustín, religioso de la Merced, confiado en el auxilio de la gran Madre de la Misericordia, y después de invocar á esta poderosa Reina, púsose á exorcizar á la endemoniada. A los exorcismos del religioso contestaron los demonios, por labios de la pobre mujer, con gritos y palabras soeces. Mandólos entonces el sacerdote que nombrasen á María Santísima de la Merced, pero los demonios con descompasados gritos clamaban: *¡Virgen Santísima del Rosario! ¡Virgen Santísima de la Cueva Santa!* El religioso que era advertido, les mandaba que dijesen *¡Virgen Santísima de la Merced y Misericordia!*; pero por más que les apretaba con exorcismos y mandatos, todo era dar ahullidos temerosos y gritos desconcertados, sin querer nombrar á María Santísima, con el título que les mandaba. Preguntóles entonces, el ministro de Dios, la causa de esta tenaz resistencia, y contestaron los demonios: «Déjanos, déjanos, que con este título de la Merced, esta Mujer es nuestra mayor enemiga; porque muchas almas, que ya teníamos por nuestras, nos las quita con su Merced, ó Misericordia». Pues, á pesar vuestro, dijo entonces, lleno de espí-

ritu el religioso, habéis de nombrar á quien tanto teméis. Decid, que yo os lo mando, en nombre de la Madre de Dios: *Virgen Santísima de la Merced y Misericordia*. Los malignos espíritus, obligados por las oraciones de la Iglesia, hicieron al fin lo que se les mandaba. Pero como el religioso tornase á ordenarles que pronunciasen por segunda vez aquella advocación maravillosa de la Reina de los cielos, los demonios por no repetir ese nombre que tanto odiaban, y tantos tormentos les daba, lanzando furiosos ahullidos y con un horroroso estampido, dejaron al fin la posesión de aquella infeliz mujer.

ASPIRACIONES.—¡Oh Virgen Santísima!, pues tan bondadosa y caritativa soís con cuantos á Vos acuden, á Vos venimos, oh Madre dulcísima! para que os dignéis atender á nuestros ruegos, y remediar nuestras necesidades. Si soís Reina de Misericordia, y vuestro oficio propio es compadeceros de los miserables, ¿cómo no tenéis piedad de nosotros, que en tantos peligros y tantos dolores de alma y cuerpo nos hallamos sumidos? Bien sabéis, Señora, que gemimos agobiados bajo el peso de nuestros pecados y pasiones; deseamos salir de tan abrumador cautiverio, pero no encontramos una mano caritativa que rompa nuestras cadenas, nos saque de la servidumbre de los vicios, y nos devuelva la santa libertad de la virtud. Sólo Vos, Madre misericordiosísima, podéis alcanzarnos esta gracia, dignaos, pues, escuchar favorablemente nues-

tras súplicas. O no os llaméis Reina de Mercedes y Misericordia, ó probad que lo soís, teniendo piedad de mí, que soy el más miserable de los hombres, y alcanzándome la gracia de salir cuanto antes de mis pecados, de amar perfectísimamente á mi Dios, y lograr mi salvación eterna. Amen.

Virtud para este día.—Repetir muchas veces al día, postrados de rodillas, ante una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, con el fin de implorar el remedio de nuestras necesidades espirituales, la siguiente jaculatoria: ¡Dios te salve, Reina, Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra: Dios te Salve!



MEDITACION PARA EL DIA QUINTO

MARÍA, LIBERTADORA DE CAUTIVOS.

PUNTO PRIMERO.—La única verdadera esclavitud es la del pecado, de la que Jesucristo, Señor nuestro nos ha redimido muriendo por nosotros sobre la cruz. Frutos del pecado son la vergonzosa sujeción al ominoso yugo de innobles pasiones, y la servidumbre forzada á que se reduce el hombre bajo el poder del diablo y la tiranía de otros hombres perversos y crueles. Dios crió al hombre libre con la libertad de los hijos de Dios; la esclavitud y el cautiverio entraron en el mundo con el pecado de nuestros primeros padres; pues dice San Pedro: *A quo enim quis superatus est, hujus et servus est*: Quien de otro es vencido por lo mismo queda esclavo del vencedor. (II, cap. 2º, v. 19). Los hombres perversos blasonan de libertad, y se la proponen á otros, cuando también son esclavos miserables de la corrupción, dice el mismo apóstol: *Cum ipsi servi sint corruptionis* (Ib.). Ni el diablo ni el pecado no pueden pues proporcionar jamás al hombre la verdadera y legítima libertad, que es un don del cielo y un fruto de la virtud. Al contrario, cediendo el hombre á sus pasiones y condescendiendo con las sugerencias del espíritu del mal, se hace por lo mismo esclavo del diablo y siervo de la corrupción.

PUNTO SEGUNDO.—Para arrancar á toda la raza humana de la horrenda y durísima esclavitud en que había caído bajo el tiránico yugo del diablo y del pecado, descendió el Hijo de Dios desde el alto solio de su gloria hasta el profundo abismo de nuestras miserias. El gran misterio de la Encarnación y Redención no se efectuó sin embargo, sin el concurso de la mujer; por esto canta la Iglesia: Que el Hijo de Dios descendió del cielo para nuestra salvación, y se hizo hombre en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo: *Qui propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de coelis. Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.* Porque, si bien es cierto, que Jesucristo Señor nuestro es el único mediador de justicia que tenemos ante el Padre, también es verdad que el mismo Salvador ha querido que su Santísima Madre, la Virgen María, fuese asociada á El en el gran misterio de nuestra Redención; no porque el Hijo de Dios necesitase de auxiliar alguno en aquella obra sublime, sino porque habiendo la primera mujer concurrido en el Edén á nuestra perdición, quiso Dios que otra mujer bendita concurriese en el Calvario á nuestra reparación. El gran Padre San Bernardo es quien nos explica este misterio. Conveniente era, dice, que ambos sexos concurriesen á nuestra reparación; así pues, la bendita entre todas las mujeres no aparecerá ociosa, sino que ocupará el lugar propio en esta gran obra de nuestra reparación. Necesario es que un mediador nos acerque á nuestro principal

mediador Cristo, ni nadie nos podía ser más útil para ello que María. ¿Ni cómo la humana fragilidad temerá acercarse á María? Nada hay austero en ella, nada terrible; todo es en ella dulzura y suavidad; á todos ofrece leche y lana, símbolos de suavidad: *Nihil austerum in ea, nihil terribile, tota suavis est, omnibus offerens lac et panam* (Serm. de 12 stellis).

PUNTO TERCERO.--La Santísima Virgen es por tanto la Madre y restauradora del linaje humano, la verdadera Corredentora de cautivos; correspóndele, pues, con justicia el hermoso y significativo título de Libertadora nuestra. ¿Qué acciones de gracias no debemos tributar á la bondad divina por el don excelentísimo que nos ha hecho, dándonos á María? Oigamos al Padre últimamente citado, desenvolver esta consoladora idea: «Si, como es verdad, todo en María, es suavidad y gracia, si cuanto á ella pertenece está lleno de piedad y mansedumbre, tributa acciones de gracias á Aquel que con benignísima misericordia te ha proporcionado á tal Medianera, en la cual todo debo despertar en tí la confianza: *In qua nihil possit esse suspectum*. Finalmente, María se ha hecho todo para todos; pues con caridad abundantísima se ha constituido deudora de los sabios y de los ignorantes. A todos abre los senos de su misericordia, para que de su plenitud reciban todos: el cautivo su redención, *captivus redemptionem*, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdón, el justo la

gracia. Ella no discute los méritos precedentes; sino que presta oído atento á las oraciones de todos; con todos se manifiesta elementísima, y, finalmente, mira con compasivo afecto las necesidades de todos (Ib.)

EJEMPLO.—La historia de la real y militar Orden de Nuestra Señora de la Merced demuestra cuan justo es el título de *Libertadora de cautivos* dado á la Virgen Santísima por la piedad de los fieles; recordaremos aquí el modo maravilloso con que se estableció aquella institución de la más sublime caridad. Era á principios del siglo XIII; la mayor y más florida parte de España gemía bajo el poder de los Moros en cuyas cárceles y mazmorras, así en la península como en África, yacían alherrojados innumerables cristianos, á quienes afligian los bárbaros musulmanes con toda clase de tormentos para obligarles á apostatar de la verdadera fe, y abrazar la impura secta de Mahoma. Mientras tanto un piadosísimo caballero francés, llamado Pedro Nolasco, residente en la ciudad de Barcelona, y que había consumido toda su hacienda en limosnas, hacía violencia al cielo con sus gemidos y oraciones, para alcanzar remedio á tanta necesidad. La noche del primero de Agosto de 1218 hallábase el Santo más absorto que nunca en sus acostumbradas súplicas, cuando de repente miró delante de sí un grupo hermosísimo de espíritus bienaventurados compuesto de Angeles y los Santos patronos de Barcelona, y, en medio de todos ellos, resplandeciente de gloria y majestad á la

Reina del cielo, cubierta de cándidas vestiduras, la que dirigiéndose á Nolasco le dijo que sus súplicas habían sido benignamente escuchadas ante el acatamiento divino, y que era voluntad del Señor y su Madre Santísima, que se fundase una Orden religiosa, dedicada á redimir cautivos, por medio de la cual se había de realizar la obra tan deseada; y que los que profesaren en aquel admirable Instituto habían de vestir la misma blanquísima librea, en honra de la pureza sin mancha con que la Inmaculada Virgen aplastó la cabeza de la serpiente infernal. Pasada la visión, San Pedro Nolasco fue á comunicarla á su confesor San Raimundo de Peñafort y el rey de Aragón, Don Jaime el Conquistador, que se encontraba entonces en Barcelona, y halló que ambos ilustres personajes habían recibido en la misma noche otro aviso semejante del cielo. Comprobada con este prodigio la verdad de la visión, fue instituida, por autoridad apostólica, la gran Orden de la Merced, que rescató á innumerables cautivos cristianos del poder de los Moros, y que tanto ha contribuído á extinguir en el mundo aquel horrible fruto de la barbarie musulmana, y abolir la esclavitud.

ASPIRACIONES.—¡Oh Virgen Santísima! si tan grandes son vuestro poder y vuestra bondad; si prestáis oído atento á las súplicas de todos; si más benignamente despacháis á los más miserables, y á los que más confían en vuestra misericordia: nuestras almas os ofrecen campo vasto y á propósito para que ejercitéis vuestra

bondad. Somos pecadores, y nos hallamos cautivos del demonio y del pecado; Vos conocéis las profundas llagas de nuestro corazón y las innumerables miserias de que tanto ansiamos vernos libres, sin obtenerlo jamás. ¿Quién romperá los férreos grillos de nuestras pasiones y nuestras perversas costumbres, si no lo hacéis Vos, oh Virgen poderosísima? A vuestra poderosa mediación acudimos, pues, oh Reina de la Merced y la Misericordia, para que nos alcancéis una gracia tan eficaz de conversión que salgamos cuanto antes del abismo de nuestras miserias, nos veamos libres del cautiverio del pecado, y gocemos á vuestro amparo de la santa y dulce libertad de los hijos de Dios. Amén.

Virtud para este día.—Visitar una imagen de Nuestra Señora de la Merced, consagrándonos á su servicio, y ofreciéndola hacer fielmente cada día, en su honor, los ejercicios piadosos del presente Mes.



MEDITACION PARA EL DIA SEXTO

MARÍA ES MADRE DE MISERICORDIA.

PUNTO PRIMERO.—El hermoso título de Nuestra Señora de la Merced, que en su origen viene de una palabra catalana que quiere decir *misericordia*, nos recuerda una de las virtudes de la Santísima Virgen que más amable nos presentan á esta poderosa Reina, y mayor consuelo derraman en los miserables pecadores. Este es cabalmente el título con que la Iglesia invoca todos los días á la Reina del cielo, en la hermosa antífona de la Salve Regina, diciéndola: Yo te saludo, Reina y Madre de Misericordia: *Salve Regina, Mater Misericordiae*. Si María fuese solamente poderosísima, como lo es, y no tuviese compasión de nuestras miserias, ni lástima de nuestras desgracias, nada nos aprovecharía su exaltación á lo más alto de los cielos; pero es precisamente todo lo contrario: al par de su grandeza es su benignidad; su conmiseración para con los desterrados hijos de Eva es tan profunda, y tan sin límites, como alto es el poder que tiene en el Empíreo. Prueba inequívoca de esta maternal compasión fue descender la Virgen Santísima desde el enebrado solio de su gloria hasta este bajo suelo, para instituir la Orden esclarecida de la Merced, y, mediante el sacrificio de sus hijos, libertar á

innumerables cautivos cristianos que gemían bajo la tiranía de los Moros así en España como en las costas de Africa. Y esta obra aunque tan excelente y magnífica, no fue sino una de las innumerables manifestaciones de la Virgen Santísima, de las que está llena la historia de la Iglesia, hechas para libertar á los hombres de las calamidades de esta vida. ¿Ni qué miseria ni dolor no han hallado remedio al amparo y patrocinio de esta poderosísima Reina?

PUNTO SEGUNDO.—Pero en nada resplandece más la compasión de la Virgen Santísima en favor de los hombres que en su solicitud maternal para librarlos del yugo del pecado y las pasiones. No hay hombre por criminal que sea, y por más hundido que se halle en el abismo de los vicios, el cual si de veras recurre á la protección soberana de María, no deje de ser socorrido por ella. Oigamos á este propósito, á San Alfonso María de Liguorio: Habed piedad de nosotros, dice el Santo, oh Reina de la misericordia, y pensad en salvarnos. No nos digáis, oh Virgen sacrosanta, añade San Gregorio Nicomediense, que no nos podéis ayudar á causa de la multitud de nuestros pecados, porque tenéis tal potestad y conmiseración, que ningún número de culpas puede jamás excederla. Nada resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que es de todas las criaturas, honrándoos á Vos que sois su Madre, estima como propia vuestra gloria. Y quiere decir que aunque María tiene una

obligación infinita para con su divino Hijo por haberle elegido por Madre suya, sin embargo, no puede negarse que también el Hijo está muy obligado á esta Madre, por haberle dado el ser de hombre. Por lo cual para recompensar Jesús todo cuanto debe á María, congratulándose de su gloria, la honra especialmente oyendo siempre sus ruegos. ¡Cuánta pues debe ser nuestra confianza en esta Reina, sabiendo cuan poderosa es para con Dios, y cuan rica además y llena de misericordia, de modo que no hay persona viviente sobre la tierra que no sea participante de los favores de María! Así lo reveló la misma Santísima Virgen á Santa Brígida: Yo soy le dijo, la Reina del cielo y la Madre de la misericordia: yo soy la alegría de los justos, y la puerta que introduce ante Dios á los pecadores. No hay en la tierra pecador por más perdidamente que viva y perverso que sea, que esté privado de mi misericordia; porque todos, aun cuando no recibiesen de mí otro favor, serían muy deudores á mi intercesión, pues reciben la gracia de ser menos tentados, de lo que de otra suerte fueran por los demonios. Además de esto, ninguno, añadió, como no haya sido realmente réprobo (á saber con la final é irrevocable maldición, que se da á los condenados) ninguno, dijo, es tan dejado de la mano de Dios, que, si me ha invocado en su ayuda, no vuelva á Dios y consiga su misericordia. Yo soy llamada de todos Madre de misericordia, y verdaderamente la misericordia de Dios hacia los hom-

bres, es la que me ha hecho tan misericordiosa para con ellos. Y después concluyó diciendo: Por esto será desdichado, y desdichado para siempre en la otra vida, el que pudiendo en ésta acudir á mí, que soy tan piadosa con todos, y tanto deseo socorrer á los pecadores, no acude y se condena. (1)

PUNTO TERCERO. — El hermosísimo título de Madre de misericordia debe alentar nuestra confianza, para acogernos al amparo de la Virgen Santísima en todas nuestras necesidades y tribulaciones, sin desanimarnos por los muchos pecados y miserias de que acaso nos hallamos cargados, porque si de veras queremos salir del abismo de nuestras culpas y sacarnos de ellas humildad y confusión, no serán obstáculo, sino antes un nuevo título para que seamos favorecidos por esta Madre de bondad. Por esto, el citado Doctor, continúa diciendo: Acudamos, pues, pero acudamos siempre á los pies de esta dulcísima Reina, si queremos asegurar nuestra salvación; y si nos atemoriza y desanima la vista de nuestros pecados, entendamos que María para este fin fue hecha Reina de Misericordia, para salvar con su protección á los pecadores más grandes y más perdidos que á ella se encomiendan. Estos han de ser su corona en el cielo, como lo dijo su divino esposo: *Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano; ven y serás coronada... descende de esas guaridas de leones, de esos*

(1) Glorias de María.—Capítulo 1^o.

montes, morada de leopardos (Cant. cap. 4, v. 8). ¿Y cuáles son esas cuevas ó madrigueras de fieras y monstruos, sino los miserables pecadores, cuyas almas se transforman en cuevas de pecados, monstruos los más horribles que pueden hallarse? Ahora pues, de estos miserables pecadores puntualmente, como comenta Ruper-
to abad, salvados por vuestra intercesión, oh gran Reina María, seréis después coronada en el cielo, pues que su salvación será vuestra corona, corona bien digna y propia de una Reina de misericordia. (1)

EJEMPLO.—«El ilustre y venerado nombre de la MERCED, con que se conoce en el orbe á la gran Madre de piedad, no fue inventado en el mundo, sino decretado en el cielo», dice un piadoso autor. (2) Y en efecto, fue la misma Virgen Santísima que, al aparecerse á San Pedro Nolaseo, y ordenarle que fundase una Orden para redimir cautivos le dijo que dicha religión debía llevar el título de la MERCED Ó MISERICORDIA. Ni es esta la única ocasión en que la Santísima Virgen ha demostrado cuan de su gusto es el que se la invoque y honre con el dulce título de Nuestra Señora de la Misericordia. He aquí otro ejemplo de ello. En 1536 hallábase la ciudad de Savona, en Italia, bajo la tiránica opresión de los genoveses, cuando la Santísima Vir-

(1) Ib.

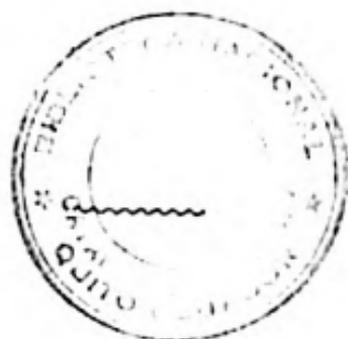
(2) El Padre Talamanco, en su obra intitulada *La Merced coronada*.

gen se dignó aparecerse á un piadoso labrador de los contornos de la mencionada ciudad llamado Antonio Botta, y le dijo que hiciesen los habitantes de aquella comarca la debida penitencia, y luego se aplacaríá la cólera de Dios y cesaríá el azote de la divina justicia. En seguida, la bondadosísima Madre levantando sus ojos al cielo, dijo en ademán de súplica: ¡MISERICORDIA Y NO JUSTICIA! ¡MISERICORDIA Y NO JUSTICIA! ¡MISERICORDIA Y NO JUSTICIA! Hízose la penitencia pedida; cesaron las plagas, y esto fue el origen del celebérrimo santuario de Savona en honor de NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA, cuya milagrosa imagen fue coronada por el gran Papa Pío VII, en 1815.

ASPIRACIONES. — ¡Oh Madre de la divina gracia y Reina de bondad! qué dulce y consolador es para los pecadores y miserables como yo, saber que Dios os ha dado el imperio de su misericordia, y que nadie puede á Vos por desgraciado que sea, sin ser favorablemente despachado. Si mis continuas recaídas y mis muchas culpas cubren mi rostro de vergüenza, y me impiden presentarme ante vuestro Hijo santísimo, estas mismas miserias de mi alma son el más grande título que traigo para ser benignamente atendido de Vos. Ea, pues, Madre de Mercedes y Reina de Misericordia: tened compasión de mí, reconciliadme con Jesús, mi soberano Juez, alcanzadme perdón de mis pecados y gracia para no ofenderle jamás; que estoy ya sinceramente arrepentido de mi

mala vida, y resuelto á emprender con vuestro auxilio en otra verdaderamente cristiana y piadosa. ¡Oh Madre dulcísima!, no sea yo el primero que habiendo acudido confiadamente á Vos, haya sido desechado; al contrario, sea yo una prueba incontrastable y manifiesta de que acogéis gustosa á todos los miserables, y, de que sois, con toda verdad, Reina de Mercedes y Madre de Misericordia.

Virtud para este día.—La Sabiduría eterna ha dicho: «Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia;» para obligar á la Santísima Virgen á ejercitarla con nosotros, hagamos este día una limosna á los pobres, sabiendo que será un obsequio muy agradable á la Reina del cielo, y que la moverá eficazmente á concedernos los favores y gracias que solicitamos de su munificencia maternal.



MEDITACIÓN PARA EL DIA SEPTIMO

MARÍA ES LA CORREDENTORA DEL LINAJE HUMANO.

PUNTO PRIMERO.—Uno de los más hermosos títulos que podemos dar á la Santísima Virgen, es el de CORREDENTORA DEL LINAJE HUMANO; porque si bien, el único Redentor propiamente dicho es Jesucristo Señor Nuestro, que como hombre pudo padecer, y como Dios mereció infinitamente, con cada uno de sus actos; también es cierto que el mismo Salvador quiso asociarse con María en esta gran obra de nuestra reconciliación. Si San Pablo ha podido muy bien decir: «Completo en mi carne aquello que falta á la pasión de Cristo»: *Adimpleo ea quae desunt passionibus Christi in carne mea* (Coloss. cap. I, v. 24), como que algo deben también hacer los hombres, alejándose de los vicios y mortificando su carne, para participar de los frutos de esta pasión divina; con mucha mayor razón María, Virgen Inmaculada y purísima y verdadera Madre de Dios, podrá decirnos que no ha sido ajena á la gran obra de la Redención. Oigamos á San Lígorio: «Enseña San Bernardo que así como un hombre y una mujer cooperaron á nuestra ruina, así fue conveniente que otro hombre y otra mujer cooperasen á nuestra reparación; y estos fueron Jesús y su madre María. No hay duda, dice el santo, que Jesucristo fue sufficientísimo

por sí solo para redimirnos, pero fue más del caso que uno y otro sexo interviniesen en nuestra reparación, ya que ambos habían cooperado á nuestra perdición. (1) Por lo cual el B. Alberto Magno llama á María: *Cooperadora de la Redención: Adjutrix Redemptionis*.

PUNTO SEGUNDO.—Por varios títulos merece la Virgen Santísima ser llamada *Corredentora* de nuestro linaje. Ella, en primer lugar, con sus fervientes deseos y continuadas oraciones anticipó la hora de nuestra Redención. (2) En segundo lugar, no solamente aceleró el tiempo de nuestra salvación, sino que mereció, no, en verdad, de condigno, pero sí de congruo, por sus altísimas virtudes y ardorosas súplicas, que el Hijo de Dios bajase del cielo á encarnarse en sus purísimas entrañas. Oigamos á Alápide (In Luc. cap. I, v. 30): «La ardentísima caridad que impulsaba á la bienaventurada Virgen á estar siempre solícita por la redención de los hombres y el advenimiento del Mesías, lo hacía

(1) *Congruum magis fuit ut adesset nostrae reparationi sexus uterque, quorum corruptioni neuter defuisset.* (Serm. in Sign. magn.).

(2) Cornelio Alápide interpretando aquel texto de Daniel: *Septuaginta hebdomades abbreviatae sunt* (cap. IX, v. 24), dice así: «Hae 70 hebdomades dicuntur abbreviatae, id est, paucae definitae sunt usque ad Christum, cum Deus longe plures statuere potuisset, idque ob preces et suspiria Danielis, Isaiae, et aliorum a Deo praevisa. Hinc plerique Doctores etiam Scholastici docent Daniele, Isaiam, aliosque Prophetas et Patriarchas meruisse de congruo, non quidem ipsam incarnationem in substantia, sed ejus accelerationem». Si esto se asegura de Daniel y de Isaias con mucha mayor razón habrá de decirse de la Virgen Santísima.

derramar asiduas y fervientes súplicas por ambas cosas, y así mereció ser ella misma Madre del Mesías, no ciertamente con mérito de condigno, pero sí de congruo: *Adcoque ipsa mater Messiae fieri meruit, non ex condigno sed ex congruo.*

(1) En tercer lugar, Jesucristo Señor nuestro quiso que su Madre Santísima interviniese en los principales misterios de nuestra salvación, y así, desde Belén hasta el Calvario, encontramos constantemente á esta Immaculada Virgen á lado de su Hijo divino. Cuarto, finalmente, María ha intercedido cerca de Dios, con más vehemencia, mérito y eficacia que todos los demás santos juntos, por la conversión de los pecadores y salvación de las almas; á su mediación poderosa somos, pues, deudores de cuantas gracias derrama sobre nosotros la munificencia divina; por consiguiente, esta excelsa Virgen ha cooperado en grado más sublime que santo alguno á la gran obra de nuestra Redención, y así, bien merece que le demos el título glorioso de Corredentora del linaje humano: *Adjutrix Redemptionis.*

PUNTO TERCERO.—Después de Jesucristo, á la mediación poderosa de María debemos los inestimables bienes que ha traído al mundo el misterio inefable de la Redención; pero esto es

(1) Así lo enseñan, dice el mismo Alápido, Suárez, Vázquez y la generalidad de los teólogos escolásticos: *Sic Scholastici passim docent B. Virginem meruisse maternitatem Dei*; sin embargo, añade, María no mereció la Encarnación del Verbo, porque esta Encarnación divina es anterior á todo mérito, y la causa, principio y origen de él (Ib.).

poco aún: el mismo Jesucristo, fuente primordial de toda gracia y misericordia, se lo debemos á María, según la hermosa frase de San Buenaventura: *Nam ipsa Maria Christum nobis detulit fontem misericordiae.* (1) A esta bondadosísima Madre, debemos, pues, el Conquistador invicto y soberano que con su sangrienta inmolación en el Calvario derrotó al diablo y encadenó al infierno; rompió la escritura por la que estábamos vendidos como esclavos á aquel implacable enemigo, y la enclavó en la cruz, según la frase de San Pablo. A esta Reina poderosa debemos también la gloriosa libertad de hijos de Dios, que nos arranca de las pesadísimas cadenas del vicio y el pecado y nos da derecho á la herencia de los cielos.

Hemos sin embargo de advertir que para hacernos participantes de bienes tan inestimables, debemos cooperar á la gran obra de la Redención, haciendo lo que nos enseña el Apóstol cuando dice: completo en mi carne lo que falta á la pasión de Cristo: *Adimpleo ea quae desunt passionibus Christi in carne mea.* La perdición es obra del diablo, pero también de nuestras propias manos. Oigamos á San Agustín: «La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo. Dios no hizo la muerte: *Deus mortem non fecit*; la Escritura nos lo enseña: Dios no se alegra en la perdición de los vivos; pues todo lo que ha creado lo ha hecho para que existiese. ¿Pero qué añade allí la Escritura?

(1) Citado por San Ligorio en las *Glorias de María*, cap. VI, § III.

Por la envidia del diablo entró la muerte en la tierra. Es de advertir sin embargo, que á esta muerte propinada por el diablo, no fue el hombre arrastrado por fuerza; pues el diablo no tenía potestad de hacer violencia á nadie, sino sólo astucia para persuadirnos el mal. Y si tú, oh hombre, no consintieras libremente en sus perversas sugerencias, ningún poder tendría sobre tí el diablo; tu consentimiento es el que te arrastra á la muerte»: *Consensio tua, o homo, te perducit ad mortem* (Tract. in Joann., cap. 3). Cada hombre es arrastrado á su perdición por su propia y libre voluntad; de modo que, después del diablo, nosotros somos los principales y casi únicos autores de nuestra ruina. Para evadirnos de ella es necesario que se nos apliquen los méritos de la Redención divina, y esta es la gran obra para la cual necesitamos la mediación poderosa y eficaz de la Virgen Santísima; ella intercede cerca de su divino Hijo, no solamente por todo el mundo en general, sino también por cada alma en particular. De suerte que si la tierra es deudora á María, por habernos dado á su Hijo unigénito, cada alma lo es también por todas las gracias que recibe en esta vida; le deberá principalmente, el don de la perseverancia final, y la salvación eterna, si logra la dicha de entrar en el reino eterno de la gloria. La gracia y las buenas obras son pues necesarias para entrar en el reino de los cielos.

EJEMPLO.—Dos religiosos de la Merced tocaron las puertas de un canónigo de la ciu-

dad de Carcasona llamado Claudio de Tonellas, pidiendo les ayudase con una limosna en la gran obra de redimir cautivos; pero el desgraciado sacerdote que estaba entregado á la avaricia, no solamente negó á los religiosos el socorro que le pedían, sino que les despachó con denuestos é insultos. Esa misma noche fue el pobre canónigo visitado por una terrible visión. Le pareció hallarse cercado por una turba de asesinos desalmados que iban tras él empeñados en darle muerte: corría el infeliz huyendo de sus implacables perseguidores, cuando de súbito se halló á la puerta de un hermoso castillo, sobre cuyo dintel se leían estas palabras: *Porta coeli*: «Esta es la puerta del cielo;» y en la parte más alta del castillo miró á la Santísima Virgen de la Merced, protegiendo bajo su manto á dos cautivos colocados á sus lados. Alegre el canónigo de encontrar oportunamente tan inexpugnable refugio, se esforzaba por abrir las puertas del castillo y entrarse en él, cuando oyó resonar una voz severa que decía: «Estas puertas, no se abren á los que las cierran á los pobres de Cristo;» y al punto desapareció la visión. Grandemente aterrado con ella y sinceramente convertido, distribuyó el canónigo todos los bienes á los pobres y se hizo religioso mercedario, con el fin de libertarse de sus infernales enemigos y asegurar su eterna salvación, poniéndose bajo la protección soberana de María, y dedicándose á la práctica de la más sublime caridad.

ASPIRACIONES.—¿Qué acciones de gracias os tributaremos, oh Virgen bondadosísima, por los favores altísimos é innumerables que de vuestra munificencia incomparable hemos recibido? Años ha que arderíamos en los infiernos, si no os hubiéseis dignado interceder por nosotros ante el acatamiento divino. Cada vez que tuvimos la desgracia de cometer un pecado mortal se dictó contra nosotros sentencia de eterna condenación, y arderíamos ya en aquellas llamas devoradoras si Vos, como Ester, no hubiéseis alcanzado que fuese derogada la inexorable sentencia, y se nos concediese tiempo para la penitencia y la enmienda. Gracias os sean tributadas, por todos los ángeles y santos, oh Virgen bendita, por esta amabilísima dignación vuestra. Completad ahora vuestra obra, alcanzándonos la gracia de la perseverancia final y una santa muerte, para que sirviendo á Dios en santidad y justicia todos los días de nuestra vida, tengamos la dicha de poseerle eternamente en el cielo. — Amén.

Virtud para este día.— Olvezcamos á la Santísima Virgen hacer cuanto antes una confesión sincera y dolorosa de nuestras culpas, romper con nuestros hábitos viciosos y carnales y dedicarnos de veras á su servicio y al de su Hijo Santísimo, por la práctica de la virtud y el exacto cumplimiento de todos nuestros deberes.

MEDITACION PARA EL DIA OCTAVO

DE QUÉ MANERA LA VIRGEN SANTÍSIMA HA COOPERADO A LA OBRA DE NUESTRA REDENCIÓN.

PUNTO PRIMERO.—Cristo Señor nuestro nos redimió por su pasión sacratísima y la efusión de su preciosa sangre. La pasión adorable del Redentor es la causa propia y verdadera de la remisión de los pecados, y lo es de tres maneras, según enseña el Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino: «Primera, porque su Pasión adorable nos provoca á la caridad, según aquellas palabras del Apóstol á los Romanos (Cap. V, v. 8): «Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que entonces mismo cuando éramos aun pecadores ó enemigos suyos, fue cuando Cristo murió por nosotros»: *Commendat Deus suam charitatem in nobis, quoniam cum adhuc inimici essemus, Christus pro nobis mortuus est.* Mas, por la caridad alcanzamos el perdón de los pecados, según aquello de San Lucas (Cap. VII, v. 47): «Lo son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho»: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.* La Pasión de Cristo causa la remisión de los pecados por modo de redención. Porque siendo, como es, Cristo cabeza nuestra, nos ha librado á nosotros como á miembros suyos, de los pecados, por su Pa-

sión adorable que la sufrió por caridad y obediencia; de modo que nuestra libertad fue como el precio de su Pasión, caal si un hombre por alguna obra meritoria ejercitada por su mano, se redimiese de un pecado que había cometido con los pies. Pues así como el cuerpo natural es uno, aunque formado por la diversidad de miembros, de modo semejante la Iglesia toda, que es el cuerpo místico de Cristo, se computa cual si fuese una sola persona con su cabeza, que es Cristo: *Tota Ecclesia computatur quasi una persona cum suo capite, quod est Christus.* Tercero, por la manera con que se realizó la Redención, esto es, por cuanto la carne en que Cristo sufrió su Pasión, es instrumento de la Divinidad. De lo que se sigue que todo cuanto Cristo hizo y padeció tiene eficacia en la virtud divina para expeler el pecado. (Summa Theologica, 3^a pars. quaest. 49., art. 1).

PUNTO SEGUNDO.— La Santísima Virgen cooperó á la gran obra de nuestra Redención, de tres maneras semejantes á las con que Cristo Señor Nuestro la realizó. Prima, por su caridad que la unió íntimamente á su divino Hijo; pues si por la caridad son todos los santos miembros vivos de Cristo, y están unidos tan estrechamente con él, como el cuerpo á su cabeza, ¿qué diremos de la Santísima Virgen, en quien la caridad subió á más alto grado que en todos los santos juntos y aún en los mismos serafines? Esta caridad altísima y ferviente hizo que Jesús y su Madre Santísima fuesen como una sola persona

moral, de modo que, en cierto sentido, cuanto hacía Cristo lo hacía también su Madre; y he aquí por qué la Virgen Inmaculada cooperó más que otro santo alguno, á la obra de nuestra Redención. La segunda manera como la Virgen Santa cooperó á esta obra divina, fue dando expresamente su consentimiento á ella. Cuando el Arcángel San Gabriel anunció á María el gran misterio de la Encarnación del Verbo divino en sus castísimas entrañas, y que este Hombre Dios había de ser la fuente de toda santidad para el mundo: *Sanctum quod nascetur ex te* (Luc. cap. I, v. 35): la Virgen consintió en la pasión de su Hijo divino y en el gran misterio de nuestra Redención; entonces fue cuando pronunció estas hermosas palabras: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra: *Eccc ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (Ib. v. 38). Así lo dicen expresamente los más ilustres Padres y Doctores. La tercera manera como la Virgen Santísima cooperó á la obra de nuestra redención fue proporcionando la Víctima adorable con que ella había de realizarse. La carne y la sangre de Cristo fueron los principales instrumentos de su pasión santísima; ahora bien, la carne de Cristo era carne de María, según la hermosa y bien sabida frase de San Agustín: *Caro Christi, caro Mariae*; el precio adorable de nuestra Redención, la sangre divina derramada por nosotros en el Calvario, era también la sangre de María. Por consiguiente, Ella hizo más por nosotros dando á su Hijo divino, para que fuese

inmolado en la cruz, que si Ella misma hubiera sido crucificada por nuestra redención.

PUNTO TERCERO.—¿Qué sentimientos de reconocimiento y ardiente caridad no debería, pues, encender en nuestros corazones la atenta consideración de estos misterios? Enalzando la Pasión de Cristo Señor Nuestro canta la Iglesia (In Ofic. Sept. Dolor): «Toda la figura del Salvador crucificado respira amor y nos provoca á amarle: su cabeza inclinada, sus manos extendidas, su costado abierto:» *Omnis enim figura ejus amorem spirat, et ad redamandum provocat.* Pues, de modo semejante debe también encender en nuestros pechos grande llama de caridad la consideración de la Virgen Santísima, de pie junto á la cruz, consintiendo gustosa en la inmoliación de su Hijo divino, por la salvación del mundo. La misma Iglesia santa hace suyas estas palabras de San Ambrosio: «¡Oh Virgen admirable! con que ojos tan llenos de piedad no ves á tu Hijo crucificado, contemplando en sus llagas divinas, no tanto el destrozo causado en ellas, cuanto el precio de la salvación del mundo!»: *Contemplans in eo non tam vulnerum livorem, quam mundi salutem* (Ib). Ilimitada debe ser nuestra confianza en la Reina del cielo, nuestra dulcísima Corredentora, pues si no vaciló en dar á su mismo Hijo divino por nuestra redención, mucho menos nos negará cosa alguna de cuanto le pedimos, si es conducente á nuestra salvación. Por esto San Buenaventura aplica á María lo

que el Evangelio dice de la caridad infinita de Dios á los hombres, esto es, que nos amó hasta dar á su mismo Hijo unigénito por nosotros: *Sic Maria dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*: Hasta tal punto amó María al mundo, que no vaciló en dar por su salvación á su mismo Hijo unigénito.

EJEMPLO. — De los varios y hermosísimos portentos realizados por la Santísima Virgen en la fundación de la Orden de la Merced, aparece claramente que uno de los intentos que se propuso el cielo al suscitar ese célebre Instituto religioso fue recordar á los hombres la parte principal que entre todos los santos cupo á la Santísima Virgen en el gran misterio de nuestra Redención. Desde el primer instante en que fue concebida María sin la mancha del pecado original, principió Dios, como dice la Iglesia, á preparar el palacio y morada digna de nuestro divino Redentor: *Deus per Immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio suo habitaculum preparavit*; acaso por este motivo dispuso el Altísimo que el misterio de la Inmaculada Concepción fuese conmemorado con el siguiente portento en la Orden Mercedaria. En el proceso apostólico actuado en Roma, con autoridad pontificia, acerca de la vida y virtudes de San Pedro Nolasco, para la declaración de su culto, se refiere que el Santo Patriarca celebró algunas veces, en compañía de los ángeles, las fiestas principales de la Virgen Santísima, y luego relata el siguiente prodigio con estas textuales palabras:

«De otro favor celestial semejante fue favorecido el siervo de Dios en la vigilia de la fiesta de la Purificación de la Beatísima Virgen. Porque, siendo ya cerca de media noche oyó que cantaban solemnemente en el coro, y juzgando que eran los religiosos que entonaban allí el Oficio de Maitines, apresuróse á juntarse á ellos; mas al abrir las puertas del coro, fue recibido por los ángeles que le condujeron junto á la silla que ocupaba la Beatísima Virgen María, y le colocaron á la izquierda. Los espíritus angélicos vestían todos el hábito mercedario, y aunque era vigilia de la Purificación cantaban el Oficio de la Inmaculada Concepción». Desde entonces el Santo Patriarca introdujo en su Orden la conmemoración y fiesta de este misterio (1).

ASPIRACIONES. — ¡Oh Virgen bondadosísima ya que tan grande es tu caridad para con todos, no lo sea menos para conmigo que tanto necesito de ella! No es ahora, Señora, la muerte de tu Hijo divino el costosísimo sacrificio en que debes consentir nuevamente para mi salyación; no: Oristo resucitado de entre los muertos no morirá ya jamás; muriendo una sola vez en el Calvario perfeccionó para siempre nuestra eterna redención; lo que hoy pido á tus entrañas de misericordia, es que me alcances la gracia de morir á mí mismo y á todos mis vicios y pecados.

(1) El Padre Damián Esteban, religioso de la Merced, en su obra intitulada *Simbolo de la Concepción de María*, libro 4^o, título 8^o.

Pues, ¿de qué me aprovechará que el mundo esté ya redimido, si no se me aplican los méritos de esta redención divina? Alcanzadme ¡oh Reina poderosa! una gracia tan eficaz de conversión, un dolor sobrenatural tan profundo y vivo de todos mis pecados, que rompa generosamente con el mundo, el demonio y la carne, no vuelva jamás á ofender á mi Dios, ni á desagradarle con falta alguna voluntaria de mi parte, y enteramente purificada mi alma con la sangre divina de Jesús, ensalce por eternidades, en la gloria, el precio infinito de la Redención, y á tí, dulcísima Madre nuestra, abogada de los miserables, refugio de los pecadores, salud de los enfermos, libertad de los cautivos, y única esperanza nuestra. Amén.

Virtud para este día.— En honor de Nuestra Señora de la Merced, y contando con el auxilio de la gracia, prepararnos á hacer aquellos arreglos de vida, que nos constituyan participantes de los más preciosos frutos de la Redención y fieles siervos de la Corredentora de los hombres en tiempo y eternidad.



MEDITACION PARA EL DIA NOVENO

CUÁNTO COSTÓ Á LA VIRGEN SANTÍSIMA EL CARGO
DE CORREDENTORA DEL LINAJE HUMANO.

PUNTO PRIMERO.—Si debemos inmensa gratitud á la Virgen Santísima por haber cooperado tan activa y generosamente á la gran obra de nuestra redención, sube de punto esta deuda si consideramos atentamente cuanto costó á su corazón maternal la muerte de su Hijo Santísimo precio de la salvación del mundo. Para esto es necesario que contemplemos hoy á María al pié de la cruz, y meditemos en los imponderables padecimientos de su Hijo divino, como en los incalculables dolores de su Madre Santísima. Entonces se cumplió á la letra la profecía del santo anciano Simeón, de que la misma espada que había de dar muerte al Hijo, había de atravesar también el corazón de la Madre: *Et tuam ipsius animam pertransivit gladius* (Luc. cap. 11, v. 35). Para medir los dolores de la Virgen Santísima en el Calvario sería necesario comprender de alguna manera el abismo de sufrimientos en que fue sumergido el Salvador, durante su pasión, lo que es imposible á nuestra comprensión tan limitada. Santo Tomás de Aquino dice que Jesucristo Señor nuestro toleró entonces humillaciones y dolores en supremo grado. *Confusiones et dolores passus est in sum-*

mum. Y como la causa principal de los dolores de la Virgen Santísima estaba en la pasión de su Hijo divino, resulta de ahí que cuanto más intensa fué ésta, más profundos y penetrantes eran aquellos. Los clavos, las espinas, los azotes y la lanza no herían á Jesús, sino después de haber lastimado cruelmente á la Madre. Por esto dice muy bien San Bernardo: «Verdaderamente, oh Madre Santa, la espada aquella, profetizada por Simeón, traspasó tu alma; pues no podía sin traspasarla llegar á herir la carne de tu Hijo: *Non nisi eam pertransiens carnem Filii tui penetraret.* Esto se verificó á la letra cuando el soldado cruel abrió con la lanza el costado de Cristo; pues según la hermosa contemplación del mismo San Bernardo, cuando Jesús hubo exhalado su último aliento, la lanza aquella no alcanzó ya á herir el alma del Señor, que se había separado de su cuerpo santísimo, y había bajado á los limbos: *Ipsius nimirum animam jam ibi non erat;* pero en cambio, fue atrozmente dividida el alma purísima de la Virgen que habitaba en cierto modo en el cuerpo exánime de Jesús, y ni un punto podía apartarse de él: *Sed tua anima plane inde nequibat avelli* (Serm. de 12 Stellis).

PUNTO SEGUNDO—Estos dolores padecidos por la Virgen Santísima en el Calvario, de suyo intensísimos, y que para cualquiera otra madre habrían sido intolerables, para la Virgen Santísima fueron sobremañera atroces, porque aquel á quien veía agonizar en la

cruz era no solamente su Hijo amadísimo, sino su mismo Dios; por lo cual dice muy bien San Buenaventura: «Ningún dolor fue más amargo que el suyo, porque ningún hijo podía ser más amable que Jesús; *Nullus dolor amarior quia nulla proles charior.* (De Comp. Virg. 2). A esta razón fundamental, añaden los Doctores otras por las que la compasión de la Virgen Santísima fue más terrible y dolorosa que todos los tormentos que han padecido los mártires, y así la Iglesia le saluda con el hermoso título de «Reina de los mártires». Las razones indicadas son estas: primera, los demás mártires padecieron en el cuerpo, pero la Virgen Santísima en el alma, según lo había profetizado Simeón: *Et tuam ipsius animam pertransivit gladius.* Y cuanto más excelente es el alma que el cuerpo otro tanto más intensos y agudos son los dolores de aquella, que los de este. María fue, pues, mártir en el alma, á diferencia de los otros mártires, que lo fueron en el cuerpo. Segunda, los demás mártires inmolaron su vida propia para dar testimonio de su fe; pero María para testificar su obediencia al Eterno Padre y su ilimitada caridad á los hombres, inmoló la vida temporal de su Hijo divino, que estimaba infinitamente más que la suya propia. Esta es reflexión de San Antonino de Florencia. Por todo lo cual no vacila San Bernardino de Sena en decir que tan intenso y cruel fue el dolor de la Virgen Santísima en la pasión, que si se dividiese este dolor entre todas las criaturas capaces de senti-

miento, todas perecerían al punto: *Omnes subito interirent* (Sermón 61, del tomo primero).

PUNTO TERCERO.—Como una cosa se aprecia á medida de lo que nos cuesta, resulta de ahí que la Virgen Santa aprecia nuestras almas y nuestra salvación eterna más que todos los tesoros juntos de la tierra y del cielo, puesto que salvarnos le ha costado nada menos que la pasión y la muerte de su divino Hijo en la cruz. Con razón quiero pues la Santísima Virgen que recordemos sus dolores, y hablando esta Madre dulcísima con Santa Brígida, según se lee en las revelaciones de esta Santa (Lib. 2^o, cap. 24), se quejó amargamente de que los hombres redimidos á tanta costa, se olvidasen tan fácilmente de lo que por ellos ha padecido esta Madre incomparable. Procuremos nosotros no ser del número de estos ingratos, ajenos á todo sentimiento elevado y noble; muy al contrario, recordemos con frecuencia, y con los afectos de la más encendida caridad lo que hemos costado á nuestra Madre Santísima. El único consuelo, dice un piadoso autor, que tuvo la Virgen en medio del océano de sus dolores fue considerar que con la pasión de su divino Hijo, y la parte que en ella tomaba su Madre Santísima, había de salvarse el mundo, y el hombre había de ser reconciliado con su Dios. Esforcémonos, por tanto, en dar este consuelo á nuestra bondadosísima Reina, huyendo lo más que podamos del pecado y las ocasiones de cometerlo, y aprovechándonos de los frutos

divinos de nuestra Redención. Tengamos al mismo tiempo la más grande confianza en el amparo y protección soberanos de María, pues si no rehusó sumergirse en tal abismo de tormentos, por cooperar á nuestra salvación eterna, mucho menos nos negará cuanto sin aquel doloroso sacrificio puede darnos ahora para arrancarnos de los vicios y el pecado, y para cooperar á nuestra santificación verdadera y á nuestra glorificación en los cielos.

EJEMPLO.—Para que se reconozca una vez más que el pecado renueva en cierto modo la Pasión del Salvador y los Dolores de la Santísima Virgen, referiremos el siguiente caso que lo trae el Padre Mariano Rivera, en su obra intitulada *MARÍA ELOGIADA*. (1) Había en Barcelona un caballero grandemente devoto de la célebre imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de aquella ciudad ilustre; todos los días visitaba á la veneranda efigie y le ofrecía cuantos obsequios le inspiraba su ferviente piedad. Desgraciadamente no perseveró en tan cristianos sentimientos, y, llevado de los fuertes estímulos de una pasión impura, cayó en los lazos de una amistad ilícita, sin que bastasen á arrancarle de ellos los más punzantes remordimientos de su alma. Sin embargo no dejó sus acostumbradas visitas á la Virgen, aunque ya no con el fervor y piedad de antes, hasta que ocurrió el siguiente prodigio. Continuando en

(1) Citada por el Padre Talamanco, en la *MERCEDES CORONADA*, libro segundo, capítulo segundo.

su mala vida advirtió el caballero que la milagrosa imagen se había transformado por completo; no era ya su semblante risueño, dulce y sonrosado como en tiempos anteriores, sino mustio, macilento y triste, como de quien padece un intenso pesar; la Reina de la gloria y el gozo sempiterno habíase tornado en Madre de Dolores por los pecados de aquel siervo infiel. Tocado éste con aquel portentoso, en lo más vivo del alma, y sinceramente arrepentido de sus culpas, fue á postrarse á los pies de la sagrada imagen, prometiendo á Nuestra Señora de las Mercedes cambiar de vida y dedicarse otra vez á la práctica de las virtudes. Al punto mismo la maravillosa esfigie dejóse ver con la serenidad y dulzura propias de su hermoso rostro, con lo cual el caballero perseveró hasta el fin en sus santas y generosas resoluciones,

ASPIRACIONES. — ¡Oh Reina de Mercedes, Madre de gracias y Corredentora de los hombres!, ¿cómo os pagaremos jamás lo que os debemos? Para rescatarnos del cautiverio de la culpa habéis llevado una vida de dolores y penas incomparables, y habéis entregado á la muerte á vuestro Hijo divino, ¿y nosotros no haremos algún sacrificio para salir del pecado, librarnos del infierno y asegurar nuestra salvación eterna? Por amor á Jesús, y á Vos ¡oh Madre dulcísima! renunciamos en este momento á cuanto el mundo y las pasiones nos puedan ofrecer de más seductor y halagüeño, y queremos abrazar la vida humilde, pobre y mortificada de que nos habéis dado tan hermo-

so ejemplo en la vuestra. Desde ahora la cruz será nuestro tesoro, y nuestra ocupación habitual meditar en la pasión del Salvador y en vuestros dolores. No queremos vivir en adelante sino sólo para agradar á Jesús que ha muerto para salvarnos; no queremos que nuestro corazón se emplee en otra cosa que en recordar las finezas de vuestra indecible caridad, oh Madre Santísima; pero para ello alcanzadnos de vuestro Hijo divino una gracia tan eficaz de conversión que rompiendo generosamente los lazos del pecado subamos con valor y constancia la senda dolorosa del Calvario, y por ella entremos en el reino eterno de la gloria. Amén.

Virtud para este día.—Hacer un acto de mortificación corporal en honor de Nuestra Señora de las Mercedes, pidiendo á esta dulcísima Madre nos alcance la gracia de nuestra verdadera conversión y santificación, y una tierna y constante devoción á sus dolores.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO

**NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA Á SUS DEVOTOS
DEL CAUTIVERIO DEL PECADO MORTAL.**

PUNTO PRIMERO.—Si la Virgen Santísima, como lo hemos visto en las meditaciones precedentes, ha querido llevar los títulos de **REINA DE LAS MERCEDES, LIBERTADORA DE CAUTIVOS Y CORREDENTORA DEL LINAJE HUMANO,** es por el sumo odio que tiene al pecado, y el gran deseo de cooperar á nuestra santificación y salvación eterna, arrancándonos del poder del diablo, y rompiendo los lazos que nos atan á la culpa. Para comprender en cuanto nos es posible esta verdad hermosa, es necesario que consideremos, por algunos momentos, la malicia de un solo pecado mortal y los horriblos efectos que él causa en el alma. Hablando en rigor, un solo mal propiamente dicho hay en este mundo y en el otro, y ese sumo mal es el pecado. Entiéndese con este nombre, según las definiciones dadas por San Agustín y Santo Tomás: «Todo pensamiento, palabra ó acción contrarios á la ley eterna»; ó, según otra definición: «Pecado es la libre transgresión de la ley divina, esto es, de cualquiera ley que nos obliga en conciencia». Si la ley transgredida nos obliga levemente, el pecado se llama venial; porque en tal caso la ofensa hecha á Dios es también leve, y así no nos priva ni de

la amistad divina, ni de la gracia santificante, ni nos excluye de la bienaventuranza eterna. Pero si la ley transgredida es grave, entonces la ofensa hecha á Dios es también grave, y nos priva por tanto de la amistad divina y gracia santificante y nos hace reos de condenación eterna. Lo que constituye la malicia del pecado mortal, que de esto vamos á ocuparnos en esta meditación, es la suma ingratitude, la perfidia inconcebible y la rebelión insolente de la criatura contra el Criador, de la nada contra el Ser infinito; el hombre colmado de gracias y bendiciones se levanta contra su Padre, su Señor y su Dios; aquí está la esencia del pecado. Da el hombre preferencia á un capricho de su voluntad sobre las determinaciones sapientísimas, esto es, sobre la ley santa, de Dios; porque cada culpa mortal es como si dijéramos: cúmplase en esto mi querer, aunque errado y perverso, y húndase el universo entero, y perezca Dios si es necesario. En cada pecado mortal hay una malicia tan insondable, que bajo algún respecto es infinita, tanto por razón de la suma excelencia del Ser á quien se irroga esta injuria, como por la suma vileza del criminal que la perpetra. (1)

(1) In peccato duo sunt: quorum unum est aversio ab incommutabili bono quod est infinitum, unde ex hac parte peccatum est infinitum; aliud quod est in peccato est inordinata affectio ad commutabile bonum; et ex hac parte peccatum est finitum. S. Thom.—Sum. Theol. 1^a 2^a q. 87, a. IV.)

PUNTO SEGUNDO.—Resulta de aquí, que la única cosa que la Majestad infinita de Dios detesta con odio implacable, es el pecado. Entre éste y Dios hay un abismo infinito. Y como el pecado no existe sino en la voluntad perversa y rebelde del pecador, porque el pecado como tal no es una cosa positiva, sino la privación de un bien, de aquí se sigue que á los ojos de Dios se identifican y forman una sola cosa, la culpa y el pecador. Por esto dice el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría: «Son igualmente detestables ante Dios el impío y la impiedad»: *Similiter autem odio sunt Deo impius et impietas ejus.* (Cap. XIV, v. 9). Y en el libro de los Salmos: «Has odiado, Señor, á todos los que obran la iniquidad»: *Odisti omnes qui operantur iniquitatem.* (Ps. V, v. 7). Pues, dice Santo Tomás: «Aunque Dios ama á todos los hombres, en cuanto á la naturaleza, que es obra de sus soberanas manos, les odia sin embargo cuanto á la culpa que cometen contra El, según aquello del libro sagrado del Eclesiástico: «El Altísimo odia á los pecadores»: *Altissimus odio habet peccatores* (Ecclesi. cap. XII, v. 3): *Deus diligit omnes homines quantum ad naturam; odit tamen eos quantum ad culpam.* (3^a pars. q. 49, art. 4^o). Jamás podremos comprender en esta vida, ni aun en toda la eternidad, lo que es la malicia de un solo pecado grave, porque ahora nuestra alma vive en tinieblas, y ni aún en el cielo comprenderemos, aunque la veamos, la infinita hermosura y excelencia de la naturaleza divina. Iluminados ahora por la fe podemos entrever que no hay

mal alguno propiamente dicho, si no es el pecado; puesto que para castigo de él se han hecho todos los males de esta vida, y aún el infierno mismo, en la ótra; por consiguiente, estos no son propiamente males sino bienes, en sí mismos; y la única privación del bien sustancial, y, por tanto, el único mal esencial es el pecado. He aquí por qué los Mártires y los santos todos han preferido sujetarse á los tormentos más terribles, y aun perder la misma vida, antes que cometer un solo pecado mortal.

PUNTO TERCERO.—Pero si tan grande fue la detestación que los santos tuvieron del pecado, ¿cuál sería la que la Virgen Santísima le profesó, siendo ella la única Inmaculada, desde el primer instante de su Concepción purísima, la única que no fue manchada jamás ni con la más leve imperfección? Prueba del grandísimo odio que esta Virgen sin mancha tuvo á la culpa, es la prontitud con que consintió en la pasión y muerte de su Hijo divino, para extirpar el reino del pecado y el demonio en las almas. El efecto propio é inmediato del sacrificio expiatorio del Calvario fue aplacar á Dios irritado contra el humano linaje, por cuanto veía en él á una raza criminal y rebelde; (1) la jus-

(1) *Ira autem Dei vel furor metaphorice significat vindictam divinæ justitiæ.*—S. Thom. Summ. theol.—1^a q. 87, a. III, ad 1m.—Estar irritado Dios con el hombre significa, pues, estar á punto de vengarse de sus iniquidades; y hacer las paces con él, significa perdonarle sus pecados. Por esto el misterio de la Redención se llama también, en la Escritura, el misterio de nuestra reconciliación con

ticia divina debía pues ser vengada, y lo fue en el Gólgota. Por la sangre de Jesucristo hemos sido redimidos, y hemos recibido la remisión de los pecados: *In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum* (Coloss. I, 14); misterio santo y adorable, mediante el cual plugo á Dios reconciliar todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por la sangre divina derramada por el Salvador en la cruz: *Complacuit (Deo) per eum (Christum) reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quae in terris, sive quae in caelis sunt* (Ib. 20). — «Tan grande bien fué, dice Santo Tomás, que Cristo haya padecido voluntariamente, que por este magnífico bien que encontró Dios en la naturaleza humana, se aplacó con respecto á los delitos del género humano, esto es, hizo las paces con todos los que se unen á Cristo, y, renunciando al pecado, participan de los frutos de la redención preciosa. Y como la Virgen Santísima es la depositaria y dispensadora de estos admirables frutos de gracia y bendición, élla los distribuye de preferencia entre sus fieles siervos y devotos, ya arrancándoles del estado de pecado mortal, ya preservándoles de nuevas caídas en la culpa, ya alcanzándoles gracias eficacísimas de santificación para sus almas. Por esto la Iglesia aplica á María estas palabras del Eclesiástico: «El que me es-

Dios. *In reconciliatione hominis cum Deo consistit vera justitia: haec obtinet homini non ex operibus justitiae, sed gratis per Dei gratiam*, dice Alávide (In Epist. ad Rom. cap. IX, v. 13—c. X, v. 3).

encia jamás tendrá de que avergonzarse, y aquellos que se guían por mí, no pecarán: *Qui audit me non confundetur: et qui operantur in me non peccabunt* (Eccli. XXIV, v. 30). San Germán, arzobispo de Constantinopla, dirigiéndose á la Virgen misericordiosa, le habla de esta manera: «¿Quién, oh María, después de tu Hijo divino, cuida del género humano, con el amor y solicitud con que tú lo haces? ¿Quién nos defiende como tú, en nuestras aflicciones? ¿Quién combate en favor de los pecadores? *¿Quis pugnat pro peccatoribus?* «Por lo cual tu patrocinio es mayor que cuanto podemos imaginarnos: *Propterea patrocinium tuum majus est, quam apprehendi potest* (Serm. de Zona Virg.) La gracia más grande que la Virgen Santa alcanza á sus devotos, es preservarles del pecado mortal.

EJEMPLO.—Un hombre muy olvidado del negocio de su salvación, aunque, por otra parte, devoto de la Virgen Santísima, hallábase engolfado en una diversión mundana, en medio de amigos tan libertinos como él, cuando súbitamente fue herido de una enfermedad mortal, que en pocas horas le condujo al sepulcro. Nadie, sin embargo, ni aun el mismo enfermo, se daba cuenta de la gravedad del accidente, ni de su fatal desenlace. Una sola persona, movida más por una luz interior del cielo que por un conocimiento exacto de lo que ocurría, fuese apresuradamente á un sacerdote y le rogó volase á atender á aquel moribundo. Llega el sacerdote junto al le-

cho del enfermo y exhórtale á preparar su alma por medio de la penitencia; acógele éste con profunda humildad y las demás señales de un hombre verdaderamente tocado por la gracia, recógese algunos instantes, hace una confesión contrita y fervorosa de toda su vida, recibe los últimos sacramentos y muere. Admirado el ministro del Señor de cómo un hombre tan olvidado de sus deberes hubiese recibido una gracia tan extraordinaria y oportuna de conversión, preguntó al penitente, antes que muriera, qué devoción había tenido, en medio de tantos extravíos; y éste, casi agonizante, le mostró que llevaba sobre su pecho un relicario con una pequeña imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, y lo expresó que, aunque pecador, jamás había dejado, ni un solo día, de encomendarse á la eficaz protección de esta Madre de Misericordia.

ASPIRACIONES.—Pues, tan grande es tu odio al pecado, oh Virgen Santísima, ¿cómo entonces lo sufres en el alma de este tu siervo, aunque indigno y miserable? Bien sabes, Madre amantísima, que daría yo todos los bienes del mundo por verme libre de la desgracia de cometer ni un solo pecado mortal; dignate, pues, alcanzarme de tu Hijo divino una gracia tan eficaz y poderosa que muera mil veces antes que volver á ofenderle. Para ello, confiado en tu protección soberana y en los auxilios de Dios renuncio desde ahora no solamente al pecado, sino á las ocasiones de cometerlo, y resuelvo ajustar en adelante todas mis

acciones á la ley santa del Señor, de modo que no piense, ni haga ni diga cosa alguna que no sea encaminada á la mayor gloria de Dios y santificación de mi alma. Ayudadme, oh Madre mía, á cumplir fielmente estas resoluciones, y perseverar en ellas hasta mi muerte. Amén.

Virtud para este día.—Ejercitarnos en el examen de conciencia, y hacer frecuentes actos de contrición, principalmente cuando advirtamos haber incurrido en alguna falta, para adquirir de este modo una gran pureza de conciencia, que es la mejor disposición para recibir las gracias más preciosas del cielo.



MEDITACION PARA EL DIA UNDECIMO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES EJERCE SU PATROCINIO
EN FAVOR DE LOS MÁS MISERABLES PECADORES.

PUNTO PRIMERO. — Uno de los títulos, según antes hemos visto, bajo los cuales la Virgen Santísima gusta de ser invocada, es la de Madre de Misericordia y Reina de las Mercedes, con lo cual nos enseña cuánto se complace en arrancar del abismo del pecado á los que más de asiento se encuentran en él, y no pocas veces aun á aquellos que se ven ya, por decirlo así, entre las fauces del infierno. Tal es la historia de la bellissima advocación que nos ocupa. Con razón San Efrén llama á María, «Esperanza de los desesperados». San Bernardo hablando con la Virgen Santa, en nombre de todos los pecadores, la dice. «Tú eres Reina de la misericordia, y ¿quiénes son los súbditos de ella, sino los miserables?» *Tu es Regina misericordiae, et qui subditi misericordiae, nisi miseri?* Tú eres Reina de la misericordia, y yo soy el más miserable de todos los pecadores, luego yo soy el mayor de tus súbditos». *Tu Regina misericordiae, ego miserrimus peccator, subditorum maximus* (In Salv. Regina). San León Magno dice que de tal suerte es misericordiosa la Virgen Santísima, que no tanto debe llamarse misericordiosa, cuanto la misericordia misma: *María adeo praedita est miseri-*

cordiae visceribus, ut non tantum misericors, sed ipsa misericordia dici promereatur (Serm. de Nativ. Domini).

PUNTO SEGUNDO.—Esta misericordia con los pecadores la ejercitó María durante toda su vida mortal, pero especialmente en el Calvario. Según varios Padres, la conversión del Buen Ladrón se debió á que habiéndose colocado á lado suyo la Virgen Santísima, se movió á compasión de su miseria, y le alcanzó de Jesús la gracia de que necesitaba. Ahora que se halla gloriosa en el cielo, esta compasión tan propia de las entrañas dulcísimas de la Madre de Dios se ha perfeccionado más aún. Hay varias razones por las que esta virtud tan preciosa ha venido á ser el distintivo del corazón maternal de la Virgen en favor de todos los hombres, pero especialmente de los más pecadores. Porque, primeramente, María se halla sobre todos los bienaventurados ensalzada á la cumbre de la perfección y la santidad, por consiguiente, su caridad es la más semejante á la de Dios que darse puede en una pura criatura, y como lo sumo de la caridad se prueba en el bien que hacemos á nuestros enemigos, ningún justo ha sobresalido tanto en esta virtud como la Madre de Dios, que rogó por los mismos verdugos que crucificaron á su Hijo divino; pues, ella, sin duda alguna, hizo suya la bellísima oración del Salvador en la cruz, y repitió en el fondo de su corazón aquellas dulces palabras que el Señor dijo, refiriéndose á todos

los pecadores, y más especialmente á sus verdugos: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». En segundo lugar, la Virgen Santísima fue constituida, al pie de la cruz, Madre de todos los hombres, y también de los pecadores. San Anselmo, citado por San Antonino de Florencia, interpretando esas otras palabras de Jesús agonizante: «He ahí á tu Madre:» *Ecce mater tua*, dice así: «La Madre de Dios ha sido hecha Madre nuestra:» *Mater Dei facta est Mater nostra*. «Madre verdaderamente óptima, piadosísima y perfectísima, Madre de todas maneras:» *Mater omnibus modis*. Pues así como alguien se llama padre por haber engendrado á sus hijos, por el cuidado que tiene de ellos, porque les precede en edad y en honor, y por el afecto que les profesa; así, por todas estas maneras, la Bienaventurada Virgen es Madre nuestra. Ella, á semejanza de Cristo que, cuando moría en la cruz por nosotros, nos engendró por su palabra de verdad, al ser espiritual de la gracia, ser mucho más perfecto que el natural, la Bienaventurada Virgen María nos engendró también y dió á luz, en medio de los atroces dolores ó inmensas penas que por nosotros padeció en la pasión de su divino Hijo:» *Beata Virgo María nos genuit et peperit in maximis doloribus* (Summa Theolog. Tom IV, tit. 15, cap. 2). Los justos y predestinados son pues aquellos á quienes esta Reina poderosa entresaca, por su mediación, de la inmensa masa de los pecadores; no habiendo uno solo de estos que no pueda llegar á ser hijo espiritual

de María, si de veras lo quiere; y para que María nos pueda más fácilmente adoptar por hijos suyos Dios le ha comunicado un amor tierno y compasivo para con todos los pecadores, y así todos sin excepción podemos participar del beneficio insigne de la redención divina. En tercer lugar, esta regeneración de los pecadores, según el plan admirable de la gracia, no ha de verificarse sin la intervención de la Virgen Santísima, esto es, sin que ella pida por nosotros. Por esto dice San Buenaventura: «Oh Señora, Vos habéis sido hecha Madre de los miserables siendo Madre de Dios, porque á Vos se ha confiado el oficio de tener piedad y misericordia de los miserables:» *Pro miseris Mater Dei facta es, et tibi officium misericordiae commissum* (Stigm. amor). Y así como no hay pecador por obstinado que sea, que no pueda, si quiere, llegar á ser hijo de Dios por la gracia, no hay tampoco un solo miserable por quien no interceda la Virgen Santísima, si se resuelve el desgraciado á recurrir á esta piadosa medianera.

PUNTO TERCERO. — Ilimitada debe ser, pues, nuestra confianza en esta Madre dulcísima, que, al querer que le invoquemos con los títulos tan amables de Reina de Misericordia y de Mercedes es porque está lista á derramarlas sobre nosotros tan pronto como la llamemos en nuestro auxilio. Y, como no hay hombre tan obsecado y perdido que no tenga algún derecho para acudir á la Reina de Misericordia, no hay tampoco

quien pueda hallar excusa de sus iniquidades y pecados, puesto que todos podemos salir de ellos acudiendo á la intervenció poderosa de María. Por tanto, si tenemos la desgracia de hallarnos en pecado mortal, no nos dejemos llevar de la tentación de desconfianza ni desesperación alegando la muchedumbre de las iniquidades, sino esforcémonos en salir cuanto antes de tan deplorable estado, haciendo del número y malicia de aquellos como un nuevo título para implorar la compasión y misericordia de la Virgen en favor nuestro. Advirtamos sin embargo, que una cosa pide y exige de nosotros, como indispensable, la Virgen Santísima, y es, que por pecadores que seamos, no nos obstinemos en nuestras iniquidades, sino, que nos esforcemos por salir pronto de ellas recurriendo á su poderoso patrocinio.

EJEMPLO.—A mediados del siglo XIII, un joven oriundo de la célebre familia de los condes de Urgel, en Oataluña, movido de la infernal pasión de la venganza, y con el fin de hacer el mayor mal posible á sus ómulos, dejó la casa paterna, se asoció con algunos forajidos y llegó á ser capitán de una banda de ladrones que, en poco tiempo, llenaron la comarca y todo el reino, con la fama de sus depredaciones, homicidios, violencias y toda clase de crímenes. Sin embargo, aquel jefe tan poderoso y temible, fue por una serie de hechos maravillosos arrancado á esa vida de escándalo y perdición, y entró en la Orden de

Nuestra Señora de las Mercedes, donde llegó á ser uno de los más abnegados ó ilustres siervos de la Reina de la Gloria. El capitán de bandidos convertido ya en ferviente religioso, hizo por dos veces el viaje al Africa para redimir cautivos; y en la segunda vez, como no le alcanzasen los recursos para pagar el rescate de algunos niños cristianos, que estaban en inminente peligro de perder la fe, obtuvo la libertad de estos infelices, quedándose él en cautiverio, mientras ocurría á España por el rescate pactado. No llegó éste en el plazo estipulado, y entonces los Moros furiosos tomaron al santo religioso y lo suspendieron de una horca. Allí quedó por varios días pendiente el cuerpo, del que todos reputaban ya por muerto, cuando habiendo arribado á aquellas playas el religioso que llevaba el rescate, sabido el triste suceso se encaminó al lugar donde estaba levantado el patíbulo, para dar cristiana sepultura al cuerpo del mártir; pero cuál no fue su asombro cuando al llegar al sitio de la ejecución, oyó que el supuesto muerto le hablaba de la horca, y le decía: «Hermano mío carísimo, no llores; pues continúo todavía vivo, por obra de la Virgen Santísima, que con sus manos bondadosísimas me sostiene para que no perezca». Asombrado de tan inaudito portento el religioso descolgó al mártir de la horca, quien en el corto tiempo que le quedó aun de vida llegó á la cumbre de la más heroica virtud, y es el gran siervo de Dios, á quien veneramos en los altares, bajo el nombre de San Pedro Armengol. De esta suerte, Nues-

tra Señora de las Mercedes, por su gran misericordia, hizo de un capitán de bandidos un santo admirable de la Iglesia.

ASPIRACIONES.—Tantas veces, oh Reina poderosa de Mercedes, me habéis arrancado con vuestra intercesión, de las garras del diablo y del profundo abismo de mis culpas; pero ¡ay! otras tantas he tornado á ofender á mi Dios, y he incurrido en su desgracia! No sea así, en adelante, oh Madre Santísima: probad que sois con toda verdad Reina de Misericordia y refugio de pecadores, amparándome á mí, que soy el mayor de todos. Reconciliadme con vuestro Hijo divino, y alcanzadme la gracia de la perseverancia final, para que en los cielos sea yo uno de los más gloriosos trofeos de vuestras misericordias, y una prueba eterna é incontestable, de que sois realmente, después de Dios, el único consuelo y refugio de los miserables. Amén.

Virtud para este día.—Oír una misa pidiendo á Nuestra Señora de las Mercedes, la conversión del pecador más miserable y obstinado, y más próximo á la perdición eterna, que se halle en esta ciudad ó provincia.





MEDITACION PARA EL DIA DUODECIMO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA A SUS DEVOTOS
DE LA TIRANÍA DEL DEMONIO

PUNTO PRIMERO. — Uno de los efectos más gloriosos de la pasión de Cristo Nuestro Señor fue librar al hombre del poder de los demonios que por el pecado de Adán se habían erigido en príncipes y dueños de este mundo. Estos espíritus réprobos tiranizaban á toda la tierra antes que viniese á ella Nuestro divino Salvador; en todas partes se hacían adorar como dioses, y la idolatría con sus horrosos excesos de disolución y crueldad cubría á todo el mundo con la sangre de víctimas humanas y el espectáculo de las más degradantes liviandades. Los demonios por medio de sus mentidos oráculos regían los destinos de la humanidad en todo el globo y mantenían á los pueblos en las densas tinieblas del error y la más ominosa servidumbre á todos los vicios. Y no era solamente la humanidad en general, sino la mayor parte de los hombres, aún individualmente considerados, que gemían bajo esta opresora tiranía, sin hallar modo de librarse de ella. Nuestro divino Salvador, al acercarse su pasión sangrienta, anunció que uno de sus efectos inmediatos, sería libertar al mundo de la tiranía del diablo, cuando dijo: «Ahora el príncipe de

este mundo va á ser arrojado fuera:» *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras* (Joann. XII, v. 31). Y así se verificó; pues, según nos enseña San Pablo, Jesucristo Nuestro Señor, victorioso del infierno y el pecado, ató á su carro triunfal á los poderes de las tinieblas; desde entonces, según San Agustín, el diablo es como un perro en cadena, que puede ladrar, pero no morder, sino á aquellos que voluntariamente se lo acercan: *Latrare potest, mordere non potest*. Esto es, puede tentarnos con sus malignas sugerencias, puede solicitarnos al mal, pero no puede ejercer violencia ninguna sobre nosotros; todo el poder del diablo, en la actualidad, está reducido al que el hombre le da libre y voluntariamente, entregándose por esclavo suyo cada vez que comete un pecado mortal.

PUNTO SEGUNDO — No por ser libre y voluntaria para el hombre redimido, deja de ser terrible y desastrosa la potestad que ejerce el diablo en sus víctimas; al contrario, por lo mismo que esta tiranía es voluntariamente aceptada es mucho más ignominiosa que antes, y también porque el pecador, á cambio de una vilísima satisfacción culpable, renuncia á las más altas dotes y cualidades con que le adornara la divina gracia, y se constituye esclavo del amo más desapiadado y cruel que puede hallarse en todo el universo. Por esto dice San Agustín (In Expos. Ep. ad Rom.) «Todo el que peca vende su alma al diablo, recibiendo como precio de esta venta

la satisfacción momentánea de su sensualidad: » *Unusquisque peccando animam suam diabolo vendit, accepto tamquam pretio dulcedinem temporalis voluptatis.* El poder que ejercitará el diablo sobre los réprobos en el infierno, se lo dan ahora los pecadores en este mundo, entregándose voluntariamente en manos de este tirano sin entrañas, con cada una de las satisfacciones ilícitas que cometen; y desde este mismo mundo principia ya el diablo á ejercitar este despótico señorío sobre los réprobos, moviéndoles á voluntad suya á la perpetración de los más horrendos crímenes, y negándoles muchas veces la vilísima satisfacción que podían encontrar en ellos. ¡Desgracia verdaderamente digna de llorarse con lágrimas de sangre, la del infeliz pecador, que ni siquiera puede cumplir sus deseos, sino que en ellos hace los del diablo! Por esto decía nuestro Salvador divino á los Judíos deicidas: « Vosotros sois hijos del diablo, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: » *Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere* (Joann. VIII, v. 44). Lee-
mos en las vidas de los Padres del desierto que un monje hallándose á las puertas de una iglesia vió entrar en ella á un hombre escandaloso, en forma de un horrible etíope, á quien como á bestia de carga llevaban dos horrorosos demonios ligados con pesadas cadenas de hierro. Santa Catalina de Sena, como se lee en su vida, vió igualmente á dos malhechores obstinados en sus crímenes que marchaban ya al suplicio, y que eran atena-

ceados y atormentados de diferentes maneras por varios monstruosos demonios que hacían padecer á aquellos infelices aun más que los mismos verdugos que les conducían á la muerte. De suerte que en comparación de la cautividad en que yacen los pecadores bajo el poder del demonio, era muy dulce y suave, ó era como nada, la que experimentaban los cautivos cristianos bajo el poder de los moros.

PUNTO TERCERO.—En nada resplandece más el poder admirable de la Virgen Santísima en favor de los hombres que en la prontitud con que acude cuando la invocamos para librarnos del poder de los demonios. Como ella aplastó con sus plantas virginales la cabeza de la serpiente infernal; esto es, como estuvo libre aun de la más leve sombra de todo pecado, desde el primer instante de su inmaculada concepción, y experimentó sin embargo, tantos dolores y penas en la pasión de su divino Hijo, pasión causada por la ira y el furor de los demonios, Dios Nuestro Señor ha dado á su Madre Santísima, en desquite de aquella injusticia del diablo, todo poder sobre el infierno. A ella fue dicho que había de quebrantar la cabeza de Lucifer: *Ipsa conteret caput tuum* (Gen. III, v. 15); y ella es efectivamente la que defiende las almas de las asechanzas del diablo, y arruina en ellas el reino del pecado y el poder de las tinieblas. Basta pronunciar el nombre santísimo de María para que huyan despavoridos los demonios; pues, dice San Buenaven-

tura: «Así como cuando los ladrones van á robar las casas, en medio de las tinieblas, si ocurre que allí amanece la aurora, huyen al punto cual si ella fuese la imagen de la muerte; de modo semejante, los demonios que despojan á una alma de los tesoros de la gracia, huyen despavoridos al esnechar el nombre santísimo de María, que es la aurora de la gracia en las almas; por lo cual concluye el seráfico Doctor: «Oh cuán temible es María para todos los demonios»: *O quam tremenda est Maria demonibus!* (In Spec. Virg. cap. III).

EJEMPLO.—La historia de las misiones católicas nos enseña cuán dura y omnímoda es la tiranía que ejerce el diablo en los infieles dejándose ver de ellos en formas horribles, incitándoles á toda clase de ignominias, y maltratándoles atrocemente, y hasta quitándoles la vida, si no se sujetan ciegameute á esta oprobiosa servidumbre. Este furor del demonio se manifiesta, sobre todo, cuando alguno de aquellos infelices se esfuerza por abrazar la religión verdadera y recibir el santo bautismo. Prueba de ello es el hecho siguiente. Poco después del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, establecidos los españoles en la isla de Santo Domingo, dedicáronse los religiosos Mercedarios con todo empeño á la conversión de los numerosos indios infieles que poblaban aquella tierra. Para lo cual, entre otras medidas, habían acogido en el convento de la nueva ciudad, llamada Isabela, á cuatro jóvenes, hijos de los principa-



les caciques, para instruirles en todo lo relativo á nuestra santa religión, y prepararles al bautismo. Hallábase en esto, cuando de repente un día se levantó sobre la ciudad una tempestad tan horrorosa, acompañada de tales y tantos truenos y rayos que parecía iba á hundirse la isla y perecer con todos sus habitantes. Estos conocieron que aquella furiosa tormenta era suscitada por el diablo, y así, cuantos se hallaban en el convento, especialmente los religiosos, fuéronse á la iglesia á las plantas de una portentosa imagen de Nuestra Señora de la Merced, que se veneraba en ella, á pedirle les librase de la inminente catástrofe, ó les concediese una cristiana muerte. Los cuatro indios antedichos siguieron á la Comunidad, y aunque eran idólatras todavía, se refugiaron también en el interior del templo. Uno de ellos, notando lo que hacían los españoles, exhortó á sus compañeros que se hincasen como los religiosos, y repitiesen las preces que ellos decían; y uniendo el ejemplo al consejo postróse en tierra y púsose á clamar como los blancos: *¡Virgen Santísima de la Merced! ¡Virgen Santísima de la Merced!* Los otros tres indios no hicieron caso de lo que les amonestaba su compañero y quedáronse de pie y sin decir palabra. *¡Cosa maravillosa!* al punto mismo estalló un rayo que redujo á cenizas el grupo de los indios infieles salvándose ileso únicamente el que había invocado á Nuestra Señora de la Merced.

ASPIRACIONES — ¡Virgen Santísima de la Merced, amantísima Madre nuestra! en el bautismo, todos los que tenemos la dicha de ser cristianos, renunciamos ya al mundo y sus vanidades, al demonio y sus pompas. Pero ¡ay!, ¡cuántas veces olvidados de tan sagradas y solemnes compromisos, hemos vuelto por las culpas á la vergonzosa servidumbre del diablo! Como el hijo pródigo hemos dejado las celestiales delicias que saboreábamos en la mesa eucarística y nos hemos alejado de Dios Nuestro Padre, para ir á servir al demonio nuestro más cruel enemigo, que como amo durísimo nos ha puesto á apacentar las más viles pasiones, sin darnos por ello otro alimento que las baboseadas bellotas de inmundos placeres. ¡Oh! no permitáis, poderosísima Reina, que continuemos por más tiempo en cautividad tan terrible ó ignominiosa; romped las pesadas cadenas de los vicios con que nos tiene atados el diablo; alcanzadnos la gracia de una verdadera contrición para llorar amargamente nuestros pecados, pagar en esta vida con la penitencia, lo mucho que debemos á la justicia divina, y la gracia de servir fielmente á Dios, hasta la muerte, y á Vos, nuestra dulcísima Reina y amantísima Madre. Amén.

Virtud para este día. — Los grillos con que el diablo nos tiene cautivos en su servicio son los hábitos perversos y las viciosas costumbres; dejar cualquiera de ellas es romper una de las cadenas del infierno. Prometamos, pues,

hoy á Nuestra Señora de las Mercedes, hacer cada día, durante este Mes, un número determinado de actos de virtud contra la pasión dominante.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO TERCERO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA A SUS DEVOTOS
DE LA TIBIEZA.

PUNTO PRIMERO. — Después del pecado mortal no hay en el mundo mal alguno comparable á un solo pecado venial, y aunque no quita ciertamente la gracia santificante del alma, ni nos priva por lo mismo de la amistad de Dios, ni del derecho á la gloria, sin embargo no deja de ser una ofensa irrogada á la Majestad infinita, lo cual basta para hacer de semejante culpa el mal más grande que pueda concebirse. Y cuando el pecado venial se comete con frecuencia, casi sin darse uno cuenta de él, ni de la injuria que se hace á Dios, constituye aquel estado miserable que se llama la *tibieza*, de la cual la Escritura santa y los más doctos escritores ascéticos nos hacen una pintura tan terrible, que es para concebir el más grande asombro y temor. La malicia del pecado venial está, en que aunque no sea una transgresión grave de la ley divina, es siempre una transgresión y por tanto una rebelión de la criatura contra el Criador, y una ofensa que la nada irroga al Ser infinito; que si bien no nos retira su amistad, queda sin embargo agraviado de la injuria que le hemos hecho. Por lo cual leemos en la misma Escritura, que si estas culpas no se expían, es verdad, siempre con el

infierno, sin embargo Dios ha infligido no pocas veces los más duros castigos á los perpetradores de ellas. Decimos que no siempre se castigan estas faltas con el infierno, porque si un pecador muere en el o-lío de Dios, al descender á aquel lugar de tormentos, pagará con el fuego eterno, no solamente los pecados mortales, sino también todos y cada uno de los veniales que haya cometido en esta vida. Y luego, aun los más justos y santos si han salido de esta vida sin pagar lo que debían á la divina Justicia por los pecados veniales, descienden á los horrorosos calabozos del purgatorio, donde son purificados en aquel fuego devorador, y con tormentos exquisitos, por faltas que muchas veces nos parecen á nosotros insignificantes, pero que no son tales en la balanza del Juez eterno. Todo lo cual nos debe infundir sumo horror á la falta más leve, y deseo de purificarnos, de las ya cometidas, con frecuentes actos de contrición y prácticas de verdadera penitencia.

PUNTO SEGUNDO.—Por varios textos de la Escritura santa se conoce cuanto detesta Dios la tibieza en un alma, es decir, aquel estado de descuido y negligencia en que se perpetra habitualmente el pecado venial, y aun quizás el mortal, sin remordimientos ni dolor. En el capítulo tercero del Apocalipsis leemos que dirigió Dios al obispo de la iglesia de Laodicea la siguiente reconvención: «Conozco bien, le dijo, tus obras, y que no eres ni frío ni caliente: ¡ojalá fueras frío ó caliente! mas

por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca: porque estás diciendo: Yo soy rico, y hacendado, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y miserable, y pobre, y ciego y desnudo:» *Utinam frigidus esses aut calidus: sed quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo* (Apoc. III, v. 16). Los Padres y Doctores de la Iglesia hacen, por su parte, la más espantosa pintura del estado de tibieza. San Gregorio Magno dice: «Así como el pecador antes de convertirse ni caer en tibieza, tiene esperanza de volverse alguna vez á Dios, y servirle con fervor; así el tibio que ha dejado su fervor primitivo, cae en desesperación:» *Tepor, quia a fervore defecit, in desperatione est.* «Las culpas muy grandes continúa el mismo Padre, como se conocen más prontamente, con más celeridad también se enmiendan:» *Major culpa quo citius agnoscitur, celerius emendatur;* mientras que las faltas pequeñas se corrigen tarde, porque se estiman cual si fuesen nada, y se hace fácilmente costumbre de ellas. De donde resulta muchas veces que el alma habituada á los pecados veniales, no haga caso ni de los mortales, y así vaya cayendo en otras faltas cada vez mayores:» *Unde fit plerumque ut mens, assueta malis levibus, neo graviora perhorrescat, et in majoribus contemnat* (Past. pars. 3^a Adm. 34). San Juan Orisóstomo no ha vacilado decir que en cierto modo debemos poner más cuidado en huir de las faltas leves que de las graves; porque, dice el Santo, las faltas graves, por lo mismo

que son tales, nos infunden horror; pero las leves nos liacen descuidados, y como no las hacemos caso, no puede el alma levantarse generosamente contra ellas; de donde resulta que sin caer en cuenta vamos á dar insensiblemente en el abismo de las más graves culpas, sin que tampoco hagamos caso de ellas.

PUNTO TERCERO.—Por las consideraciones presentes se vé cuan triste y deplorable es el estado de una alma caída en tibieza. La Santísima Virgen que nada desea más que librar á sus devotos del infierno, y del peligro de descender á él, no consiente ni tolera que sus fieles siervos incurran en desgracia semejante, y así no deja de amonestar á ninguno de ellos para que salgan cuanto antes de aquel abismo de perdición y ruina. Leemos en la vida del Venerable Tomás de Kempis, que cuando joven, por atender á sus estudios, se descuidó, de suerte que dejó gran parte de sus ejercicios piadosos, y aun no pocas de sus acostumbradas devociones á la Reina del cielo; hasta que se le presentó una visión en que le pareció que la Virgen Inmaculada se hallaba cercada de un gran concurso de jóvenes piadosos, á quienes colmaba de caricias; pero al llegar á Tomás, sin darle muestra alguna de ternura ni afección, le reprendió su descuido, y le dejó bien enseñado para servir en adelante á Dios, con todo fervor y generosidad. Lo mismo leemos de San Anselmo, Santo Tomás de Cantorbery y otros muchos siervos de Dios, que debieron á la

mediación de la Virgen Santísima el librarse de tan miserable estado y ascender á la cumbre de la más alta perfección. Y así, uno de los medios más eficaces para salir del estado de tibieza es acudir á la mediación poderosa de María. San Buenaventura dice: «Oh Señora, pecan contra tí no sólo los que directamente te irrogan injurias, sino también los que dejan de honrarte y de pedirte.» «Porque, según explica el mismo Santo: María jamás deja de compadecerse de nadie, ni fue costumbre suya dejar de socorrer á quien le invoca, por pecador y miserable que sea:» *Ipsa enim non misereri ignorat, et miseris non satisfacere nunquam scivit.* (In Spec. Virg.) Siendo, pues, después del pecado mortal, el cautiverio de la tibieza el más deplorable y terrible en que puede hallarse un alma en este mundo, acudamos confiadamente, si en tan triste situación nos hallamos, á la mediación poderosísima de la Virgen Santa, para que ella con sus manos maternales rompa los grillos de nuestras perversas ó inveteradas imperfecciones, cure las llagas de nuestra alma, nos alcance aquella sanidad, robustez y fervor en el servicio de Dios que nos haga caminar como gigantes en la senda de los divinos mandamientos y de la perfección cristiana, y al fin nos ponga en posesión de la gloria eterna.

EJEMPLO. — A principios del siglo XVII un joven español que había dejado su patria y familia, y se hallaba de estudiante en el co-

legio de San Luis de Quito, aspiraba con vehemencia dedicarse por completo á la virtud y emprender una vida perfecta, pero no sabía cuándo ni de qué manera pudiese realizar estos deseos, y mientras tanto se hallaba rodeado de grandes peligros para su alma, en medio del mundo. Presa de tales inquietudes entró un día en la iglesia del convento máximo de los religiosos mercedarios, y postrado humildemente en tierra, en un rincón, pedía con todo fervor á Nuestra Señora de la Merced, representada en una hermosa y antigua imagen de piedra que en aquel templo se venera, que le sacase de aquellas perplejidades y le mostrase la senda que debía seguir para lograr su perfección. A este mismo tiempo la comunidad religiosa se encaminaba al interior del convento, pasando por delante del altar mayor, donde estaba colocada aquella milagrosa efigie de Nuestra Señora de la Merced. Entonces el joven estupefacto advirtió este portento: á cada uno de los religiosos, así como se inclinaban delante de la santa imagen, ésta les daba la bendición y cuando hubieron pasado todos, hizo la Virgen, con la mano, señal al estudiante, para que se uniese á la comunidad y entrase con ella al convento. Así lo verificó inmediatamente, y postrado con gran humildad ante el superior pidió le recibiese en calidad de religioso, y que como á novicio le diera el hábito de la Orden. Obtenida esta gracia, correspondió á ella el joven con tal fidelidad que llegó á ser uno de los más ilustres siervos de Dios

que han florecido en América, pues es nada menos que el Venerable Padre Fray Pedro Urraca, cuyo proceso de beatificación se halla pendiente ante la Sagrada Congregación de Ritos.

ASPIRACIONES.—¡Virgen Santísima, Madre de Mercedes y dispensadora de todas las gracias! yo, más que nadie, necesito de vuestra soberana intercesión, pues sabéis muy bien la flojedad y el ningún fervor con que practico la virtud y sirvo á mi Dios. Alcanzadme una caridad ardiente que inflame y abraze mi tibio corazón, una energía y fortaleza grandes de voluntad que me haga romper generosamente las innumerables y ruines afecciones que me ligan á las criaturas, para que renunciando á todo por amor á mi Dios, no tenga otro deseo que agradarle, ni otra ocupación que servirle, sin apartarme un punto de la senda de los divinos mandamientos. Oh Madre dulcísima, Vos que todo lo podéis con Dios, haced este otro milagro más de vuestra misericordia: á mí que soy un gran pecador, convertidme en un verdadero santo, para que sea fiel esclavo vuestro acá en la tierra, y una de las estrellas de vuestra resplandeciente corona de gloria en los cielos. Amén.

Virtud para este día.—Hagamos hoy generosamente, y cuéstenos lo que nos costare, aquel propósito ó resolución que hace tiempo nos está pidiendo Dios, y del cual, según lo tenemos bien entendido, depende todo el nego-

cio de nuestra verdadera santificación; pues, si no rompemos aquella afección y no hacemos aquel sacrificio, jamás principiaremos á subir el monte de la perfección cristiana, ni mucho menos llegaremos á la cumbre de la santidad: para lo cual es menester, ante todo, ponernos en aquel estado ó situación á que Dios nos llama, y corresponder fielmente á sus santas inspiraciones.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO CUARTO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA A SUS DEVOTOS.
DEL YUGO Y SERVIDUMBRE DE LAS INNOBLES PASIONES.

PUNTO PRIMERO.— Aparte del cautiverio de la culpa hay otro ciertamente muy distinto, pero íntimamente enlazado con él, y es el odiosísimo cautiverio del alma, entre las exigencias rastreras del cuerpo. ¿Quién no se lamenta de la servidumbre del espíritu á la materia, á que la concupiscencia y las pasiones se esfuerzan diariamente, y casi á cada instante, por reducir al hombre espiritual? Este yugo ignominioso de la concupiscencia: no lo siente el hombre carnal que ha puesto todas sus delicias y su paraíso en la satisfacción de sus más viles y perversos instintos, pero lo experimenta todo aquel que quiere sobreponerse á las inclinaciones abyectas de la sensualidad, levantándose sobre la carne, y servir á Dios con la pureza y santidad, propias de un verdadero cristiano. Quienes han sentido más el peso de ese durísimo cautiverio han sido precisamente los santos que, anhelando ardentemente por romper los lazos de esta mortalidad y unirse con su Dios, han gemido y se han quejado de las bofetadas impresas por Satanás en el alma de ellos, con los estímulos de la carne y todas las bajas é innobles inclinaciones de los sentidos, que impelen incesantemen-

te al hombre al abismo profundo del envilecimiento y la degradación. Nadie mejor que el gran Apóstol ha descrito esta lucha del alma con el cuerpo, ni se ha lamentado con más sentidas expresiones de este tristísimo y ominoso cautiverio, en que tiene de verse en este mundo todo hombre espiritual. «Yo, dice el Apóstol, por mí mismo soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado» *Venundatus sub peccato*. «Por lo que, yo propio, no apruebo lo que hago: pues no hago el bien que amo: sino antes el mal que aborrezco, ese le hago. Me complaceo en la ley de Dios, según el hombre interior; mas al mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado: *Captivantem me in lege peccati*, que está en los miembros de mi cuerpo.» Estas dolorosas quejas termina el Apóstol con ésta más sentida todavía: «¡Oh qué hombre tan infeliz soy yo! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte ó mortífera concupiscencia?» El mismo Doctor de las gentes dá esta admirable respuesta: «Sólo la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo Señor nuestro puede alcanzarnos tan preciosa libertad:» *Gratia Dei per Jesum Christum Dominum nostrum*. (Rom. VII, vv 14 et sqs.)

PUNTO SEGUNDO.—La gracia del santo bautismo quita de nuestra alma el pecado, pero no la concupiscencia, que nos ha sido dejada, dice el Concilio de Trento, para que nos ejercitemos en la lucha y el vencimiento de nosotros

mismos. La concupiscencia no es pues el pecado, y por esto sus inclinaciones perversas se han hecho sentir hasta en los más grandes santos, á excepción únicamente de la Virgen Santísima, que siendo predestinada para Madre del Verbo encarnado y para aplastar con sus purísimas plantas la cabeza de la serpiente infernal, fue exenta de toda mancha de pecado, inmaculada desde el primer instante de su concepción, y limpia hasta de las más leves imperfecciones. Pero aunque la concupiscencia en sí misma no sea pecado, es la fuente, la raíz y la madre de todos los pecados. Por esto la llaman los teólogos, incentivo á la culpa ó semilla de pecados, *fomes peccati*. El yugo de la concupiscencia es sobremanera odioso y pesado para el alma, pues es el que nos encorva á la tierra, nos tiene enclavados en lo más profundo de la sensualidad y la materia, é impide que nos levantemos á Dios. Cuando San Agustín trató de dejar su mala vida, volverse al Señor y abrazar la práctica de las virtudes, sintió, como nos lo describe admirablemente en el libro de sus Confesiones, esta guerra terrible y sostenida que le hacía el diablo valiéndose de su concupiscencia, «¿Imaginas, le decía, que has de poder vivir sin estas cosas que tratas de renunciar? : *Putasne sine istis poteris vivere?* (lib. VIII, c, 11). Y cuando el generoso penitente daba gritos en el interior de su alma diciendo: «¿Hasta cuándo ha de durar el que diga yo, mañana, mañana; pues por qué no ha de ser luego y en este mismo día; por qué no ha de ser en esta misma hora el poner fin á to-

das mis maldades?» La concupiscencia le presentaba todas las ilícitas satisfacciones de la vida culpable, las que como tirándole de la ropa, murmuraban y decían: «pues que, ¿nos dejas y nos abandonas? *Succutiebant vestem meam carnam, et submurmurabant: dimittisne nos?* (Ib.)

PUNTO TERCERO.—Soló la gracia de Dios, por los méritos de Jesucristo Señor Nuestro tiene el poder divino de reprimir la concupiscencia, de enfrenar la sensualidad, y devolver al alma la santa y pura libertad propia de los hijos de Dios. Y como María Santísima es la Madre de la divina gracia, y el acueducto ó canal que derrama todos los dones del cielo en nosotros, es á esta Virgen Inmaculada, que aplastó la cabeza de la serpiente infernal, á quien hemos de acudir para librarnos del yugo vergonzoso y durísimo de la sensualidad, luchar con nuestras inclinaciones perversas, levantarnos sobre las miserias de la carne, y elevarnos á las puras regiones del espíritu. Oigamos á un gran Doctor de la Iglesia, San Bernardo, la preciosa enseñanza que nos dá acerca de la confianza con que debemos acudir á la Virgen Santísima en todas las luchas del espíritu contra la carne. «Oh tú, dice, quienquiera que seas, que te sientes aquí abajo bregando en medio de tempestades y borrascas, y no colocado aún sobre tierra firme, no apartes tus ojos de este astro, si no quieres verte sumergido:» *Ne avertas oculos a fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis.* «Si se levanta contra tí el viento de las tentaciones, si te miras junto á

los escollos de las tribulaciones, mira esta estrella ó invoca á María: *Respice stellam, voca Mariam*. «Si eres sacudido por las oleadas del orgullo, de la ambición, de la maledicencia, de la envidia, mira la estrella ó invoca á María. Si la cólera, la avaricia, las seducciones de la carne sacuden la frágil barca de tu alma: mira á María. Si te sientes turbado por la grandeza de tus crímenes, humillado por la vergüenza de tu conciencia, aterrado de la severidad del juicio; si comienzas á sumergirte en la vorágine de la tristeza y la desesperación, recuerda de María en tus peligros, angustias é incertidumbres, piensa en María ó invoca á María: *Mariam cogita, Mariam invoca* (Super Missus est. Homil. II).

EJEMPLO.—Refiere el Padre Fray Juan Talamanco, en su obra intitulada la *Merced coronada*, que hubo en su tiempo, en Barcelona, cierto sacerdote muy piadoso y devoto de Nuestra Señora de la Merced, que vestía su escapulario y visitaba con frecuencia á la milagrosa imagen de ese título, que es muy célebre y venerada en la ciudad antedicha. Pero de repente el diablo armó una guerra tan cruda contra el buen eclesiástico, que sintió éste que se le revelaban todas las pasiones, y á un tiempo experimentó tedio y fastidio por las cosas de Dios, grande tristeza y flojedad en su servicio, y tentaciones violentísimas contra la castidad. Resistía á este furioso embate de la concupiscencia, pero sin que el diablo se diese por vencido; al contrario, se le presentó en sueños, su-

giriéndole que el remedio á todos esos males estaba en dar rienda suelta á las inclinaciones de la sensualidad. Clamaba el ministro del Señor á Nuestra Señora de la Merced para que viniese en su auxilio; cuando he aquí que en lo más fuerte de la tentación se le apareció la divina Madre, exhortándole á permanecer firme en sus propósitos; animado con tan poderoso auxilio púsose entonces el valeroso adalid á decir á la Santísima Virgen: — «No, Señora: no haré tal». Por tres veces distintas tuvo la misma visión, hasta que al fin se disipó por completo esta tentación terrible, y fortalecido el sacerdote con la presencia de la Reina de las Mercedes, se sintió en adelante más firme y robustecido en el servicio de Dios.

ASPIRACIONES. — Virgen Santísima: tan grande y profunda es mi miseria, que, si no venís en mi auxilio, mi perdición es segura. Todas las inclinaciones de mi perversa naturaleza me llevan al pecado; siento en mí mismo tanta oposición á lo bueno y tanta facilidad para lo malo, que á cada momento tiemblo y temo por mi salvación eterna. Cuando el impulso soberano de la divina gracia mueve mi voluntad, hago los más hermosos propósitos de dedicarme á la práctica de las virtudes; pero luego que ese momento feliz ha pasado, vuelvo á caer en mi habitual tibieza y languidez. Pero aunque yo soy tan miserable, Vos, Madre amabilísima, sois inmaculada y santa; en vuestras manos están todos los tesoros de la redención divina; alcanzadme, pues, oh Virgen pia-

desísima, la gracia de luchar varonilmente contra todas mis malas inclinaciones, de sujetarlas al yugo de la ley santa del Señor, de vencerme á mí mismo, y de ser digno hijo vuestro en tiempo y eternidad. Amén.

Virtud para este día.—En honor de Nuestra Señora de las Mercedes haremos una visita ó un obsequio á la persona de quien mayores agravios hayamos recibido, ó con quien más disgustados nos sintamos, para cumplir con la perfección posible el precepto evangélico más difícil á nuestra naturaleza corrompida, cual es el amor á los enemigos.



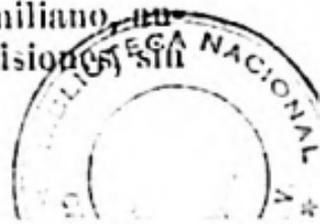
MEDITACION PARA EL DIA DECIMO QUINTO

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED PROTEGE Á SUS DEVOTOS
EN LAS VARIAS TRIBULACIONES DE LA VIDA

PUNTO PRIMERO.—«Por esto conocerán todos, dijo el Salvador á sus Apóstoles, que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros» (Joan. XIII, v. 35).—La caridad al prójimo es, pues la virtud distintiva del cristiano, por esto no ha habido un solo siervo de Dios que no haya sobresalido en esta virtud preciosa, aplicándose los unos á atender á los enfermos, como S. Juan de Dios, otros á los niños pobres y abandonados, como San Jerónimo Emiliano ó San José de Calasanz, y así los demás; pero la Santísima Virgen destinada á ser Reina de todos los santos debía ser perfectísimo modelo en todas las virtudes y sobresalir no en una, sino en todas; no en esta ó aquella práctica de caridad, sino en cuantos actos abraza y comprende esta hermosa virtud. Al querer María que se le invoque con el hermoso título de Madre de Misericordia y Reina de Mercedes, nos ha significado que no hay necesidad ni tribulación que no pueda ser remediada ó socorrida por su poder, ya que Dios Nuestro Señor ha depositado en las manos de su Madre Santísima los tesoros de su clemencia inagotable. «Hallándose en este mismo mundo fue, dice San Buenaventura, muy grande la misericordia de María hacia to-

dos los miserables, pero mucho mayor lo es ahora que reina en el cielo: *Magna fuit erga miseros misericordia Mariae adhuc exsulantibus in mundo; sed multo major est regnantibus in caelo* (In Spec. Virg.) Y aunque son muy pocos los hechos de la vida mortal de la Virgen Santísima que se refieren en el Evangelio, bastan ellos para hacernos conocer las entrañas de dulzura y misericordia que palpitaban en el pecho generoso de esta Madre incomparable. En las bodas de Caná, advirtiendo ella que faltaba el vino, sin que se lo pidiesen los esposos les ahorró el sonrojo de que cayesen en cuenta del aprieto en que se hallaban, y alcanzó de su divino Hijo que cambiase el agua en vino; y de esta manera, á ruegos de la piadosísima Virgen, se realizó el primer milagro público del Salvador. ¿Cuántos otros portentos que ignoramos los habrá hecho el Señor, en beneficio de toda clase de miserables, por las instantes y poderosas súplicas de María?

PUNTO SEGUNDO.--En favor de quienes ha resplandecido siempre más la caridad de la Virgen Santa, ha sido de los más miserables y abandonados, de aquellos que son como el deshecho de este mundo, y que ordinariamente ven cerradas ante ellos las puertas de la compasión humana. Por esto, después de los cautivos, que yacían como sepultados en vida, en poder de los Moros, Nuestra Señora de las Mercedes ha manifestado su grande benignidad en favor de los encarcelados. Léese de San Jerónimo Emiliano, ^{en} ~~su~~ ^{esta} ~~su~~ ^{obra} citada, que hallándose entre prisioneros



esperanza alguna de recobrar su libertad, antes con inminente peligro de perder la vida, se le apareció la Reina del cielo, rompió las cadenas que le ligaban, y no solamente le devolvió la libertad, sino le puso fuera del alcance de sus enemigos, lo que fue causa de la conversión, y principio de aquella prodigiosa vida del Santo. Innumerables veces Nuestra Señora de la Merced ha repetido igual portento en favor de otros devotos suyos. También ha manifestado su predilección por los oprimidos con calumnias, ya haciendo brillar la inocencia de ellos cuando menos lo esperaban, ya castigando severamente á sus injustos opresores. Con razón dice San Buenaventura, hablando con esta dulcísima Virgen: «Oh María, estás tan llena de piedad y misericordia en favor de todos los necesitados y miserables, que parece que la compasión te cerca por todos lados, y que no tienes otro deseo que socorrer á los miserables, ni otra ocupación que estar atenta á lo que les falta, y á lo que te piden, para inmediatamente socorrerles con solicitud verdaderamente maternal»: *Undique sollicita es de miseris, misericordia vallaris, solum misereri videris appetere* (Sup. Salv. Reg.).

PUNTO TERCERO.—Ni aun los mismos pecadores se hallan privados de esta tierna compasión de la Madre de Misericordia y de Mercedes en favor de ellos; antes, como hemos visto en una consideración precedente, parece que el hecho de ser pecador y la extraordinaria gravedad de sus culpas, fueran como un nuevo títu-

lo para reclamar la compasión de esta piadosísima Virgen. De suerte que, según dice el seráfico Doctor, podemos aplicar á María lo que la Escritura dice del sol, que nadie se halla privado de la luz ni del calor de este astro: *Non est qui se abscondat a calore ejus.* (Ps. XVIII, v. 8). San Bernardo exclama igualmente: «María se ha hecho todo para todos»: *Maria omnia omnibus facta est:* «á todos abre los senos de su misericordia»: *Omnibus misericordiae sinum aperit;* «para que de su plenitud reciban todos, el cautivo redención, el enfermo salud, el triste consuelo, el pecador perdón, el justo gracia; para que así no haya quien quede privado del suave calor de su caridad»: *Ut non sit qui se abscondat a calore ejus* (Serm. in Sign. mag.). ¡Qué confianza tan grande é ilimitada no debemos pues tener en la protección soberana de María, en todas las necesidades de la vida, así espirituales como temporales, pero más principalmente en las primeras! . . . Si nos examinamos bien advertiremos que la mayor parte de las veces en que las tribulaciones de esta miserable vida se han prolongado demasiado, ó hecho muy pesadas para las débiles fuerzas de nuestra alma, ha sido porque, ó nos hemos descuidado de acudir á la protección de la Virgen Santísima, ó lo hemos hecho muy tibia y flojamente. Y si bien es verdad que las penas y tribulaciones son necesarias para el adelantamiento espiritual del hombre, aun entonces mismo debemos acudir á la Virgen Santísima, ya para que tales pruebas se nos hagan llevaderas y fáciles, con la unción de la gracia, y ya

sobre todo para saber sacar de ellas los méritos y virtudes que Dios Nuestro Señor se propone al enviárnoslas. Initemos, por tanto, á los siervos fieles de María, que en todas las pruebas de la vida recurren á ella con la confianza de hijos, sabiendo que jamás se acude á esta Madre de misericordia, sin quedar consolado.

EJEMPLO.—Levantóse cierta ocasión una furiosa tormenta en el Mediterráneo, á consecuencia de la cual naufragaron miserablemente muchísimos buques anclados en el puerto de Barcelona. Envuelta en el mismo peligro se halló una barea de pescadores, y estando ya á punto de zozobrar y hundirse en los abismos, la tripulación del pequeño esquife hizo á una voz, y con fervientes clamores, voto de visitar á la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Merced, grandemente venerada en aquella ciudad. «Apenas acabaron su plegaria, cuando les pareció ver á una Señora de amable y risueño aspecto vestida con un ropaje blanco, coronada con una corona de reina y otra de estrellas, que con su diestra sostenía un cetro real, y un niño en su brazo izquierdo. Iba circuida de brillantes nubes, en las cuales estaban como reclinados y contemplándola á ella una multitud de hermosísimos niños alados. Hizo un movimiento con su mano derecha, y al momento cesó la tempestad

y desapareció la visión» (1). La Virgen Santísima, para hacer más patente su milagrosa intercesión, había querido que su Imagen llevada por los ángeles, asistiese á los marineros que invocaban su protección, y les libertase de aquel espantoso naufragio.

ASPIRACIONES.—Siendo tan propio de vuestra benignidad, oh Virgen piadosísima, derramar gracias y mercedes sobre cuantos imploran vuestra protección, no sea yo el único que me vea privado de ella. Vos sabéis bien, dulcísima Madre, cuántas y cuán graves son las necesidades que me aquejan, á vuestra poderosa intercesión acudo para que os dignéis remediarlas, y espero confiadamente que seré de Vos oído. ¿Sería jamás gloria vuestra, oh Virgen Santísima, que Vos estéis tan colmada de virtudes, y yo tan necesitado de ellas; que siendo Vos tan dadivosa, perezca yo en la extrema miseria de mi alma? No, Reina mía, no sea así: dadme vuestra poderosa mano para salir del abismo de mis culpas, enriquecedme con el tesoro de gracias de que sois depositaria y dispensadora, y logre la dicha de alabar por eternidades al Señor que os ha eriado ta dulce, tan misericordiosa y compasiva para con todos los pecadores y miserables. Amén.

(1) Ramillete de flores celestiales consagradas á la Santísima Virgen María, Reina de la Merced, por Dn. Juan Martí y Cantó, presbítero.—Barcelona.

Virtud para este día.—Para que la Virgen Santísima no nos niegue nada de lo que le pidamos, hagamos también nosotros el propósito de no negar jamás una limosna á cuantos pobres nos la pidan en el nombre de María.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO SEXTO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBERTA AL PUEBLO
CRISTIANO DE LA TIRANÍA MUSULMANA.

PUNTO PRIMERO.— Una de las consecuencias del pecado es la sujeción violenta á que Dios somete al hombre culpable, en justo castigo de haberse rebelado contra la majestad infinita del Hacedor supremo. Como hemos visto en las meditaciones precedentes, el pecado no es otra cosa que el insolente levantamiento de la criatura contra el Criador; para restaurar el orden violado en la creación entera por la audacia del hombre prevaricador, ha dispuesto el Juez eterno que las demás criaturas se rebelen también contra el hombre; y aun entre los mismos hombres, que los unos tiraniceen á los ótros. Por esto el real Profeta, hablando de las tribulaciones á que nos vemos sometidos en esta vida, pone entre ellas, como una de las más graves, y que en cierta modo resume todas las otras, ésta de la dominación tiránica y opresora que hombres infeas ejercen sobre los demás. «Oh Dios, dice, has querido probarnos: nos has acrisolado al fuego, como se acrisola la plata. Nos dejaste caer en el lazo: nos echaste las tribulaciones encima: á yugo de hombre nos sujetaste»: *Imposuisti homines super capita nostra.* (Ps. LXV, v. 12). En castigo

de las grandes prevaricaciones de que el pueblo cristiano se había hecho culpable, desde la caída del imperio romano, hasta muy entrada la Edad moderna, la secta de Mahoma ha tiranizado grandemente á gran parte de la Europa cristiana: esta fue la arma de que la justicia divina se valió para castigar á los cismáticos griegos, y para hacer entrar en costumbres y sentimientos más cristianos á muchos pueblos de Occidente, especialmente á España, grandemente corrompida hacia fines del reinado de los Visigodos. Mientras tanto la cimitarra musulmana ocasionó los mas terribles destrozos, no solamente en la península Ibérica, sino en parte notable de Francia, en las costas de Italia, y en otras regiones no menos florecientes. Además de los innumerables cautivos que, como fruto de aquellas guerras sangrientas, eran arrastrados de todas las regiones de Europa, para servir de esclavos á feroces musulmanes de Africa y del Asia, y aún en la misma Constantinopla, muchísimos otros eran apresados en el Mediterraneo y sus costas, por los corsarios de Argel y Túnez, donde aquellos desgraciados llevaban la vida más triste y penosa que puede imaginarse.

PUNTO SEGUNDO.— Las noticias de la odiosa servidumbre á que los musulmanes sujetaban al pueblo cristiano en todo el Oriente, y en gran parte de las costas de Africa, suscitó casi durante toda la Edad Media, el espíritu guerrero de la Europa cristiana, que organi-

zada en las Cruzadas, emprendió rescatar el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, contuvo el ímpetu del poderío musulmán, é impidió que se extinguiera por completo el nombre cristiano en el antiguo mundo. Aun después de las más grandes y célebres victorias de los cruzados los principados berberiscos continuaron por largos siglos su sistema infame de depredaciones, que arrastraba al cautiverio más desapiadado á un sinnúmero de cristianos habitantes de toda las costas del Mediterráneo. «Un número incalculable de aquellos desgraciados morían en Berbería, en medio de atroces torturas. Se les vendía en mercados públicos, como bestias de carga. Se les hacía trabajar todo el día, expuestos, medio desnudos, á los ardores del sol de Africa. Y cuando agotadas sus fuerzas por los golpes de un amo desapiadado no querían renegar del nombre de cristianos, los ahorcaban, les arraucaban las entrañas, los quemaban vivos, ó los enganchaban por el vientre á los hombres, en garfios clavados en las murallas» (1). Para librar al pueblo cristiano de tan terribles vejaciones, la Virgen Santísima descendió del cielo é instituyó la célebre Orden de la Merced, como lo refiero la Iglesia en la festividad del 24 de Septiembre. «La beatísima Reina de los cielos, dice, queriendo remediar benignamente tantos y tan

(1) Vidas de santos ilustradas, por los Agustinos de la Asunción. En la vida de San Félix de Valois, el 20 de Noviembre.

graves males, demostró su eximia caridad en la redención de aquellos infelices cautivos: *Nimian charitatem suam in iis redimendis ostendit.* Y en la oración de la misma fiesta recuerda la misma Iglesia santa, que Dios para redimir á los fieles de Oristo del poder de los paganos fundó por medio de la Madre gloriosísima de su Hijo divino la hermosa Orden de la Merced, que, con otras instituciones católicas, ha contribuido tanto á la extinción del cautiverio y la esclavitud en los pueblos modernos. Este imponderable beneficio se lo debemos pues á la sublime caridad de la Madre de Dios para con los hombres.

PUNTO TERCERO— Pero el beneficio más insigue que la Virgen Santa alcanza no solamente para la Iglesia en general, sino para cada uno de los fieles en particular, es la gracia de amar y soportar pacientemente las tribulaciones de la vida, y comprar con ellas la corona eterna de los cielos. Para lo cual hemos de recordar que los males todos de acá abajo, inclusive la misma esclavitud, son muy tolerables y muy llevaderos para los justos que aceptan las penas de esta vida, como una penitencia saludable que les ha sido impuesta por la misericordia divina; pero esas mismas penas se tornan imponderables para los perversos que no ambicionan otra cosa que los fugaces placeres de este mundo, y odian la cruz de Jesucristo. San Agustín dice: «Quien lleva con paciencia los males de la vida presente,

halla en ellos el medio más seguro de subir á la gloria, mientras que los malos encuentran en ellos su perdición y el principio de su ruina eterna: *Eadem tunsio bonos perducit ad gloriam, malos redigit in favillam.* (Serm. 222). Ciertamente no había situación más deplorable que la de aquellos cautivos cristianos sujetos á trabajos pesadísimos, encerrados en mazmorras horribles, torturados con mil variados suplicios; muchos perdieron en estas pruebas la fe; pero también no pocos hallaron en ellos el camino del cielo y la senda de la más alta perfección. Refiérese de algunos que por medio de aquel pesado cautiverio subieron á la cima de la más admirable santidad. Entre ellos se cuenta un San Serafio, un San Ramón Nonato, un San Pedro Armengol, y otros muchos á quien veneramos en los altares. De suerte que la Virgen Santísima demostró su oficio de Corredentora, alcanzando á los unos la gracia de la santidad en el ejercicio de la caridad sublime de redimir cautivos; á otros, haciéndoles llevaderas sus cadenas, y alcanzándoles la gracia de una heroica paciencia, y aun la del martirio en medio de pruebas tan atroces; finalmente, á los más, alcanzándoles la libertad de un modo extraordinario y maravilloso.

EJEMPLO.—En las crónicas de la Orden Mercedaria se cuentan muchísimos casos en que la Virgen Santísima, por sí, directamente, y de un modo maravilloso libró á innumerables cautivos del poder de los Moros. El

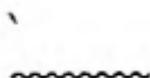
Padre Talamanco, antes citado, dice que este portento era tan repetido y notorio, que todos los años, al aproximarse la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, solían los cautivos animarse unos á otros, exclamando con júbilo: «Ea, amigos, ya llegan los días de la libertad». En prueba de ello refiere el hecho siguiente: La ciudad española de Orán, situada en las costas de Africa, hallábase el año de 1688 bloqueada por los Turcos; con cuyo motivo un religioso mercedario, que recientemente había ido al convento de Orán, y había oído hablar de aquel prodigio, esto es, de que muchísimos cautivos cristianos escapaban milagrosamente de Argel y Túnez, al acercarse el *veinticuatro de Septiembre*, dijo á los otros religiosos: Al menos ahora, que Orán está sitiada, no asomará aquí cautivo alguno rescatado por la Virgen Santísima. El superior del convento, que tenía más fe en el patrocinio de la Virgen Santísima, increpó al incrédulo por su falta de confianza. Efectivamente, aun no se acababan las fiestas en honor de Nuestra Señora de la Merced, cuando vino la noticia de que en la vecina playa del mar aparecía un hombre lleno de sangre y cargado de cadenas; las personas más distinguidas de la ciudad, y no pequeña parte del pueblo, acercáronse al misterioso naufrago, y prodigáronle auxilios y bebidas confortantes; el cual, cuando hubo vuelto en sí, dijo: Llévenme por Dios á la iglesia de la Merced; y puesto en el lugar santo á las plantas de la imagen de María, exclamó: «¡Oh Divina

Señora, Madre de los cautivos y lo que te debo.....!» En seguida refirió, en presencia de todo aquel numeroso concurso, que hallándose en las galeras musulmanas que bloqueaban el puerto, cautivo de los Turcos, con aquellas esposas y cadenas que llevaba aun en manos y pies, confiado en el patrocinio de Nuestra Señora de la Merced, se arrojó al mar, y lejos de hundirse en sus aguas, cargado como estaba de tan pesados hierros, flotó ligeramente sobre las ondas, y luego se encontró en la playa. Oído lo cual todos se desataron en alabanzas de la Reina de las Mercedes, y dulcísima Libertadora de cautivos.

ASPIRACIONES.—¿Cuándo acabaremos de conocer, oh Reina de la misericordia, que á vuestra intercesión soberana debemos los dones más preciosos de la cristiana civilización? ¿Qué sería de nosotros á la hora presente, si en vez de vivir en un país católico, hubiésemos tenido la desgracia de nacer gentiles ó musulmanes? A Vos debemos, pues, oh Madre amabilísima, la justa y legítima libertad de que gozamos; á Vos las luces de la fe que ilustran nuestras inteligencias; á Vos todas las gracias del cielo, pues por vuestra mediación las hemos recibido. Pero ¡ay! que en vez de corresponder á ellas con la fidelidad y gratitud á que estamos obligados, nos servimos de estas mismas dádivas celestiales, especialmente de la libertad, para ofender más á vuestro divino Hijo, y labrarnos

nuestra ruina y perdición! ¡Cuántos paganos y herejes se habrían aprovechado mucho mejor que nosotros, de esas gracias, si les hubieran sido concedidas en lugar nuestro? Oh Virgen Santísima de la Merced, poned el sello á vuestras bondades, alcanzándonos la gracia de una verdadera conversión, para ser en adelante más fieles y reconocidos á nuestro Dios, y vivir en santidad y justicia todos los días de nuestra vida. Amén.

Virtud para este día.—Hacer una limosna á los pobres de la cárcel, en honor de Nuestra Señora de las Mercedes.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO SEPTIMO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES AMPARA A LOS PUEBLOS QUE LE SON DEVOTOS, EN LAS CALAMIDADES PÚBLICAS.

PUNTO PRIMERO.— Los pueblos son grandes personas morales que, de igual manera que los individuos, están obligados á dar á Dios el culto que le es debido, á apartarse del vicio y practicar la virtud, y á cumplir en todo la ley santa del Señor; si así lo hacen reciben su recompensa, acá en la tierra, en la abundancia de bienes espirituales y temporales con que les colma el cielo; pero si olvidados de sus más sagrados deberes, dan las espaldas á Dios y se precipitan en los vicios, el Señor primeramente les amonesta, para que se corrijan, y si no lo hacen, y se obstinan en sus delitos, descarga sobre los culpables el peso de su indignación. Las calamidades públicas son pues, de ordinario, los castigos que la Justicia divina inflige á los pueblos prevaricadores. Enorgullecidos éstos con sus riquezas y poderío desafían en cierto modo la venganza divina, amontonan pecados sobre pecados, y precipítanse en lo más profundo de la iniquidad. Al principio, Dios guarda silencio; pero, si continúa la audacia de los rebeldes estalla terrible contra ellos la cólera del cielo, según lo tiene anunciado por el profeta Isafas, cuando dice: «Ay! me conso-

laré en la pérdida de aquellos que me combaten: y quedaré vengado de mis enemigos: *Iteu! consolabor super hostibus meis: et vindicator de inimicis meis.* (Isai. cap. I, v. 24). Refiérese en el Evangelio que en cierta ocasión se acercaron los judíos al Salvador y le dijeron, que Pilatos había hecho dar muerte á unos Galileos, cuya sangre quedó mezclada con la de los sacrificios que ofrecían. Dijéronle además que la torre de Siloé había caído de repente sobre diez y ocho hombres, á quienes dejó muertos de contado. El Señor al oír estas cosas, repuso á sus interlocutores: ¿pensáis que aquellos hombres fuesen los más culpables de todos los moradores de Jerusalén? Os digo que no: mas si vosotros no hiciéreis penitencia, todos pereceréis igualmente: *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII, vs. 1 et sqts.). A este modo Dios tolera y calla, cual si no atendiese á los pecados de los hombres; mas cuando la medida de los pecados ha llegado á su colmo, esa misma justicia ultrajada rompe los diques de la misericordia que le contenían, y se precipita como un torrente asolador sobre los pueblos y naciones culpables.

PUNTO SEGUNDO.— Lo que provoca la indignación divina y causa las calamidades públicas, no son únicamente los grandes crímenes de los pueblos, sino también los pecados de los particulares, especialmente cuando son repetidos, públicos y escandalosos. Además es muy de temer que baste un solo pecado

para hacer rebosar la copa de la cólera divina, cuando ésta ha sido muy excitada por los grandes pecados de un pueblo; al modo que basta, en ocasiones, añadir una sola gota de agua para hacer que rebose la contenida en un vaso excesivamente lleno. Leemos en la Escritura santa (Jos. cap. VII) que Dios Nuestro Señor castigó terriblemente á todo Israel, entregándole en manos de los Amorreos, por el pecado de un solo hombre, el impío Acán, que contra las órdenes terminantes del Señor, se atrevió á cometer un hurto sacrilego: *Tulit aliquid de anathemate: iratusque est Dominus contra filios Israël*. Por esto, como no podemos saber, hasta que punto nuestras faltas individuales han contribuído á llenar la medida de los crímenes de un pueblo, todos debemos temer y temblar no seamos quizás causa de los castigos que, en las calamidades públicas, hace caer Dios sobre una ciudad ó nación. Dice San Juan Crisóstomo, que es muy para temer que el pecado cometido por unos pocos venga á convertirse en culpa de todos: *Ecce crimen á paucis commissum est, et culpa communis efficitur* (Homil. I ad pop. Antioch.). El único medio de preservarnos á nosotros mismos, y á la nación á que pertenecemos, de los terribles flagelos con que la Justicia divina sabe vengar su honor ultrajado, es convertirnos sinceramente á Dios, dejar nuestra vida de delitos, y hacer una sincera penitencia de nuestras culpas pasadas, imputándonos á nosotros mismos, y no á los demás, la causa

de aquellas formidables catástrofes. Así el rey de Nínive, impulsado por un verdadero arrepentimiento, mandó que hiciesen penitencia, hasta los niños de pechos y hasta las bestias incapaces de delinquir, y salvó á su reino de la ruina con que le amenazara Jonás.

PUNTO TERCERO. — Cuando más hace resplandecer la Virgen Santísima su poderosa mediación, cerca del trono de las divinas misericordias, es precisamente en las circunstancias más apuradas, y cuando no esperamos salvación de ninguna parte; entonces ella interpone sus instancias y súplicas ante su divino Hijo, irritado justamente contra los pecados de todo un pueblo, y ella, por sus grandes méritos, nos alcanza el perdón de que éramos indignos por nuestras muchas culpas. Figura de la Virgen Santísima fue Ester que interpuso su mediación cerca de Asuero que había decretado el exterminio de todo el pueblo de Israel, en la vasta extensión del imperio de los Medos. Presentándose ante el rey irritado, le hizo esta ferviente súplica: Si he hallado gracia en tus ojos, oh Rey mío, y si es de tu agrado, sálvame la vida, por la cual te ruego, y la de mi pueblo, por quien imploro tu clemencia: *Dona mihi animam meam, pro qua rogo, et populum meum pro quo obsecro* (Esth. cap. VII, v. 3). Con razón, pues, los Padres y Doctores de la Iglesia nos enseñan á recurrir á la Virgen Santísima en todas nuestras necesidades y aflicciones. San

Germán, arzobispo de Constantinopla, dice: «¿Quién, oh Virgen Santa, nos defiende como tú en nuestras aflicciones? ¿Quién trabaja como tú en favor de los pecadores? *Quis ita nos defendit in nostris afflictionibus?* ¿*Quis pugnat pro peccatoribus?* Por lo cual tu patrocinio es mayor que cuanto podamos imaginarnos: *Propterea patrocinium tuum majus est, quam apprehendi possumus* (Serm. de Zona Virg.). San Pedro Damiano dice igualmente: «En tus manos, oh Virgen poderosísima, están todos los tesoros de las misericordias de Dios: *In manibus tuis sunt omnes thesauri miserationum Dei*. A María hemos de acudir pues, llenos de confianza, é invocándola con el dulcísimo título de Madre de misericordia y Reina de Mercedes, cuantas veces la justicia divina se deja sentir sobre nosotros, aplastándonos con el peso de su cólera; esta elementísima Señora nos cubrirá con su manto, y apartará de nuestras cabezas los terribles rayos de la indignación divina.

EJEMPLO.— El año de 1617 fueron la isla y ciudad de Santo Domingo terriblemente visitadas por un conjunto de varias y espantosas calamidades; pues, durante cuarenta días sacudieron el suelo muchos y muy repetidos temblores de tierra, añadiéndose á éstos otros trastornos en los elementos y en toda la naturaleza. Aterrados los habitantes con aquellas señales tan manifiestas de la indignación divina, acudieron á una milagrosa

imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, grandemente venerada en la iglesia que su Orden tenía entonces en aquella ciudad. Todos se deshacían en gemidos y plegarias ante la divina Madre, pidiéndole interpusiese sus ruegos en el acatamiento de su Hijo Santísimo, por aquella mísera población. Al punto se realizó un admirable portento, y fue que la imagen milagrosa de Nuestra Señora de las Mercedes se mostró de repente con el rostro pálido, y con aspecto de quien padece una extremada angustia; luego movió los ojos, los abrió y cerró con el mismo dolor y ansiedad, como acompañando al pueblo en aquella catástrofe pavorosa, y excitándole al dolor y la penitencia. Efectivamente, estos prodigios despertaron de modo admirable el espíritu de compunción en todo el pueblo; verificáronse muchísimas y ruidosas conversiones, innumerables personas se reconciliaron con Dios, se rompieron amistades ilícitas, hicieron las paces entre las familias, se restituyó lo mal adquirido, y practicaron otras ejemplares virtudes, é inmediatamente cesó la calamidad.

ASPIRACIONES.—Oh Refugio de pecadores y Abogada de los más miserables, Virgen Santísima de la Merced, interponed vuestros ruegos cerca de vuestro Hijo divino, por mí que tantas veces he provocado su indignación y cólera con mis graves culpas. ¡Cuántos motivos tengo para temer que hayan sido ellas causa no pequeña de las calamidades públicas que

con tanta frecuencia han afligido á este pueblo! Alcanzadme, Señora, la gracia de una sincera conversión, para no ofender jamás, en adelante, á vuestro Jesús, y reparar con obras de penitencia los malos ejemplos que he dado al prójimo en la vida pasada. Oh Virgen Santísima: de vuestra piedad espero que me reconciliaréis con vuestro Sacratísimo Hijo, y me alcanzaréis el perdón de mis pecados, y la gracia de amaros con todo mi corazón hasta la muerte. Amén.

Virtud para este día. — El buen ejemplo es la mejor reparación del pecado de escándalo, que es el que más ordinariamente atrae sobre los pueblos las calamidades públicas; procuremos pues animar y excitar á cuantos podamos al amor y devoción á Nuestra Señora de las Mercedes, especialmente en este Mes, para que esta dulcísima Madre abogue en favor nuestro, ante el acatamiento divino.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO OCTAVO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES PRESERVA A LOS
PUEBLOS QUE LE INVOCAN, DEL FLAGELO DEL HAMBRE.

PUNTO PRIMERO. — Una de las terribles plagas con que Dios Nuestro Señor acostumbra castigar á los pueblos prevaricadores, es el hambre. El Espíritu Santo nos lo enseña así en el libro sagrado del Eclesiástico, donde dice: «El fuego, el pedrisco, el hambre y la muerte, todas estas cosas se hicieron para castigo»: *Ignis, grando, fames et mors, omnia haec ad vindictam creata sunt.* Estas plagas igualmente que las fieras y la espada vengadora de la guerra, se han hecho, continúa el texto sagrado, para exterminar á los impíos: *Et romphaeu vindicans in exterminium impios.* Y al modo que los invitados á un espléndido banquete se regocijan y deleitan en la variedad de los manjares, así estos nuncios de la cólera del cielo se gozan en cumplir el mandamiento del Creador: *In mandatis ejus epulabuntur*; y estarán aparejados sobre la tierra para cuando fuere menester, y llegado el tiempo ejecutarán puntualmente cuanto se les ordene: *Et in temporibus suis non praeterient verbum* (Cap. XXXIX, v. v. 35 et sqts.). El hambre es pues uno de esos terribles ministros de la justicia de Dios, enviados para la corrección de los pecadores y

el castigo de los ímpíos. Ya que el hombre desagradecido y soberbio se olvida de su Criador en medio de la abundancia de los bienes materiales, es menester que éstos le falten, para que reconozca su indigencia y bajeza, advierta que todo se lo debe á Dios, y dé al Hacedor supremo el honor que le es debido. Aunque tan terrible de suyo este flagelo, no es sin embargo comparable al de la guerra, ni aun al de la peste; el hambre es un castigo lleno de misericordia que Dios envía para llamar á los pueblos aun no perdidos ni corrompidos totalmente. Por esto dice el Señor por Isaías: «Por amor de mi nombre contendré mi furor; y con la gloria mía te tiraré del freno para que no te despeñes. Mira: yo te he acrisolado con el fuego de las tribulaciones; mas no como la plata, en fuego ardentísimo, sino que he hecho prueba de tí en la fragua muy tolerable de la pobreza»: *Ecce excoxi te, sed non quasi argentum, elegi te in camino paupertatis* (Cap. XLVIII, v. 9 et 10).

PUNTO SEGUNDO.—Las prolongadas sequías, las pérdidas repetidas de cosechas son ordinariamente las plagas precursoras del hambre. El profeta Jeremías dice: «Temamos al Señor Dios Nuestro, y él nos dará á su tiempo la lluvia temprana y la tardía, y nos enviará todos los años una abundante cosecha»: *Metuamus Dominum Deum nostrum, qui dat nobis pluviam temporaneam et serotinam in tempore suo*. Vuestras maldades, añade el Pro-

feta, dirigiéndose al pueblo de Israel, han hecho aparecer estas cosas; y vuestros pecados han retraído de vosotros la abundancia y el bienestar (Cap. V, v. 24 et 25). Cuando la Virgen Santísima se dignó aparecer á dos humildes pastorcillos de la Saleta, para exhortar á la Francia prevaricadora á que se enmendase de la blasfemia, la profanación del domingo y otros grandes crímenes que habían llegado á popularizarse en aquella antes tan cristiana nación, les advirtió que los espantosos castigos que la justicia divina tenía ya preparados para aquel pueblo culpable, serían la ruina de los viñedos, y la pérdida consecutiva de las sementeras y cosechas. De manera que las sequías, la esterilidad de la tierra y el hambre son ordinariamente plagas precursoras de otras más terribles, como la peste y la guerra, cuando los hombres desoyendo las advertencias del cielo se obstinan en sus pecados. Entre todos los vicios que manchan á un pueblo, dice San Alfonso María de Liguorio (1), hay cuatro especialmente, á saber: los odios y venganzas intestinas, la blasfemia, el robo y la impureza, sobre los cuales envía Dios el castigo de las calamidades públicas, porque son también acá en la tierra los vicios que más provocan la cólera del cielo, y mayor número de almas arrastran á los infiernos. El modo pues más seguro de alcanzar la cesación de tales

(1) En el precioso opúsculo intitulado *Arisos de la Providencia*.

calamidades es la sincera conversión á Dios de todo un pueblo, y la extirpación de aquellos vicios infames que impiden que el cielo nos envíe las lluvias fecundantes de nuestros campos. Una de las amenazas que hizo Moisés al pueblo hebreo si llegaba á apartarse de los mandamientos del Señor, fue ésta: «Guardaos de seducir vuestro corazón y de apartaros del Señor, no sea que irritado cierre su cielo y no caiga la lluvia, ni la tierra produzca su fruto, y seáis luego exterminados del fertilísimo país que os ha dado el Señor» (Deut. XI, v. 17).

PUNTO TERCERO.— Cuando debemos multiplicar nuestras súplicas y oraciones es precisamente en las calamidades públicas; recordemos entonces que el mismo Dios que nos ha enseñado á orar diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos..... el pan nuestro de cada día dánosle hoy»; él mismo nos ha advertido que antes de esta petición debemos hacer estotras: «Venga á nos tu reino y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Para que nuestras plegarias suban ante el acatamiento divino debemos presentarlas al Señor por la intercesión poderosa de la Virgen Santísima, pues como nos lo enseñan los más grandes Padres y Doctores, Dios no niega jamás á su augusta Madre, nada de cuanto le pide. San Pedro Damiano dice: «¿Quién puede saber, oh poderosísima Señora, cuantas veces aplacas la ira del supremo Juez, aún hallándose ya dictados,

ante el acatamiento divino, los decretos de su terrible justicia? : *Quis scit quoties refrigeriram Judicis, cum justitiae virtus a praesentia Deitatis egreditur?* (Serm. I, in Nat. B. M. V). Para apartar pues de nosotros las grandes calamidades de la sequía, el pedrisco, la pérdida de cosechas y el hambre, después de volvernos sinceramente á Dios, acudamos á la mediación de la Virgen Santísima, que con sus ruegos aplacará al divino Juez, abrirá nuevamente las puertas del cielo, para que descendan lluvias benéficas á nuestros campos, y reinen por todas partes la abundancia y la vida.

EJEMPLO.—La ciudad de Jerez, en España, ha sido siempre muy devota de Nuestra Señora de las Mercedes, y por el grande amor que le profesa ha alcanzado en todo tiempo muy insignes favores y gracias de esta incomparable Reina. En 1640, hallándose casi perdidos los viñedos de toda aquella comarca, por un insecto que devoraba las uvas y hasta los sarmientos y las cepas, clamaron los de la ciudad á Nuestra Señora de las Mercedes, y al siguiente día hallaron limpias las viñas de aquel nocivo insecto, y á éste ahogado en el río. En otra ocasión, por haberse perdido aquel año las cosechas, había tan grande hambre en la misma ciudad, que apenas se hallaba el necesario sustento, y la población casi en masa trataba de emigrar á otras regiones, porque nadie, aunque tuviese dinero podía proporcionarse ni un bocado de pan,

en parte alguna. En este conflicto aconteció que ciertos arrieros de Murcia conducían numerosas recuas cargadas de trigo, para los reinos de Aragón y Castilla. Presentóseles de repente una noche, á aquellos traficantes, una muy bella y majestuosa Señora con su Niño en los brazos, «que con semblante alegre y risueño les dijo: Que si querían tener buen despacho de su trigo fuesen á Jerez de la Frontera, porque padecían sus moradores notable hambre y carestía. Pero para que resplandeciesen más las maravillas de Dios, no dieron mucho asenso á lo que les decía, ni estimaron como debían, el aviso de la Señora; lo uno por no dejar sus acostumbradas jornadas, y lo otro por estar Jerez muchas leguas distante de la tierra en que los hablaba. Prosiguieron su viaje sin reparo y advertencia, y cuando amaneció se hallaron, sin saber cómo, á las mismas puertas de Jerez. Entraron admirados en la ciudad, refirieron lo que les sucedía, y los Jerezanos conocieron que María Santísima los enviaba aquel socorro, compadecida de su miserable pueblo. Llevaron á los arrieros al convento de la Merced, y, luego que vieron la imagen de María Santísima, aseguraron de común sentir, que aquella fué la Señora que los habló, y dijo fuesen á Jerez, con lo cual, la ciudad quedó muy agradecida; los arrieros bajando del precio, vendieron al competente su trigo, y los vecinos quedaron remedados en su carestía y hambre. Consérvase este prodigio en

la memoria de todos los Jerezanos, y le llaman «El milagro de los Cabañiles». (1)

ASPIRACIONES. — Reina benignísima de Mercedes: entre las muchas y amargas tribulaciones de la vida, que por todas partes nos cercan, y que son justísimo castigo de nuestras grandes iniquidades, nos queda todavía una esperanza, y es saber que Vos sois refugio de pecadores y amparo de miserables. Bien sabemos que por nuestras continuas prevaricaciones tenemos merecido el infierno, y somos indignos de perdón; pero Vos oh Virgen Santísima, sois Inmaculada; en Vos no hay mancha ni sombra de pecado, y así habéis de suplir con vuestros méritos lo que nos falta á nosotros, y habéis de abogar en favor nuestro ante el tribunal de la divina justicia. Apartad, Señora, con vuestros poderosos ruegos los castigos que reclaman nuestros muchos delitos; hacednos ver que sois Reina de dulzura y misericordia alcanzándonos gracia y perdón por nuestros pecados, que los detestamos ya con todas las fuerzas de nuestra alma, y anhelamos vivir en adelante en el amor y servicio de vuestro divino Hijo hasta la muerte. Por vuestra intercesión oh Madre bondadosísima, tengamos siempre el pan de cada día, y se alejen de nuestros pueblos la guerra, la peste y la hambre, á fin de que sirvamos á Dios con ánimo tranquilo, y entonemos cánticos de acción de gracias, en su honor, por todos los siglos. Amén.

(1) El Padre Talamanca, en la obra citada.

Virtud para este día. — Para testificar á Nuestra Señora de las Mercedes el amor y gratitud que le debemos por los muchos y grandes males de que nos ha librado con su intercesión soberana, nos privaremos hoy de algo que más nos agrade en la comida, y lo daremos de limosna á un pobre.



MEDITACION PARA EL DIA DECIMO NOVENO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES PROTEGE EN LAS
EPIDEMIAS Á LOS PUEBLOS QUE LE SON DEVOTOS

PUNTO PRIMERO.—Tres son principalmente las plagas con que Dios Nuestro Señor amenaza á los pueblos prevaricadores, á saber, el hambre, la peste y la guerra. Cuando David mandó á hacer por vanidad el censo del pueblo elegido, irritado Dios por esta falta del rey, envió á él al profeta Gad, quien le hizo saber lo que se le preparaba, en estos términos: He aquí lo que dice el Señor: tres cosas se te dan á escoger en castigo: elige de ellas la que quisieres que yo te envíe: ó por siete años el hambre; ó por tres meses andarás huyendo de tus enemigos que te irán persiguiendo; ó á lo menos por tres días habrá peste en tu reino. David respondió: Prefiero caer en las manos del Señor, cuya misericordia es tan grande, que no en manos de hombres. Envió pues el Señor, dice el texto sagrado, la peste á Israel desde aquella mañana hasta el tiempo señalado, y murieron del pueblo, desde Dan hasta Bersabée, setenta mil hombres: *Immisitque Dominus pestilentiam in Israël*—(II Reg. XXIV). La peste es pues un enviado del Señor, para descargar su cólera sobre los pueblos que han olvidado su ley santa, desoyen sus advertencias y

enseñanzas, y andan errantes por las torcidas sendas de la iniquidad. La peste es aquel ángel que con la espada desenvainada lava en la sangre de los hombres las iniquidades de ellos; así en el pasaje citado del libro tercero de los Reyes, se refiere que David vió al ángel exterminador que hacía aquella grande matanza en el pueblo: *Angelum caedentem populum* (Ib. v. 17). Éste, como los demás castigos de la justicia divina, es grandemente terrible por el gran número de almas que se precipitan en los infiernos, heridas repentinamente por la muerte, antes de haberse preparado convenientemente á ella. Y si bien, muchos en medio de semejante calamidad se vuelven al Señor, por medio de una sincera conversión, y abrazan la práctica de la virtud, no pocos se endurecen y obstinan más en sus iniquidades, y son como manadas de carneros precipitados en compactas multitudes en el abismo.

PUNTO SEGUNDO.—Según San Bernardino de Sena, las grandes calamidades públicas, especialmente las epidemias, son el castigo propio de los escándalos; pues el modo de restaurar el destrozo que esta clase de pecados hacen en los pueblos, difundiendo por todas partes la corrupción de costumbres, á modo de una epidemia ó peste moral, es por la pestilencia material, que hace ver físicamente las ruinas que semejante iniquidad causa en las naciones. El Señor antes de recurrir á estos extremos dolorosos, primeramente amo-

nesta y amenaza; pero cuando no se hace caso de estas divinas advertencias, entonces cae su indignación sobre los pueblos. Él mismo nos lo enseña así en el libro sagrado de los Proverbios, donde nos dice: Yo os estuve llamando, y vosotros no respondísteis; os alargué mi mano, y ninguno se dió por entendido; menospreciásteis todos mis consejos, y ningún caso hicísteis de mis reprensiones: Yo también miraré con risa vuestra perdición, y me mofaré de vosotros cuando os sobrevenga lo que temáis: *Ego quoque in interitu vestro ridebo*. Cuando de improviso os asalte la calamidad, y la muerte se os arroje encima como un torbellino; cuando os acometa la tribulación y la angustia: entonces me invocarán los impíos y no los oiré; madrugarán á buscarme y no me hallarán: en pena de haber aborrecido la instrucción y abandonado el temor de Dios, desatendiendo mis consejos y burlándose de todas mis correcciones (Oap. I). La peste es pues aquel horrible torbellino que llevando dentro de sí la muerte se arroja sobre las poblaciones mas florecientes y las convierte en vastos cementerios: *Cum irruerit repentina calamitas, et interitus quasi tempestas ingruerit* (Ib. v. 27). Y, muchas veces, como lo acabamos de oír á la Verdad Eterna, cuando su justicia ha sido provocada por largo tiempo, y como desafiada por los escándalos de los pueblos, no se deja fácilmente aplacar, hasta que la espada del ángel exterminador haya quedado como embriagada en la sangre de los inieus.

PUNTO TERCERO.—¿A quien recurrir entonces en tan terrible situación, sino á la Madre de gracia y de misericordia? Léese en la vida de San Gregorio Magno que en su tiempo una horrible pestilencia devastó en pocos días la ciudad de Roma, y no hallando el Santo remedio á calamidad tan mortífera, salió por las calles de la ciudad eterna, llevando en procesión una portentosa imagen de la Santísima Virgen, entonando en honor suyo cánticos de plegaria y alabanza. Entonces se oyó en los aires á los ángeles que cantaban la antífona usada por la Iglesia en la Pascua: «Reina del cielo, alegraos, aleluya! porque aquel á quien merecísteis llevar en vuestras entrañas virginales, aleluya! resucitó como lo tenía predicho, aleluya!»; al oír esto añadió el piadoso Pontífice: «Ruega por nosotros á Dios, aleluya!» A este tiempo se dejó ver, á las atónitas miradas de todo el pueblo, un ángel de pie sobre la mole adriana, que enjugaba una espada teñida en sangre, y la guardaba en la vaina. Y al punto mismo cesó la peste. Este portento lo ha renovado la Virgen Santísima innumerables veces, señaladamente cuando se le ha invocado con el glorioso título de las Mercedes, complaciéndose esta dulcísima Madre en hacer cesar las epidemias mas mortíferas y tenaces, tan pronto como se ha implorado su soberano patrocinio. Ni podía ser de otra suerte, porque María es el verdadero templo de Dios al cual debemos acudir en todas nuestras tribulaciones y calamidades. Hablando del templo de Jerusalén, dijo el Rey Salomón:

«Señor, si viniere hambre al país, ó peste, ó infección de aire»: *Fame si oborta fuerit in terra, aut pestilentia, aut corruptus aër*; en toda plaga, en toda suerte de calamidad que viniere; siempre que cualquiera de tu pueblo recurriere á tí con votos y plegarias, y confesando sus delitos, levantare á tí sus manos en esta casa, tú le escucharás benigno desde el cielo»: *Si quis exanderit manus suas in domo hac, tu exaudies in coelo in loco habitationis tuae, et repropitiaberis* (III Reg. VIII, v v. 37 et sqq). La Virgen Santísima es la verdadera casa donde por nueve meses habitó el Verbo encarnado; cualquiera pues que levante hacia ella sus suplicantes manos con humildad y confianza, será benignamente escuchado desde el cielo, y alcanzará misericordia. A María, el verdadero templo del Espíritu Santo, casa de oro del Rey de la gloria: *Domus aurea*, hemos de dirigir nuestras plegarias para aplacar á la Justicia divina irritada contra nosotros, por nuestras repetidas y continuas prevaricaciones.

EJEMPLO.—Son muchísimas las veces en que Nuestra Señora de las Mercedes ha manifestado su gran poder sanando repentina y totalmente á determinados enfermos que se han encomendado á su soberana protección, y haciendo cesar de modo portentoso mortíferas epidemias que devastaban á poblaciones enteras; referiremos un solo caso en que se ven ambas maravillas á la par. El emperador Carlos V donó á Quito y su comarca una hermosa ima-

gen de Nuestra Señora de las Mercedes que, en poco tiempo, se hizo celeberrima por la magnitud y frecuencia de los milagros. Los religiosos de su Orden sacaron la santa Efigie á principios del siglo XVIII, y recorrieron con ella muchas regiones de la América española, con el fin de coleccionar limosnas para la construcción del suntuoso templo que en honor de aquella advocación de María edificaban en la ciudad antedicha. En todas partes la Virgen Santísima se hizo admirar por los más raros y estupendos prodigios; entre ellos fue muy notable el siguiente. Al entrar la veneranda Imagen en Oruro, villa importante de Bolivia, ó alto Perú, como se llamaba entonces á esa República, sanáronse al punto todos los enfermos que había en la ciudad, siendo, sobre todo, dignísimo de perpetua recordación lo que aconteció á uno de ellos. Una pobre mujer yacía más de siete años postrada en su lecho de dolor, víctima de una parálisis general que extendiéndose hasta la lengua le tenía privada del uso de la palabra. Al saber que Nuestra Señora de las Mercedes, la Peregrina de Quito, era recibida triunfalmente por sus conciudadanos, encomendóse interiormente con mucha fe, á la Santísima Virgen, y al instante mismo se sintió curada, se vistió por su propia mano, y se levantó, sin rastro alguno de la terrible enfermedad.

ASPIRACIONES.—El pecado es, oh Virgen Santa, calamidad más terrible que todas las

enfermedades y epidemias, de él, os pedimos, nos preservéis, pues nos vemos tan continuamente expuestos á caer en sus redes. Vengan, oh Madre amantísima, mil muertes sobre nosotros antes que ofender á vuestro Hijo divino con un solo pecado mortal. Pero ay!, Vos no ignoráis, oh Reina de las Mercedes, que el diablo no duerme y está incesantemente asechando á nuestras almas para perderlas; Vos sabéis que vivimos en medio de un mundo en que todo es iniquidad y corrupción, todo seducción y peligro; y, por otra parte, es tan grande nuestra debilidad, tan ingénita nuestra miseria, tan fuerte nuestra inclinación á todo lo malo! . . . Socorrednos, oh María, con vuestra poderosa diestra, sostenednos en medio de las tentaciones, amparadnos en los peligros, y no permitáis que jamás nos manchemos en adelante, con una sola culpa grave. Vengan en buena hora las enfermedades, y hiéranos la muerte, pero muramos en gracia y amistad de nuestro Dios, y al amparo de vuestra dulce y maternal protección. Amén.

Virtud para este día.— En honor de Nuestra Señora de las Mercedes hacer una visita á un enfermo pobre y abandonado, llevándole cuantos auxilios espirituales y temporales estén en nuestras manos, y quisiéramos nosotros que se nos prodiguen, si nos halláremos en igual situación.



MEDITACIÓN PARA EL DÍA VIGESIMO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES AMPARA Á LOS PUEBLOS QUE LE SON DEVOTOS, EN LOS TEMBLORES DE TIERRA.

PUNTO PRIMERO.—Otra de las manifestaciones más claras y terribles de la cólera de Dios contra los pueblos criminales es el terremoto, conforme á lo que Nuestro Divino Salvador nos anuncia en el Evangelio, cuando dice que las guerras, las epidemias, el hambre y los temblores de tierra, serán los signos precursores del Juicio, una muestra anticipada de lo que ocurrirá en el gran día de las venganzas: *Consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et tremotus per loca* (Matth. XXIV, 7). Por lo cual enseña San Gregorio Magno: «Los terremotos son señal indudable de que Dios está enojado con el mundo; bien que este enojo está lleno de piedad y misericordia con los pecadores; pues con estas muestras de su ira, lo que el Señor quiere es que vivamos siempre preparados: *Paratos nos invenire desiderans*, y listos á comparecer en el gran día del juicio, en el cual aunque quisiéramos no podríamos ya evadirnos de su cólera y venganza. Por esto, añade el Santo Doctor, ya que no queremos temer á Dios en la tranquilidad y la paz: *Ut si Deum metuere in tranquillitate non volumus*, temámosle al menos ante la ex-

pectación del próximo juicio: *Vicinum ejus judicium vel percussioneibus attriti timeamus*. Pues, añade, aquel que no se alegra al ver que se aproxima el término de este mundo demuestra que es amigo de éste, y, por lo mismo, enemigo de Dios. Lloren la destrucción del mundo, los que tienen el corazón pegado á él, y no esperan la vida futura; pero los que anhelamos los gozos de la patria celestial, apresurémonos á entrar en ella cuanto antes: *Festinare ad ea quantocius debemus*. Y á esto nos impelen los males de esta presente vida: porque, ¿cuál es la calamidad que no se encuentra en ella? ¿Qué adversidad, qué tristeza dejan de probarnos? ¿Qué es la vida mortal, sino una senda de tribulaciones? *Quid est vita mortalis nisi via!* (Hom. 1).

PUNTO SEGUNDO.—Sia embargo de todo esto, cuando un pueblo, por culpable que sea, reconoce la justicia con que el cielo le castiga y hace penitencia, entonces, aun en medio de las más terribles manifestaciones de la cólera de Dios, brilla la infinita misericordia en favor de los hombres, conforme á lo que el mismo Señor nos ha anunciado por el profeta Habacuc, diciendo: *Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis* (Cap. III. v. 2): En medio de tu cólera recordarás de tus misericordias. De esta manera anunció á Nínive su destrucción, no precisamente para llevarla á cabo, sino para mover á aquel pueblo á penitencia. Ese anuncio hecho á Nínive, dice San Basilio, no era una profecía, sino una amenaza con que que-

ría traer aquella ciudad culpable á la penitencia y á la práctica de las demás virtudes. Ahora, en este mundo, la justicia de Dios está llena de misericordia para con los hombres; pero en la eternidad al contrario, allí dará á beber á los inicuos el vino puro, sin mezcla de misericordia, de la indignación divina. Llamadme entonces sin misericordia, nos dice por un profeta: *Voca nomen ejus Absque misericordia* (Osee. 1, 6). Muestra y señal de esta inexorable justicia que ejercerá con los réprobos en el infierno, es acá, en la vida, un temblor de tierra. Nada más aterrador que una ciudad ó un pueblo enteros que de repente se ven convertidos en un hacinamiento de ruinas, y en un vasto sepulcro de todos sus míseros habitantes; donde nadie puede esperar compasión de los otros, pues cada uno sólo atiende á su propia salvación y donde el fragor de los edificios que se desploman y caen, los gritos y lamentos de las víctimas, y finalmente todo aquel horroroso espectáculo de destrucción y muerte, recuerda á lo vivo lo que será el juicio final. Un terremoto es ciertamente uno de los más terribles azotes con que Dios castiga la iniquidad de los pueblos.

PUNTO TERCERO. — Entonces, cuando el brazo de la divina justicia está levantado contra nosotros, y no tenemos quien nos ampare ni defienda de él, es precisamente cuando con más confianza debemos acudir á la intercesión soberana de la Virgen Santísima; lo

que ningún otro santo de la tierra ó del cielo podría obtenernos, eso lo alcanzará la angusta Madre de Dios; pues la hizo grande, dice San Pedro Damiano, aquel que es omnipotente, y le ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra. Y así: nada es imposible para tí, oh excelsa Reina, á quien es posible atraer hasta á los desesperados á la esperanza de la beatitud eterna: *Nihil tibi impossibile, cui possibile est desperatos in spem beatitudinis revertere.* ¡Ni cómo la divina Omnipotencia podría contrariar á tu poder, habiéndose dignado tomar su carne de la tuya? Pues, tú te acercas ante aquel altar de oro de la reconciliación humana, no sólo como quien pide, sino como quien manda; como Señora, no como esclava: *Accedis non solum rogans, sed imperans, Domina, non ancilla* (Serm. I, in Nativ. B. M. V.). Nuestro Señor se quejó, en otro tiempo, por el profeta Ezequiel, de que cuando se vió en la dura necesidad de castigar á su pueblo, nadie abogó por él: Busqué, dice, entre los hombres un varón justo que se interpusiere entre mí y el pueblo como un vallado, y pugnase contra mí á favor de la tierra, para que yo no la destruyese, mas no hallé ninguno: *Et quaesivi de eis virum, qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam: et non inveni* (XXII, 30). Esto que no encontró el Señor en aquellos tiempos, lo halla ahora en la intercesión poderosa de la Virgen, cuyo oficio es estar abogando siempre por los hombres, apartando de sobre sus cabezas los rayos de la indignación divina, defendiendo nuestra causa

ante el acatamiento del Juez supremo, y alcanzándonos continuamente gracia y misericordia.

EJEMPLO. — En la iglesia del convento máximo de la Merced, en Quito, se venera una hermosa imagen de piedra, de Nuestra Señora de las Mercedes, conocida más comunmente con el título de la *Virgen del Terremoto*, por las muchas veces que ha salvado á aquella ciudad, hallándose ya á punto de quedar convertida en ruinas, por los frecuentes y espantosos temblores de tierra con que desde tiempo inmemorial ha sido azotada toda esta región. Es sobre todo célebre el modo como la Reina del cielo preservó á dicha ciudad de una inminente catástrofe, el 8 de Septiembre de 1575, pocos años después de conquistado el imperio del Perú por las armas castellanas. Amaneció el día despejado y claro, mas súbitamente, y en las primeras horas de la mañana, oscurecióse el horizonte de manera que necesitaron los habitantes valerse de luz artificial para discurrir en sus casas ó transitar por las calles. Tinieblas densísimas y, por decirlo así, palpables, envolvían á Quito, como resultado de una lluvia ó tempestad de ceniza que principió á caer en tal abundancia que temieron todos quedar en breve sepultados vivos, como en otro tiempo los moradores infelices de Pompeya y Herculano. El horror de la escena se aumentaba con los bramidos del volcán, que remedaban el fragor del trueno.



los relámpagos y siniestras llamaradas que surcaban aquella infernal oscuridad, de modo que la población entera, viéndose ya en las fauces de la muerte, gemía desolada y presa de insólito pavor. En tan congojosas circunstancias, todos, hasta los más olvidados de sus deberes religiosos, clamaban al cielo, é imploraban las divinas misericordias. Precipitóse la ciudad, sin distinción de clases, en apiñadas muchedumbres, hacia los templos, muy señaladamente al de la Merced, que era ya célebre por la prodigiosa Imagen de la Santísima Virgen, que en ella se veneraba. Eran las once del día, cuando un piadoso y penitente concurso llenaba no solamente este santuario de la Madre de Dios, sino también la plazeta contigua y las calles adyacentes, con el propósito de sacar en solemne procesión la esfigie veneranda y alcanzar así la cesación del terrible flagelo. En consecuencia los Alcaldes y Regidores de la ciudad acercáronse al altar mayor, para sacar del nicho la sagrada Imagen y cargarla en hombros; pero no habían calculado que se trataba de una gran estatua de piedra, así halláronla tan pesada que apenas lograron ni moverla. Clamó entonces el pueblo pidiendo que fuesen sacerdotes los que acometiesen esta piadosa empresa; llegóronse efectivamente varios, pero tampoco salieron bien sus esfuerzos, porque eran menester más brazos. A este tiempo estaba junto á la puerta de la iglesia un religioso lego, de santa vida, llamado Fray Alonso, elevando al cie-

lo fervientes súplicas; al verlo ahí el Comendador del convento, que era otro religioso de ejemplar virtud, el Padre Fray Alonso de Ambia, lo llamó, diciéndole en alta voz: —«Venga acá, Fray Alonso, que puede ser que para ostentar más su misericordia, reserve la Virgen Santísima esta merced á los mayores pecadores»; llegaron los dos, y con asombro de todos, siendo la Imagen de piedra pareció de pluma; porque la sacaron con la facilidad que si fuera de cartón, y la llevaron hasta la puerta de la iglesia, donde volvió á repetir su inmovilidad. Con esto no fué posible ya organizar la procesión que se deseaba, por lo cual, dirigiéndose á aquel numeroso y contristado pueblo, hizo el Padre Comendador una plática diciendo, cómo la Virgen no quería salir de su casa; que pidiesen allí misericordia con humildad, y que se previniesen á recibir sus favores con actos fervorosos de dolor. Y haciendo entre las lágrimas de todos el de contrición, sucedió de repente ver caer la ceniza mezclada con agua. Creció con tanta fuerza la lluvia que lavó los tejados, y limpió las calles, sin que quedase en parte alguna de la ciudad señal de ceniza. Cesó el agua y descubriose el sol.—Habiendo de esta manera cesado la calamidad, por una protección manifiesta y visible de Nuestra Señora de la Merced, volvieron la santa Imagen á su trono, no ocupándose en toda la noche la iglesia de los muchos que daban á Dios gracias. La ciudad entera proclamaba á voces que Dios

Nuestro Señor se había dignado concederle este insigne beneficio, de libertarle de una ruina cierta, por la mediación poderosa de la Reina de las Mercedes. Por esto en reconocimiento y memoria perpetua resolvieron ambos cabildos, el eclesiástico y el secular, celebrar todos los años una fiesta solemne, el día ocho de Septiembre, en la iglesia de la Merced; fiesta que después fué trasladada al último domingo de Abril, como se practica hasta hoy.

ASPIRACIONES. — ¡Oh Virgen Santísima, vida, dulzura y esperanza nuestra: Dios te salve! Ha tiempo que habríamos perecido sepultados entre las ruinas de nuestros pueblos y ciudades, como lo teníamos merecido por nuestros muchos y muy grandes pecados, si tú, oh Madre de Mercedes y Misericordia, no hubieses con tus ruegos aplacado la cólera de tu divino Hijo, y alcanzádonos perdón y espacio de penitencia. Ea, pues, benignísima Señora, completa tu obra, interponiendo tu poderoso valimiento ante Jesús, é impetrando de él, que olvide ya nuestras pasadas ingratitudes y las de todo este pueblo, que no las recuerde ya en su cólera, y que nos trate, no conforme lo merecen nuestras iniquidades, sino como lo piden su clemencia y misericordia. Aparta de nosotros, oh dulcísima Madre, los azotes de guerras, epidemias, terremotos y hambre, líbranos, sobre todo, del terrible flagelo de la impiedad, para que en la paz de la virtud y al amparo

de tu poderosa protección, sirvamos á tu divino Hijo y á tí, todos los días de nuestra vida. Amén.

Virtud para este día.—Ayunar ó hacer otro acto de mortificación corporal, pidiendo al Señor, por la intercesión de Nuestra Señora de las Mercedes, que aparte de este pueblo las calamidades públicas, especialmente el terrible flagelo de los terremotos.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO PRIMERO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES PROTEGE A LOS
PUEBLOS QUE LE SON DEVOTOS, EN LAS
CALAMIDADES DE LA GUERRA.

PUNTO PRIMERO.—De entre todas las calamidades de que se sirve Dios para castigar en este mundo los pecados de un pueblo, la más terrible y destructora es la guerra; que por esto David eligió la peste, antes que la guerra, diciendo: «Prefiero caer en manos de Dios, que usa siempre de misericordia, aun cuando nos castiga, que no en manos de los hombres: : *Melius est ut incidam in manus Domini, multae enim misericordiae sunt ejus, quam in manus hominum* (II Reg. XXIV, 14). ¿Quién podrá describir jamás cuántos y cuán terribles son los males de la guerra? San Juan hace de ella, en el Apocalipsis, la siguiente aterradora pintura: «He ahí un caballo pálido y macilento: cuyo ginete tenía por nombre Muerte, y el infierno le iba siguiendo, y diósele poder sobre las cuatro partes de la tierra, para matar á los hombres á cuchillo, con hambre, con mortandad, y por medio de las fieras de la tierra»: *Nomen illi Mors, et data est illi potestas interficere gladio* (Cap. VI, v. 8.) En esta sola plaga se resumen todas las demás: la hambre, la peste,

la mortandad, y aun las incursiones de las fieras; pues, devastados los campos, hacinados por todas partes montones de cadáveres, destruidas las ciudades, desiertas las casas, tórnanse las antes populosas comarcas en manidas de lobos y chacales, y lo que principió la espada, lo completan la hambre y la pestilencia. ¿Y quién nos podrá decir cuántos horrores, cuánta carnicería, cuántas escenas de espanto y desolación se encierran en una sola acción de guerra? Cuando esta horrorosa calamidad visita á una nación, es porque ha llegado para ella el día de las venganzas del Señor. «Aquel día, dice uno de los profetas (Jeremías, capítulo XLVI, v. 10), será el día del Señor Dios de los ejércitos, día de venganza, en que hará pagar la pena á sus enemigos: *Dies ultionis ut sumat vindictam de inimicis suis*: la espada devorará y se hartará de matar, y se embriagará con la sangre de ellos: *Devorabit gladius, et saturabitur et inebriabitur sanguine eorum*. Añádase á todo esto las violencias, las rapiñas, los odios, y todas las calamidades juntas, y se verá que con razón es tenida la guerra por el más formidable, entre cuantos castigos manda Dios, en su justa cólera, sobre los pueblos.

PUNTO SEGUNDO. — Y si en semejante calamidad no hubiera que lamentar sino males temporales únicamente, ya esto sería un grandísimo consuelo; pero ocurre precisamente lo contrario, esto es, que entonces son precipitadas las almas en los infiernos, al modo de

los copos de nieve que caen en el invierno, ó las gotas de lluvia en una tempestad; por lo cual el texto sagrado dice que, «á la muerte le iba siguiendo el infierno»: *Nomen illi Mors, et infernus sequebatur eum* (Apoc. VI, 8). Un número incalculable de personas perecen en las guerras, con el odio y sed de venganza en el corazón, sin preparación de ninguna clase para el piso terrible del tiempo á la eternidad, y cargadas de toda clase de vicios y crímenes. Y nada, por otra parte, más parecido al infierno que un campo de batalla; de esta figura cabalmente se sirve San Juan, para pintarnos lo que será aquel lugar de ira y de matanza, donde los réprobos serán amontonados como las uvas en el lagar: «Entonces un ángel metió su hoz aguzada en la tierra, dice, y vendimió la viña de la tierra, y hechó la uva en el grande lagar de la ira de Dios: y la vendimia fue pisada en el lagar fuera de la ciudad santa, y corrió sangre del lagar en tanta abundancia que llegaba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estalios» (Ib. XIV. 19 y 20). Dios no manda la guerra sobre los pueblos sino cuando éstos, sin hacer caso de otros castigos menores, se endurecen y obstinan en sus delitos. Jeremías pone á la guerra como la primera y más grande de todas las calamidades: «Esto dice el Señor Dios: Si yo enviare contra Jerusalén los cuatro castigos peores, la espada, el hambre, las bestias feroces, y la peste, á fin de acabar con los hombres y ganados» (XIV,

21), donde la espada, ó sea la guerra, ocupa el primer lugar.

PUNTO TERCERO. — Cuando los pueblos, á pesar de todas las advertencias del cielo, se obstinan y endurecen en sus iniquidades, la Eterna Justicia les entrega al filo de la espada, y son borrados de la faz de la tierra. Llena ya la medida de los crímenes que Dios, en los arcanos de su misericordia, había determinado tolerar en una nación, desplómase terrible sobre ella el brazo de la divina indignación, y no hay entonces poder ni en la tierra ni en el cielo que pueda obtener perdón para esta clase de delincuentes. Hablando el libro cuarto de los Reyes, de las admirables virtudes del santo rey Josías, dice el sagrado texto: «Sin embargo, no depuso el Señor su terrible enojo y grande indignación contra Judá, por los ultrajes con que le había provocado Manasés»: *Verumtamen non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni* (XXIII, 29). «Si yo enviare, dice también el Señor por Ezequiel, contra una nación prevaricadora la espada, y dijero á la espada: recorre ese país; y se hallaren en medio de aquel país varones tan justos como Noé, Daniel y Job; juro yo, dice el Señor Dios, que no librarán á sus hijos ni hijas, sino que ellos solos serán librados»: *Vivo ego, dicit Dominus Deus, non liberabunt filios neque filias: sed ipsi soli liberabuntur* (XIV, 18). Solamente la intercesión poderosísima de María puede, en tales circunstancias, aplacar la

cólera de su divino Hijo, y obtener perdón para ese pueblo. La razón de esto lo encontraremos en Santo Tomás: «Grande cosa es en un santo, dice, si tiene gracia, no solamente para su propia santificación, sino también para la de otros muchos; y si tuviese tanta gracia que bastase para la salvación de todos, aquello sería el grado máximo y supremo: *Sed quando haberet tantum quod sufficeret ad salutem omnium, hoc esset maximum*; pero esto no se encuentra sino en Cristo y en la Santísima Virgen: *Et hoc est in Christo, et in beata Virgine* (Super Ave María). Solo, pues, Cristo Señor Nuestro con los méritos infinitos de su muerte preciosísima; y su augusta Madre, depositaria de los méritos del Hijo, pueden salvar siempre al mundo, por desesperada que parezca su suerte, y por más inflexible que se muestre la justicia de Dios con los hombres.

EJEMPLO.—Un hermoso y auténtico ejemplo de cómo Nuestra Señora de las Mercedes intercede en favor de los pueblos que le honran con este glorioso título, y aparta de ellos el azote de la guerra, nos lo refiere el P. Fr. Diego Córdova Salinas, historiador de la Orden Franciscana, en el Perú, hecho que, según asegura, consta de las informaciones recibidas por el Arzobispo de Lima acerca de la vida, virtudes y milagros de la sierva de Dios Doña Isabel de Porres. He aquí sus palabras: «Cuando el año de 1615, víspera de la gloriosa (santa) Magdalena, cercó el

puerto de Callao el corsario Jorge Sperbert, de nación holandés, de religión hereje, con su escuadra de galeones, con que desembarcó por el estrecho de Magallanes, siendo Virrey de estos reinos (del Perú) el excelentísimo Señor Marqués de Montes-Claros, estando nuestros españoles en grande aprieto, el puerto sin defensa, y la ciudad de Lima en gran peligro, tuvo esta bendita mujer (Doña Isabel de Porres) un maravilloso rapto, y vuelta de él declaró á su confesor, que lo asistía: *Que en aquel éxtasis vió á Nuestra Señora de las Mercedes, vestida de hábito blanco, y con el escudo de aquella Religión al pecho, con corona real, de precio inestimable, en la cabeza. Venía dentro de una hermosísima nube, más blanca que los ampos de la nieve, cercada de Angeles innumerables, tan hermosos y resplandecientes, como si fuesen muchos soles juntos; y que la Serenísima Virgen con mirar alegre y agradable bendecía la ciudad y la amparaba, extendiendo sobre ella su manto blanco, bordado de cambiantes de luz y hermosos rayos*. Estas fueron las precisas palabras de aquella venerable religiosa. El P. Salinas dice: «El efecto (de esta maravillosa protección de María) lo sentimos todos, pues el mismo día, sin ningún daño nuestro, á toda prisa, cortando anclas y dejando cables, alzaron velas los holandeses, y se fueron del puerto (del Callao); y la ciudad de (Lima) fue restituida á su primera paz y sosiego». Igual visión tuvo al mismo tiempo otro gran siervo de Dios, el venerable Fray Gonzalo Díaz, religioso

lego del convento de la Merced del Callao, muerto en olor de santidad tres años después de aquel suceso.

ASPIRACIONES.—¡Oh Virgen poderosa, en cuyas manos ha puesto el Omnipotente el cetro de su clemencia y misericordia! escuchad nuestras humildes súplicas, interceded por nosotros ante el acatamiento divino, y apartad de este pueblo los rayos con que nos amenaza la justa cólera del Juez eterno. No desoigáis nuestros ruegos, ni os excuséis de abogar por nosotros, por la magnitud de nuestros crímenes, porque más grande, sin comparación, que todos nuestros pecados, es vuestra misericordia y no hay cosa, por difícil que sea, que vuestra soberana intercesión no la alcance de Dios. Salvadnos, pues, oh Clementísima Reina de las Mercedes, y por vuestra mediación logremos la dicha eterna del paraíso.

Virtud para este día.—Hacer una visita á nuestra Señora de las Mercedes, y rozar delante de su santa Imagen las Letanías lauretanas, pidiendo intercesión por este pueblo, y aparte de él el azote de las calamidades públicas.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO SEGUNDO

DEL AMOR CON QUE DEBEMOS HONRAR Á LA VIRGEN SANTÍSIMA, EN SU ADVOCACIÓN DE LAS MERCEDES.

PUNTO PRIMERO.—Si la Reina del cielo se ostenta para con nosotros tan buena y misericordiosa, tan llena de dulzura y caridad, justo es que también nosotros correspondamos á tanta generosidad honrando á la Virgen Santísima con todo el amor de que sean capaces nuestros corazones.

Que la Virgen Santísima esté llena de piedad y conmiseración para con todos los hombres, lo atestigua el Evangelio y nos lo enseñan los más insignes Padres y Doctores de la Iglesia. En cuanto á lo primero bástenos recordar dos rasgos solamente. Cuando el arcángel S. Gabriel anunció á María el misterio de la Encarnación, le hizo saber al mismo tiempo que Isabel, la anciana estéril, había concebido al Bautista; y sabiendo María que en sí llevaba ya al Autor de toda gracia y santificación, apresuróse en emprender inmediatamente el camino áspero y difícil de las montañas de Hebrón, para procurar al niño Precursor la gracia de la santificación, en el seno mismo de su madre: *Abiit in montana cum festinatione* (Luc. I, 39); porque á la Virgen piadosísima no le sufría el corazón ver

al Bautista manchado con la culpa original, y deseaba hacerle participante cuanto antes de las gracias que la Encarnación del Verbo divino iba ya á derramar en el mundo. Tan grande y eficaz como todo esto, es el empeño que la Reina de misericordia tiene por arrancar á las almas redimidas, del imperio de la muerte y el pecado. Pero donde más solicitud y sublime abnegación en favor de los pecadores manifestó la compasiva Virgen, fué en el Calvario, pues allí no vaciló en inmolar á su divino Hijo por la salvación del mundo. Cuanto le importaba esto lo demostró claramente, pues al consumarse el gran misterio de nuestra Redención, cuando todos los Apóstoles y discípulos habían huído, la Virgen Santísima permaneció de pie, intrépida y firme, junto á la cruz (Joan. XIX, 25).

Considerando la caridad de María para con los hombres, San Anselmo la dice: Oh tú bendita entre todas las mujeres! cuánto aventajas á los ángeles en pureza, otro tanto excedes á todos los santos en piedad: *O benedicta inter mulieres, quae angelis vincis puritate, et sanctos superas pietate!* Por lo cual, añade San Bernardo: nadie nos es más útil que María: *Non est alius utilior nobis quam Maria.* San Alfonso María de Ligorio exclama á su vez: «Oh Virgen Santísima, aunque yo diese por Vos la sangre y la vida, realmente daría poco para lo mucho que os debo, pues Vos me habéis librado de la muerte eterna; Vos me habéis hecho recobrar, como lo es-

pero, la divina gracia; de Vos, en suma, me reconozco deudor de toda mi fortuna. Señora mía amabilísima: yo miserable pecador no puedo compensar vuestros favores, sino amándoos y alabándoos sin cesar. Ea, pues, no rehuséis aceptar el afecto de un pobre pecador que se halla enamorado de vuestra bondad. Si mi corazón es indigno de amaros porque está sucio y lleno de afectos terrenos, de Vos depende mudarlo; mudadlo, pues». (Glorias de María).

PUNTO SEGUNDO.—En vista de estos inefables misterios de amor y ternura de la Virgen Santísima para con nosotros, no haremos sino cumplir un estricto deber de justicia, si la consagramos nuestro corazón, con todos sus afectos. Amémosla, primeramente, como á nuestra Reina; pues Ella, más generosa que Ester, consintió en la muerte de Jesús, por la salvación de todo su pueblo. ¿Quién no se declarará vencido y subyugado, por tan incomparable caridad? Poco sería que en retorno nos diéramos como siervos y esclavos á esta grande y dulcísima Reina. Amémosla más todavía; amémosla como á verdadera Madre nuestra, pues por tal fué constituida, por su Hijo divino, en el Calvario; por esto, á semejanza de la Iglesia, no nos causemos de invocar á la Virgen Santísima, como Madre nuestra y Madre de misericordia. Pero, para que esta invocación, llena de tanta suavidad y consuelo, salga de lo íntimo de nuestro corazón y no solamente de nuestros labios, debemos es-

forzarnos por amar á la Virgen Santísima, con amor verdaderamente filial, y por tributarle todos los homenajes que los hijos fieles ofrecen á sus madres tiernas y cariñosas. ¿Cómo podríamos gloriarnos de ser hijos de la Virgen Santísima, amando al mismo tiempo el pecado que fué la causa principal de todos los dolores y angustias de esta Madre incomparable? Si hasta aquí hemos tenido la desgracia de ofender á María, y de contarnos entre los enemigos de su Hijo divino y de Ella, es necesario, para que podamos con verdad llamarnos sus devotos, que desde hoy detestemos el pecado, y observemos una vida cual corresponde á los hijos de la Reina del cielo y Madre de Dios.

PUNTO TERCERO.—Si queremos ser participantes de las gracias que la Reina de Mercedes dispensa generosamente á los hombres, es necesario que la testifiquemos nuestro amor con obras, y no solamente con palabras. Para ello, ante todo, oigamos atentamente su voz maternal, que con tanta suavidad nos instruye y amonesta. Ella nos dice: Ahora, pues, oh hijos míos; escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos: *Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas.* Oír á la Santísima Virgen es seguir fielmente sus santas inspiraciones, cerrando para mejor hacerlo los oídos á las voces del demonio, el mundo y la carne. Andar por los caminos de la Virgen Santísima es imitar sus ejemplos, y practicar las virtudes que en su vida mortal nos ha enseñado. Oid mis documentos, con-

tinúa diciéndonos, y sed sabios, y no queráis deshecharlos: *Audite disciplinam*. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella. Quien me hallare, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación: *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino*: mas quien pecare contra mí, dañará á su propia alma. Todos los que me aborrecen á mí, aman la muerte: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem* (Proverb. VIII, 32 et sqq.) Amar á la Santísima Virgen es ser de! número de los bienaventurados; seguir sus consejos es hacerse dichosos, con la única verdadera felicidad, desde esta misma vida: *Beatus homo, qui audit me*. Luego, pues, el verdadero modo de honrar y servir á la Reina de las Mercedes, y de hacerse en cierto modo acreedores á su cariño y á sus bondades, es apartarse del vicio, buscar la virtud, y seguir la senda estrecha que guía á la perfección y á la vida eterna. Habiendo sido constituida la Virgen Santísima Madre de los hombres, en el orden de la gracia, es en este mismo orden en el cual debemos afanarnos por servirla; gracias del orden espiritual han de ser también los dones de María que ambicionemos de preferencia, pues estos son los que ella ofrece á sus fieles servidores, diciéndonos: El que me hallare, hallará la vida, y alcanzará la salvación del Señor: *Qui me inveniet, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino*.

EJEMPLO—de tierna y filial confianza en la protección maternal de la Virgen Santísima, y de cuán solícita es esta Virgen incomparable para acudir en favor de sus devotos que le invocan y sirven con amor y constancia, es el suceso siguiente.

En el año de 1628 hallábase cautivo, en poder de los Moros, en Tetuán, un noble cristiano andaluz, llamado Juan Pérez que, entre otros gravísimos trabajos, padecía el de verse encerrado de continuo en una húmeda y oscura mazmorra, donde yacía privado de la luz y cargado, de pies á cabeza, de cadenas. Cierta noche en que oprimido más que nunca del peso de la aflicción se encomendaba fervorosamente á Nuestra Señora de la Merced, pidiendo lo sacase de tan penosa esclavitud, bien fuese directamente, por eficacia de su poder, ó bien por medio de los religiosos mercedarios, luego al punto escuchó una interior locución que le decía ser muy fácil, con la protección de la Virgen Santísima, romper las cadenas que le oprimían, hecho lo cual podría emprender la fuga y volverse á su casa. El pobre cautivo recibió agradecido y dócil la inspiración del cielo. «Tomó sin dilación un cuchillo, que tenía para partir pan, y como si las cadenas lo fueran, las cortó, quebrantó la puerta de la mazmorra, y tomó el camino para Ceuta. Echóle su patrón de menos al rayar el día, y conociendo por los vestigios de las cadenas que su cautivo huía, convocó luego á cuatro amigos, para que lo

siguiesen por el camino de Ceuta; estaba ya el cautivo como á dos leguas de esta plaza, cuando vió que le seguían cinco moros con armas: alligióse sobre la fatiga, que ya llevaba, porque teniéndoles ya cerca consideraba, que si no le quitaban la vida, sería indefectible cortarle narices y orejas. Llegó á más lo excesivo de su pena, para que más claramente conociese el cautivo el auxilio de la Madre de Misericordia, porque prosiguiendo su camino con aceleración, vió delante de sí un formidable león. Aquí fué su dolor, aquí su angustia, porque si pasaba adelante, daba en las sangrientas uñas de tan sañuda fiera, si volvía atrás daba en las cruces manos de los moros, que le seguían. Armóse en esta grave necesidad de fe viva, poniéndose en manos de la Misericordia. *Oh Virgen de la Merced, dijo, válgame en este aprieto vuestra piedad!* y al instante vió que el león se apartó del camino, dejando desembarazado el paso, y se lanzó á los moros, que ya estaban muy cercanos al cautivo; y siendo alguno de ellos despojo de su fiereza, puso á los demás en precipitada fuga. Volvía el pobre cautivo de cuando en cuando la cabeza, y veía al león, que muy soberano y quieto lo fué guardando las espaldas, hasta llegar á las puertas de Ceuta, y entonces se perdió el león de vista, y los cristianos de la plaza recibieron al cautivo con extraordinaria alegría. Contóles lo que le había sucedido, y no acababan de ponderar la benignidad de la Madre de Dios, que sabe prevenir

un león para defender á los cristianos, que huyen de la esclavitud». (1)

ASPIRACIONES.—¡Oh Virgen Santísima, mi tierna y bondadosa Madre! ¿quién me diera un corazón inflamado en los ardores de los Serafines, para amaros con amor verdaderamente filial, y corresponder de alguna manera á las fúezas de vuestra encendida caridad! Es tanto lo que os debo, oh Madre dulcísima, que aunque muriera de amor por Vos, no satisfaría plenamente las muchísimas obligaciones de gratitud que tengo contraídas para con Vos. Nadie más que yo debe reconocer y confesar que sois verdaderamente Reina de las Mercedes y Madre de Misericordias, pues las he recibido tantas en el curso de mi vida, mediante vuestra intercesión soberana, que si no fuera por Vos, Madre amantísima, estaría ya sumergido en lo más profundo de los abismos del infierno. Completad, pues, vuestra obra, sacándome del cieno de mis pecados y purificándome de mis vicios, alcanzándome para ello gracias y fuerzas para combatir mis desarregladas pasiones, y auxiliándome á subir por la senda escabrosa de la perfección cristiana, hasta llegar á la gloria del paraíso, donde espero ver y gozar á mi Dios, en vuestra amable compañía, por los siglos de los siglos. Amén

(1) El P. Talamanco.

Virtud para este día.—Hacer un acto de consagración á la Santísima Virgen, prometiéndole profesar muy tierno y constante culto á su advocación hermosa de las Mercedes, y en testimonio de ello rezar diariamente el himno *Ave Maris Stella*, ú otra práctica piadosa semejante.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO TERCERO

DEBEMOS ACUDIR Á NUESTRA SEÑORA DE
LAS MERCEDES CON HUMILDAD.

PUNTO PRIMERO.—La oración es la grande obra del cristiano, pues con ella alcanza del cielo cuanto ha menester en sus necesidades espirituales y temporales. Mas la oración para ser eficaz debe estar adornada de algunas condiciones, entre las cuales la principal es la humildad. La oración del humilde penetra los cielos y es favorablemente acogida ante el divino acatamiento. Dios atiende á la oración de los humildes, dice el real Salmista, y no desprecia nunca sus plegarias: *Respexit in orationem humilium: et non sprexit preces eorum* (Ps. CI, 18). Al contrario, Dios resiste á los soberbios, según nos dice el apostol Santiago, y sus gracias más eficaces y abundantes son para los humildes: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (cap. IV, v. 6). La razón de todo esto es obvia: el que ora, según enseña San Agustín, es un mendigo que implora de Dios alguno de sus dones; mas para pedir es necesario que reconozca primero que es un necesitado y que le falta aquello que pide; pero ¿cómo reconocerá ésto si no se humilla? Por lo mismo, el soberbio que quiere impetrar las

gracias del cielo es como quien quiere sacar agua de una fuente con una vasija llena y cerrada. El que se humilla queda vacío de sí propio, y cuanto más se rebaja en su concepto, tanta mayor capacidad presenta para que se derramen en él los dones del cielo. Dios, dice el Salmista, mira á los humildes como muy cercanos á sí, y á los soberbios, como que le están muy distantes: *Excelsus Dominus et humilia respicit: et alta a longe cognoscit* (137, v. 6). En el libro sagrado del Eclesiástico se dice: La oración del humilde traspasará las nubes: *Oratio humiliantis se, nubes penetrabit*; y no reposará hasta acercarse al Altísimo: *et donec propinquet non consolabitur*; y no se apartará del Señor hasta que incline hacia él los ojos, *et non discedet donec Altissimus aspiciat* (cap. XXXV, v. 21).

Esta misma verdad nos enseña el Evangelio en la hermosa parábola del publicano. Dos hombres, refiere S. Lucas (cap. XVIII), subieron al templo á orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo puesto en pie, hacía el elogio de sí mismo, como si fuese el más justo de los hombres; ó, mejor dicho, como el único justo entre todos ellos: *non sum sicut ceteri hominum*. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aún los ojos osaba levantar al cielo: sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador. El Salvador dió remate á la parábola, diciendo: «Os declaro que éste, el publicano, volvió á su casa justificado, mas no el ótro».

PUNTO SEGUNDO.—Si Dios Nuestro Señor ama tanto la humildad, la Virgen Santísima que es entre las puras criaturas la que mejor refleja la santidad divina, no puede menos de amar, y en el más alto grado, esta virtud preciosa. La misma gloriosa Virgen declaró, en el cántico sublime del Magnificat, que Dios la había ensalzado á tan gran altura, porque la encontró adornada con esta divina virtud, más que á ninguna otra criatura: *Quia respexit humilitatem ancillae suae*. Conforme á esto, enseña S. Bernardino de Sena, que no ha habido criatura alguna en el universo más exaltada que María, porque tampoco ha habido otra que se hubiese humillado tanto como Ella: *Sicut nulla post Filium Dei creatura tantum ascendit in gratia et dignitate, sic nec tantum descendit in abyssum humilitatis* (Serm. 31, cap. 3º). Y como la Virgen santa ama en tan alto grado la humildad, concíbese fácilmente cuánto habrá de complacerse en las almas adornadas de esta virtud; de aquí que guste tanto manifestarse Reina de Mercedes y Madre de Misericordia, especialmente en favor de los humildes.

No es un obstáculo, el que seamos pecadores, para poder acercarnos á la Reina de las Mercedes, y aun para atrevernos á llamarnos sus hijos; pero con tal que nos humillemos, esto es, que nos reconozcamos pecadores, que detestemos nuestras culpas, y tratemos sinceramente de convertirnos. «Yo, dijo la Inmaculada Virgen á Sta. Brígida, soy madre no solamente de los justos, sino tam-

bién de los pecadores, á condición de que quieran éstos enmendarse y salir de su mala vida» *Ego sum quasi Mater omnium peccatorum volentium se emendare* (Rev.-Lib. 4. cap. 138). Ni hay pecador, por depravado que sea, y aunque se encuentre sumido en los abismos, por decirlo así, que no deba confiar aún en la misericordia divina, y en la protección de la Santísima Virgen, con tal que de veras quiera salir de sus vicios y convertirse á Dios; mas para todo esto es necesaria la humildad, pues esta virtud inclina al arrepentimiento, mientras que la soberbia conduce á la obstinación; por lo que el Espíritu Santo nos enseña que el principio de la sabiduría es el temor de Dios: *Initium sapientiae timor Domini* (Ps. 110, v. 10).

PUNTO TERCERO.— Aunque la Virgen Santísima es refugio de pecadores y madre de los hombres en el orden de la gracia, es, sobre todo, real y verdaderamente Madre de Dios, y reina y señora del universo entero; por lo mismo, hemos de acudir á su trono, si llenos de confianza, no faltos tampoco de humildad, pues esta virtud, más que ninguna otra, nos abrirá las puertas y conducirá ante el acatamiento de esta soberana princesa. Oigamos las hermosas consideraciones que hace á este propósito San Alfonso de Ligorio: «María, dice, aborrece á los soberbios, no llama á sí sino á los humildes: «El que fuere párvulo ó humilde, véngase á mí»: *Si quis est parvulus veniat ad me*. Por esto dijo Ricardo:

«Protégenos, María, bajo el manto de la humildad». Así se lo explicó la misma Madre de Dios á Santa Brígida, diciéndole: Ea, pues, hija mía, acógete bajo mi manto, que es la humildad: *Ergo et tu, filia mea, veni, et absconde te sub mantello meo: hic mantellus humilitas mea est.* Y después le añadió que la consideración de su humildad era como una capa que comunica calor: mas así como la capa, dijo después, no calienta sino al que la lleva no en el pensamiento, sino en las obras; no aprovecha tampoco mi humildad al que no procura imitarme. Ea, hija mía, le dijo por fin, vístete de esta humildad. ¡Oh, y cuánto ama María á las almas humildes! Escribió S. Bernardo: Conoce la Virgen y ama á los que la aman, y cerca se halla de los que lo invocan, en especial de los que ve que se conforman con ella en la castidad y humildad. Por lo cual después exhorta el Santo á todos los que aman á María á ser humildes: Si amáis á María, aspirad á esta virtud: *Accumulamini hanc virtutem, si Mariam diligitis.* Marino, ó bien Martino de Alberto, por amor á la Virgen solía barrer la casa y recoger la basura. Se le apareció una vez la divina Madre, como refiere el P. Nieremberg en su vida, y como si le diera las gracias, le dijo: «¡Oúan agradable me es esa humilde acción hecha por mi amor!» — Yo no podré pues, Reina mía, ser jamás vuestro verdadero hijo, si no soy humilde. Más, ¿no veis que mis pecados, después de haberme hecho iugrato á mi Señor, me han hecho también soberbio?

¡Oh Madre! remediadlo vos; alcanzándome por los méritos de vuestra humildad el ser humilde, para llegar por este medio á ser hijo vuestro. Amén». (1)

EJEMPLO. — La B. Mariana de Jesús, religiosa de la Orden de Mercedarias Descalzas, que floreció en Madrid, llenando á toda esa corte con el perfume de sus celestiales virtudes, se distinguió principalmente en la humildad, que practicó en grado tan heroico, que difícilmente se leen ejemplos semejantes aún en las vidas de los más grandes santos. Se reputaba la más pecadora del mundo, y movida de este vil concepto que tenía de sí propia, obedecía con total rendimiento no solamente á sus prelados y confesores, sino hasta á los criados de la casa. Bastaba mandarla algo, aunque no fuese sino mentalmente, para que al momento obedeciese la humildísima virgen. Algunas veces recibía en su celda la visita de una devota imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, y era tan grande el respeto que la tenía, que perseveraba hincada de rodillas, de día y de noche, hasta que sacaban á la imagen de la pieza. En premio de tan admirable humildad, la Reina del cielo concedía á esta su bendita sierva, con rara prontitud, cuanto le pedía. Cierta ocasión que por un descuido involuntario había dejado de hacer el pan

(1) *Glorias de María*, al tratar de la *Humildad de la Santísima Virgen*.

necesario para la familia, clamó Mariana al cielo; y al momento se le presentó la Santísima Virgen, que la entregó un canasto de pan de grande hermosura, y que despedía extraordinaria fragancia. Otra vez apareciósele la Reina soberana, vestida con el hábito blanco de la Merced, y su divino Hijo en los brazos; la sierva de Dios puso, por humildad, el rosario á las plantas del Niño; entonces Jesús tomando el rosario con sus manecitas, enlazó con él su cuello, y el de su Madre dulcísima, y luego ciñó dentro de él á su regalada esposa Mariana, premiándola con favor tan extraordinario, su grande y heroica humildad (1).

ASPIRACIONES.—¡Oh Madre de la divina gracia y Reina bondadosísima de Mercedes, á vuestras plantas tienes en este momento al más desgraciado y mísero pecador, de cuantos habitan sobre la tierra! Todos los vicios, todas las iniquidades me dominan y mantienen á mi alma en triste y ominoso cautiverio; pero ninguna pasión me tiraniza tanto como la soberbia. Conozco mi vileza y mi nada, y, sin embargo, rehusó confesarlo y anhelo la estimación de los hombres; la menor humillación me es insoportable, y todo en mí es soberbia y vanidad. Dígnate, pues, oh Madre dulcísima, hacerme la merced más grande y preciosa, alcanzándome la virtud santa de la humildad, mediante la cual

(1) Vida de la Bienaventurada—por el P. Fr. Juan de la Presentación.

reconozca mis pecados, los confiese con corazón verdaderamente contrito, sea perdonado de todos ellos y logre mi eterna salvación. Sí, Reina amabilísima, en tu protección soberana espero que con los auxilios de la divina gracia, y los esfuerzos que propongo hacer en adelante para rendir mi soberbia y abatir mi orgullo, adquiriré la virtud hermosa de la humildad, adornado de la cual me gloriaré de ser verdadero hijo tuyo en tiempo y eternidad. Amén.

Virtud para este día.—Hacer un acto de humillación, por costoso que pueda parecer á nuestra vanidad, en honor de la Virgen Santísima, pidiéndole nos alcance la rara y difícil virtud de la humildad cristiana.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO CUARTO

DEBEMOS ACUDIR, CON CONFIANZA, A NUESTRA
SEÑORA DE LAS MERCEDES.

PUNTO PRIMERO.—Una de las condiciones más esenciales para que la oración sea favorablemente acogida por Dios y bien despachada ante su soberano acatamiento, es que ha de ir acompañada de la virtud de la confianza. Esto nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo cuando preguntado por los Apóstoles por qué no habían podido curar á un endemoniado, les respondió: Por que tenéis poca fe: *Propter incredulitatem vestram*; y añadió: Pues ciertamente os aseguro que si tuviereis fe, aunque no fuese sino como un granito de mostaza, podréis decir á ese monte, trasládete de aquí allá, y se trasladará, y nada os será imposible. El mismo Salvador dijo al padre de aquel endemoniado que le pedía la curación de su hijo: Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree y tiene confianza: *Omnia possibilia sunt credenti* (Matth. XVII, 19; Marc. XIX, 22). El real Salmista dice á su vez que el que confía y espera en Dios no se halla entregado á las olas y vaivenes de este mundo, como una paja que lleva el viento, sino que es á manera del monte santo de Sión, que no será conmovido jamás: *Qui confidunt in Domino sicut mons*

Sion: non commovebitur in aeternum qui habitat in Jerusalem (Ps. 124). Nuestro divino Salvador, según leemos en el Evangelio, antes de verificar aquellos grandiosos y admirables portentos, con que aliviaba todas las dolencias humanas, exigía previamente, de los que habían de recibir tan insignes favores, que tuvieran fe en El, y despertaran su confianza; para lo que les excitaba con las más tiernas y dulces palabras, y, á veces, haciendo como si les rechazara, como aconteció con la Cananea. La razón de todo esto nos da San Bernardo, diciendo que la divina misericordia es como un inmenso mar de gracias y bendiciones, del cual cada uno saca á proporción de la capacidad que lleva para ello, y que la confianza es la que labra esta capacidad en el alma; el que lleva mayor confianza á la oración es como quien va con una vasija de gran capacidad para sacar mayores bienes del río de la divina misericordia (Serm. I de Annuntiatione). Esta enseñanza del Doctor meliluo está de perfecto acuerdo con estas palabras del Espíritu Santo, en el libro sagrado de los Salmos (XXXII, 22): Venga, oh Señor, tu misericordia sobre nosotros, á proporción de la esperanza que tenemos en tí: *Fiat misericordia tua, Domine, super nos: quemadmodum speravimus in te*. Nuestro divino Salvador acostumbraba también decir á los que imploraban sus gracias y misericordias: Anda, y succédate á medida de tu confianza: *Vade, et sicut credidisti, fiat tibi*. (Matth. VIII, 13).

De todo lo cual aparece muy claramente que una de las principales virtudes en que debemos ejercitarnos, durante nuestra oración, es la confianza; por lo cual nos enseña el apóstol Santiago que muchos piden, y no alcanzan lo que desean, porque piden mal: *Petitis et non accipitis eo quod male petitis* (IV, 3). Pedimos mal, porque nuestras oraciones carecen sobre todo de humildad y confianza.

PUNTO SEGUNDO.—Medio excelentísimo para despertar en nosotros una firme confianza en Dios es acudir á la protección soberana de la Reina del cielo. Ella, en primer lugar, es la depositaria de todas las gracias y la dispensadora de todos los bienes, según leemos en el libro de los Proverbios: En su mano están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia: *Mecum sunt divitiae et gloria, opes superbae et justitia*; á fin de enriquecer á los que le aman y henchir sus tesoros: *Ut ditem diligentes me, et thesauros eorum replcam* (VIII, 18 et 21). En segundo lugar, la Virgen Santísima es nuestra Madre, y como tal se interesa por nosotros mas aún de lo que nosotros mismos pudiéramos hacerlo. ¿Quién dudará jamás de la tierna solicitud de esta incomparable Madre, especialmente en favor de cuantos acuden á Ella? Por lo cual, dice San Buenaventura: Dios crió á María de naturaleza tan benigna y piadosa, que no sabe ni puede despreciar á cuantos á Ella acuden; jamás niega sus bondades á ninguno de cuan-

tos se las piden; para todos tiene abiertos los senos de su misericordia, y no permite que ninguno se levante jamás desconsolado de su presencia: *Ut neminem aspernetur, nulli se neget, omnibus pietatis sinum apertum tenet, neminem a se redire tristem sinit* (Stim. divini amoris, Part. III, cap. 13).

Además, la Virgen Santísima ha sido constituida nuestra Medianera ante el trono de la divina misericordia, precisamente para sostener nuestra confianza. Así nos enseña San Bernardo, cuando dice: ¿Temías acercarte al trono de la Divinidad? pues acude á María, que ha sido constituida nuestra medianera cerca de Jesucristo nuestro divino Redentor. Ella es aquel vellón prodigioso colocado entre la era y el rocío: *Vellus est medium inter rorem et aream*; Ella es aquella Mujer admirable interpuesta entre el sol y la luna, es decir, entre Cristo y la Iglesia: *Mulier inter solem et lunam, Maria inter Christum et Ecclesiam constituta* (Éx Serm. in cap. XII Apocal.) Conforme á lo cual el mismo Padre dirige á María esta hermosa oración: A tí, oh Madre de misericordia, invoca la Iglesia prosternada á tus plantas, pues has sido constituida su poderosa medianera cerca del divino Sol de justicia; por lo que te pedimos que en la luz de que estás cercada nos hagas contemplar la luz de las divinas enseñanzas, y por tu protección alcancemos las gracias de ese divino Sol, de que estás vestida (Éx. Serm. de Assumpt. B. M. V.)

San Anselmo va más adelante todavía; dícenos que muchas veces nos es más convenien-

te acudir primero á la Virgen Santísima, para que Ella interponga sus buenos oficios en favor nuestro cerca del trono de la divina Clemencia, que no presentarnos directamente ante la Majestad divina; pues, muchas veces, añade, alcanzamos más prontamente lo que pedimos, invocando el dulcísimo nombre de María, que si acudiéramos al nombre augusto y divino de Jesús, su hijo unigénito: *Velocior nonnumquam salus memorato nomine ejus (Mariæ), quam invocato nomine Jesu unici Filii sui.* Y da la razón de ello, diciendo: Porque cuando invocamos el nombre de la divina Madre, aunque no merezcan ser oídos los méritos de quien la invoca, interceden para que sea bien despachado, los méritos de tan excelsa Madre: *Merita tamen Matris intercedunt ut exaudiat* (Lib. De Excel. Virg.). San Bernardo á su vez exclama: María es la única escala por la que los pecadores pueden subir al cielo: Ella es el motivo de mi mayor confianza; Ella toda la razón de mi esperanza: *Hæc peccatorum scala, hæc mea maxima fiducia est; hæc tota ratio spei meæ.*

PUNTO TERCERO.—Si tan grande confianza hemos de tener en la Virgen Santísima, por ser tan poderosa cerca de Dios, por el afecto maternal que nos tiene, y por haber sido constituida nuestra medianera para con Jesucristo Señor nuestro, nuestra esperanza debe ser más viva aun cuando acudimos á esta excelsa Señora, invocándola con el glorioso título de Reina y Madre de las Mercedes y Misericordia. El

Señor dirigiéndose á Israel, su pueblo prevaricador y culpable, le dice por uno de sus profetas: No me llames más Misericordioso, al contrario, llámame sin misericordia, porque tus iniquidades te han hecho totalmente indigno de ella: *Voca nomen ejus: Absque misericordia: Ponte por nombre No más misericordia;* porque ya no usaré en adelante de misericordia alguna con los hijos de la casa de Israel; sino que á todos los echaré en un profundo olvido (Os. I, 7). Habla Dios de esta manera, para que advirtamos que es no solamente padre y redentor amantísimo nuestro, sino también juez severo ó implacable para con el pecador obstinado ó impenitente que no quiere aprovecharse de su misericordia. Pero la Virgen Santísima no ha recibido cargo de juzgar ni condenar á los hombres, sino de abogar en favor de ellos, aún de los más perdidos y miserables; por esto la Iglesia la invoca bajo el dulcísimo título de Refugio de pecadores: Esta Virgen Santa, dice San Efrén, es la esperanza de los desesperados; y San Pedro Damiano afirma que María ha recibido poder para atraer al camino de la esperanza y la salvación hasta á los mismos desesperados (1).

¡Cuánta confianza no debemos pues tener en la protección soberana, y en el amor ilimitado de esta incomparable Virgen, recordando que es Reina de Mercedes y Madre de Misericordia! Por miserables y pecadores que seamos,

(1) Véanse los textos, citados anteriormente, de estos Padres.

todavía nos queda un motivo de esperanza y una puerta de salvación en la mediación poderosa de la Reina del cielo, y en su título hermoso de Madre de Mercedes y Misericordia; pues suponiendo, lo que no ha de acontecer jamás, que rehusara atender á nuestros clamores y ruegos, podríamos argüirla diciendo: Virgen Santísima, ó deja de llamarte Reina de Mercedes y Misericordia, ó escucha las súplicas de este miserable; pues nada hay tan propio de los misericordiosos como dolerse y compadecerse de la ruina, abyección y miseria de sus prójimos; por lo mismo que soy pecador tan grande y alma tan necesitada, nadie tiene más derecho que yo para implorar tu protección soberana y acudir á tus entrañas de dulzura y caridad.

EJEMPLO.— En la vida del mártir San Serapio, religioso de la Orden de la Merced, se refiere el hecho siguiente, que comprueba cuanto se complace la Virgen Santísima en despachar favorablemente las súplicas de los que acuden á Ella con segura confianza, por arduas y difíciles que parezcan las cosas que se le piden. Hallándose el Santo en Irlanda, un caballero de aquella nación, á quien acababa de morir un hijo suyo muy querido, se presentó al Siervo de Dios, y le pidió resueltamente que resucitase á aquel joven. San Serapio se llenó de asombro y de miedo al escuchar una solicitud, al parecer tan temeraria; pero el caballero insistió en ello, con tan apremiantes modos, que mandó á sus

criados le pusiesen delante á aquel yerto cadáver, y exigió al religioso clamase al cielo, hasta que el muerto volviese á la vida, pues tal era la esperanza inquebrantable que tenía en la protección soberana de María. Había en el aposento, en que esto pasaba, una imagen hermosa de Nuestra Señora de las Mercedes; ante ella se postró el Santo, y principió á orar á la Reina del cielo, que escuchase benignamente las súplicas de aquel desolado padre. ¡Cosa maravillosa!: al punto mismo se levantó vivo el que hacía poco era un infecto cadáver, y poniéndose en pie dijo, que una Señora vestida de blanco, con corona de oro en la cabeza, y con una insignia al pecho, como aquella que traía aquel religioso, le había dado la mano, y acababa de devolverle la vida y la salud. Este estupendo prodigio fué el origen de la gran devoción que se profesa hasta nuestros días, en Irlanda, á nuestra Señora de las Mercedes. (El P. Talamanco).

ASPIRACIONES.— Sí, Madre augusta de Dios y dispensadora generosa de todas las gracias y mercedes: he aquí postrado á tus plantas el más pobre y desgraciado de todos los hijos de Adán. Lo confieso humildemente; no lo niego: soy un abismo de pecados y miserias; pero sé también, oh Virgen piadosísima, que tú eres un abismo de bondad y misericordia; derrama, pues, en mí algunos raudales de ese mar de bendiciones y gracias que se encierra en tu maternal cora-

zón; endereza cuanto vieres que tengo torcido y extraviado; sana á mi alma enferma, con la eficaz medicina de una profunda contrición y de una sincerísima y total conversión á Dios. Si eres verdadera Madre nuestra en el orden espiritual, y estás enriquecida con todos los tesoros de la gracia, ¿cómo te sufre el corazón que nosotros tus hijos y tus siervos perezcamos de hambre y de miseria, que ambicionemos siempre la posesión de todas las virtudes y que jamás logremos la dicha de vernos adornados con una sola de ellas? No, Virgen Santísima!: por tu glorioso título de Mercedes, alcánzanos la gracia de salir cuanto antes del cieno de las culpas, de andar continuamente por la senda de todas las virtudes, y lograr finalmente nuestra salvación eterna. Amén.

Virtud para este día.—Rezar una vez los actos de fe, esperanza y caridad, y avivar nuestra confianza en la Santísima Virgen, implorando su protección soberana en todas las necesidades de la vida, muy especialmente para la hora de la muerte.

MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO QUINTO

DEBEMOS ORAR CON PERSEVERANCIA PARA CONSEGUIR LAS
GRACIAS QUE IMPLORAMOS
DE LA MEDIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

PUNTO PRIMERO. — La perseverancia es otra de las condiciones de que debe ir acompañada la oración para que sea eficaz y alcance de la munificencia divina lo que deseamos. Dios Nuestro Señor se ha impuesto la ley de darnos lo que le pedimos, con tal que lo hagamos, no una sola vez, ni dos, ni cuatro, sino que perseveremos en pedir hasta que lo consigamos. En muchos lugares de la Escritura santa, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se nos enseña esta verdad. Nuestro divino Salvador nos dice en el Evangelio, que conviene orar perseverantemente y no desfallecer: *Quoniam oportet semper orare et non deficere* (Luc. XVIII, 1). La misma enseñanza se nos da en el libro sagrado del Eclesiástico, diciéndonos el Espíritu Santo: Nada te detenga de orar siempre: ni te avergüences de hacer buenas obras hasta la muerte; porque la recompensa de Dios dura eternamente: *Non impediaris orare semper* (XVIII, 22). Lo cual es como decirnos: Las gracias y mercedes que imploramos del cielo son de un precio incalculable y nos han de

conducir á la felicidad del cielo que ha de durar eternamente; luego, por conseguir cosa de tan alta valía é interminable duraci6n, hemos de emplear esfuerzos de alg6n modo proporcionados; esto es, no debemos cansarnos f6cilmente en nuestras oraciones, sino que habemos de perseverar en ellas hasta el fin.

Nuestro divino Salvador corrobor6 esta doctrina, con su ejemplo, cuando para dispensar sus gracias y favores exigía no solamente la humildad y la confianza, sino adem6s la perseverancia en los que tales mercedes imploraban de su misericordia. Ning6n hecho m6s hermoso ni conmovedor á este prop6sito, que el de la Cananea. Transitando en cierta ocasi6n nuestro divino Salvador por los confines de Tiro y de Sid6n se le acerc6 una mujer gentil venida de aquel territorio, y empez6 á dar voces, diciendo al Se6or que le curase á una hija, muy atormentada del demonio. Jes6s no le respondi6 palabra: *Non respondit ei verbum*. La mujer sin embargo no desisti6 de su intento, y continuaba dando voces con tal insistencia, que los Ap6stoles para librarse de tanta importunidad, dijeron al Se6or: Conc6dele lo que pide, á fin de que se vaya: porque viene gritando tras nosotros. A lo que Jes6s respondi6: No he sido enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. Ni por ello desisti6 la mujer, de sus ruegos, sino que acerc6ndose al Se6or m6s, se postr6 ante 6l, y ador6ndole le dijo: Se6or, soc6rreme. A lo cual le di6 por res-

puesta: No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Mas, ni con esto retrocedió la mujer, sino que repuso al momento: Es verdad, Señor; pero también los perritos comen al menos de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Ante este ejemplo de admirable perseverancia, exclamó el Señor: Oh mujer, grande es tu fe: hágase conforme tú lo desees: *Magna est fides tua: fiat tibi sicut vis* (Matth, XV, 28). Las grandes gracias exigen pues de nosotros grande constancia y grande fe para alcanzarlas.

Otro ejemplo de perseverancia nos da el santo Evangelio en la parábola de aquel hombre que habiendo recibido en su casa un huésped, en altas horas de la noche, fué donde un vecino suyo á decirle: Amigo, préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje á mi casa, y no tengo nada que darle. El de dentro le responde: No me molestes: la puerta está ya cerrada, y mis criados están, como yo, acostados: no puedo levantarme á dártelos. Sin desalentarse por esta respuesta, el otro porfía en llamar y más llamar hasta alcanzar lo que desea. Pues así, el que perseverare en orar: *Si perseveraverit pulsans*, si no por sus méritos, alcanzará lo que pide, por su misma impertinencia en pedir: *Propter improbitatem ejus, dabit illi quotquot habet necessarios* (Luc. XI, 8).

PUNTO SEGUNDO.—La Virgen Santísima se complace en alcanzarnos lo que le pedimos, pero también á condición de que le pidamos



con perseverancia. ¿Cuántas gracias y favores que estábamos quizás á punto de conseguirlos, los perdemos, porque nos cansamos de pedirlos á esta dulcísima Madre? Por esto una de las gracias que con más insistencia debemos implorar de la Virgen Santísima es esta fortaleza inquebrantable para persistir en nuestra oración y no cansarnos en ella hasta alcanzar lo que deseamos, especialmente cuando se trata del gran negocio de nuestra salvación eterna. Este espíritu de fortaleza que asegura el don de la perseverancia, lo concede la Virgen Santísima á sus devotos, pues Ella misma nos dice: Mía es la fortaleza y por mí reinan los reyes: *Mea est fortitudo. Per me reges regnant* (Prov. VIII, 14). En otro lugar de la Escritura no dice la Virgen Santísima: Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella: *Beatus qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei*. Sí: bienaventurado el que persevera en honrar y amar á la Reina del cielo, porque añade esta excelsa Virgen: Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación: *Qui me invenerit inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino* (Prov. VIII. 34, 35).

El don de la perseverancia final tan decisivo para nuestra salvación eterna, y sin embargo tan difícil de alcanzarlo, pues, según enseña el santo Concilio de Trento, es don enteramente gratuito, y que jamás lo podemos merecer ni con todas nuestras buenas

obras, es precisamente el don que la Virgen Santísima lo obtiene de preferencia para sus devotos, según Ella misma nos lo asegura, diciéndonos: Aquellos que se guían por mí, no pecarán: *Qui operantur in me non peccabunt*. Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna: *Qui elucidant me vitam aeternam habebunt* (Eccli. XXIV, 30, 31). A esta Virgen bondadosísima es pues á quien hemos de acudir para que nos alcance el don de la perseverancia final, y la gracia de saber permanecer constantes en nuestras oraciones hasta alcanzar de la divina bondad lo que le pedimos.

San Germán, patriarca de Constantinopla, hace á este propósito una bellísima reflexión. Así como la respiración, dice el santo Doctor, es señal inequívoca de que un hombre no ha muerto todavía, sino de que permanece en él la vida; de modo semejante, mientras se escuche en labios nuestros el nombre santísimo de María, señal segurísima es de que no hemos muerto aún en orden á la salvación eterna. *Sicut respiratio non solum est signum vitae, sed etiam causa; sic Mariae nomen . . . simul argumentum est quod vere vivant, simul etiam vitam efficit et conservat* (Orat. de Deipara). Por consiguiente, á pesar de todas nuestras miserias y pecados, no dejemos jamás de perseverar en nuestro amor y culto á la Virgen Santísima, sabiendo que mientras resuene su dulcísimo nombre en nuestros labios, todavía tenemos esperanza de vida y salvación, por pérdida que parezca esta

causa, por nuestras continuas recaídas y por nuestros muchos vicios y pecados.

PUNTO TERCERO.—La Reina del cielo que tanto se complace en que la invoquemos con el glorioso título de Madre de las Mercedes, nada anhela tanto como alcanzarnos la de nuestra perseverancia final y salvación eterna, pues á ello se encaminan y dirigen todas las demás gracias y favores que nos impetra de su Hijo divino. En efecto, según observa San Buenaventura (In Speculo B. M. V.; lectione VI), la Virgen Santa es ciertamente muy poderosa ante su Hijo divino; pero, ¿de qué nos aprovecharía tanto poder, si no cuidara de nosotros ni nos alcanzara el don de la perseverancia final y de la salvación eterna? Pero es precisamente todo lo contrario, porque según el mismo San Germán, citado arriba, no hay quien, después de Jesucristo, se interese por nosotros tanto en el cielo, como esta Madre de misericordia. ¿Quién, exclama el Santo, después de Jesús, tu divino Hijo, tiene tanta solicitud por todo el género humano, como tú, oh Virgen incomparable? *Quis post Filium tuum curam gerit generis humani, sicut tu?* (Serm. de Zona Virg).

A nuestra Señora de las Mercedes hemos de acudir confiadamente, pero también con inquebrantable constancia para que nos haga la gran merced de acogernos bajo su soberano patrocinio, nos arranque del cieno de nuestros pecados, y nos alcance el don de la perseverancia final y la salvación eterna. Y

como el gran mal que inutiliza en nosotros, y deja sin defecto, las más preciosas gracias del cielo, es nuestra perpetua veleidad en el servicio de Dios, y nuestra inconstancia incurable en los buenos propósitos, hemos de pedir á María, como la merced más valiosa que puede hacernos, que nos alcance el don de fortaleza para resistir impertérritos á todos los ataques del infernal enemigo, y el don de saber perseverar en nuestras oraciones y buenas obras, hasta que logremos finalmente la corona eterna de la gloria.

EJEMPLO.—A tiempo que la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, llamada la *Peregrina de Quito*, recorría la América española, colectando limosnas para su templo, un piadoso sacerdote dió el bellissimo ejemplo siguiente de santa perseverancia en su amor á la Santísima Virgen y confluencia en su soberano patrocinio, á pesar de que podía juzgarse, á primera vista, que la Reina del cielo rehusaba escuchar sus peticiones y ruegos. El caso aconteció de esta manera. El cura de un pueblecillo próximo á la ciudad de Guatemala, el piadoso é ilustrado Doctor Don José de Caravantes, hacía tiempo que padecía de una molestísima ceguera, de que ningún médico había podido curarle. Arribó entonces al lugar la devota comitiva de Mercedarios que, en demanda de limosnas para su templo de Quito, llevaban consigo á la santa Imagen peregrina. Recibióles contentísimo el buen Párroco, que aprovechó lo mejor que pudo

ocasión tan propicia para encomendarse á Nuestra Señora de las Mercedes, pidiendo le alcance la deseada salud. Mientras tanto hizose la cuestación, y terminada ésta acordaron los religiosos proseguir su viaje. En el día señalado salieron de la aldea conduciendo procesionalmente la Imagen milagrosa que había prodigado favores á todos, aunque el pobre Párroco continuaba tan ciego como antes. Sin embargo, no por esto disminuyó la devoción del atribulado sacerdote, pues, á pesar del accidente que le aquejaba, quiso acompañar á la Santísima Virgen hasta muy lejos del pueblo. Salía ya la procesión fuera del recinto formado por el caserío, cuando de repente se armó una tempestad con truenos y pedrisco. Iba á dispersarse amedrentado aquel piadoso concurso, pero he aquí que advirtieron un extraordinario fenómeno. Cesó la tempestad, y como resultado de ella notaron caído en el suelo un granizo singular por el tamaño, y de forma piramidal; tomáronlo en las manos, y vieron con asombro que en cada una de sus caras aparecía clarísimamente esculpida en la nieve una hermosa imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Alzaron entonces todos un grito de admiración, publicando el prodigio; repicáronse las campanas de la iglesia y convocóse á la población entera para que acudiese á contemplar esta nunca oída maravilla. Reunióse efectivamente el vecindario, y fueron todos testigos de un nuevo portento «como fué el que al liquidarse el granizo no se desperfeccionase la Imagen Peregrina (de la Santísima Virgen de la

Merced) que en él estaba esculpida, si solo se redujese á menor tamaño, conservando su peregrina belleza». Al mismo tiempo que esto ocurría, el ejemplar y devoto párroco Señor Caravantes quedó repentinamente curado en presencia de aquel numeroso pueblo, que no se cansaba de aclamar á la soberana Reina, dispensadora generosa de tantos portentos y gracias.

ASPIRACIONES.—Virgen Santísima de la Merced, ya me juzgaría perdido eternamente si no atendiera más que á mi inconstancia perpetua en el bien y mis innumerables recaídas en la culpa, y si no confiara en tu poderoso patrocinio, ni supiera, oh Reina clementísima, que eres tú la Madre de la santa perseverancia. Tan grande es mi debilidad, tan profunda mi miseria, que el más leve soplo de la tentación me derriba. ¡Cuántas veces propongo á la mañana practicar una virtud, y encuentro á la tarde haber faltado á ella como si nada me hubiese propuesto, ni tomado resolución alguna para asegurar la obra de mi santificación! Soy, pues, más débil que una hoja, que tiembla en un árbol, ó una paja arrebatada por el viento. Pero, en cambio, tú eres, oh Madre Santísima, fortaleza inexpugnable levantada sobre inmóvil roca, y más poderosa que aguerrido ejército dispuesto en orden de batalla; cura, pues, oh Reina de misericordia, con tu fortaleza mi debilidad y, con tu constancia firmísima, mis miserables veleidades. Sí, Reina bondadosa,

alcánzame de tu Hijo divino el don de la perseverancia en el bien, con el cual logro gozar de Dios, en tu santa compañía, por toda la eternidad. Amén.

Virtud para este día.—Hacer una visita á una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, de nuestra mayor devoción, y renovar á sus plantas el propósito de amar y honrar á esta Madre Santísima hasta la muerte, ofreciéndole para ello rezar en adelante todos los días de nuestra vida, la tercera parte del Rosario, ó cualquiera otra práctica de piedad que nos asegure el don de la perseverancia final y la salvación eterna.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO SEXTO

LA CARIDAD AL PRÓJIMO ES EXCELENTE DISPOSICIÓN PARA
ALCANZAR FAVORES DE NUESTRA SEÑORA
DE LAS MERCEDES.

PUNTO PRIMERO. — En las consideraciones precedentes hemos admirado la ternura incomparable con que la Virgen Santísima acoge á cuantos acuden á su maternal protección por miserables y pecadores que sean; esta verdad consoladora debe enseñarnos cuan preciosa sea la virtud de la caridad, pues la vemos resplandecer con brillo tan singular en la Madre de Dios. ¿Ni cómo nos atreveríamos á solicitar las mercedes de esta dulcísima Virgen, si no procurásemos imitar de alguna manera sus principales virtudes, y nos viésemos nosotros mismos desprovistos en absoluto de esa caridad que reclamamos para nuestras miserias, de la Reina de los cielos?

Toda la Escritura santa, en sus páginas así del Antiguo como del Nuevo Testamento nos enseña que la caridad al prójimo es la mejor disposición que podemos llevar al acatamiento divino para recabar el perdón de nuestras culpas, é implorar las gracias de que tanto necesitamos en todas las circunstancias de la vida. La oración sola, si no va acom-

pañada de la caridad, no basta muchas veces á alcanzarnos lo que pedimos. Por esto dijo el arcángel San Rafael á Tobías: La oración es buena y eficacísima, cuando va acompañada con el ayuno y la limosna: *Bona est oratio cum jejunio, et eleemosyna magis quam thesauros auri recondere*. El santo Arcángel explicó esto añadiendo: Porque la limosna libra de la muerte, y es la que purga los pecados, y alcanza la misericordia y la vida eterna: *Quoniam eleemosyna a morte liberat* (Tob. XII, 8, 9). Esta enseñanza la hallamos confirmada por el profeta Daniel. Llamado por Nabucodonosor para interpretar aquel sueño misterioso en que se intimaba al rey de los Asirios la terrible sentencia del cielo, por la que se le condenaba á pasar algunos años en el campo, humillado como una bestia, el santo Profeta añadió esta saludable advertencia: Por tanto, toma, oh rey, mi consejo, y redime con limosnas tus pecados y maldades, ejercitando la misericordia con los pobres; que tal vez perdonará el Señor tus pecados: *Peccata tua eleemosynis redime, et iniquitates tuas misericordiis pauperum* (Dan. IV, 24).

Y la razón de todo esto, la encontramos explicada maravillosamente en el Evangelio. Quando oramos á Dios, somos como mendigos que nos presentamos ante su soberano acatamiento, implorando sus gracias y mercedes, las que el Señor nos concede de modo enteramente gratuito, pero á condición de que la misericordia de que hemos sido objeto de parte de su munificencia infinita, la ejercitemos á

nuestra vez, con nuestros prójimos. Así nuestro Salvador divino nos lo enseña en aquella parábola del servidor infiel que alcanzó de su señor el perdón de una ingente deuda, pero que en seguida malogró esta gracia, y se hizo reo de gravísimo castigo, porque no quiso perdonar á un conservo suyo cierta deuda pequeña é insignificante. En otro lugar del santo Evangelio se nos ofrece esta enseñanza igualmente significativa y profunda: Dad, y se os dará: *Date, et dabitur vobis*. Dad abundantemente, y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame; porque en la misma medida con que midiereis á los demás, se os medirá á vosotros: *Eadem quippe mensura, qua mensi fueritis, remetietur vobis* (Luc. VI, 38). Esta es la razón porque muchas de nuestras oraciones quedan sin efecto, pues mientras reclamamos la misericordia del cielo en favor nuestro, siendo reos de grandes culpas, se la negamos á nuestros prójimos, y no queremos perdonarles ni aún las mas leves injurias.

PUNTO SEGUNDO. —La Virgen Santísima que, después de Jesucristo Señor nuestro, es el modelo mas acabado y perfecto que tenemos de todas las virtudes, nos enseña la caridad para con el prójimo, amonestándonos que ejercitemos la misericordia para con los demás, si queremos alcanzarla para nosotros mismos. Según dico San Gregorio Naziance-

no, citado por San Ligorio (1), no hay cosa más eficaz para alcanzar el afecto de María que el ser caritativos con nuestros prójimos: *Nulla res est quae Virginis benevolentiam conciliet, quam misericordia.* Toda la vida de la Virgen Santísima no respira más que amor y compasión para con los desgraciados: Élla alcanzó en las bodas de Caná que Jesucristo realizara su primer milagro, cambiando el agua en vino, en favor de aquellos pobres desposados; Ella estuvo firme al pie de la cruz, implorando de su Hijo divino el perdón de los pecadores y la salvación de todo el mundo (2); Ella, finalmente, es la puerta del cielo y la escala por donde los míseros pecadores hemos de subir á la mansión de la gloria. Siendo, pues, la Virgen Santísima, toda amor y misericordia para con los desgraciados, se complace grandemente en que todos sus devotos se hallen adornados de esta preciosísima virtud, y sea, en cierto modo, un reflejo de aquella su caridad incomparable para con todos los hijos de Adán. Ella mis-

(1) Glorias de María.

(2) A María, dice S. Bernardo, como á negociadora de nuestra salvación, han de reconocerse deudores de ella, después de Cristo, todos los hombres pasados, presentes y futuros. *Ad illam sicut ad medicum, sicut ad negotium omnium saeculorum, respiciant et qui precesserunt, et nos qui sumus, et qui sequentur* (Serm. III in Pentec.). Según S. Pedro Damiano, el Buen Ladrón se convirtió y se salvó porque la Virgen Santísima intercedió en favor de él, ante su Hijo divino pendiente en la cruz. «Desde entonces María continúa, dice S. Ligorio, haciendo el oficio de abogada y madre nuestra. — *Glorias de María*, en la consideración sobre el V Dolor de la Santísima Virgen.

ma se da el glorioso título de Madre del hermoso amor, diciéndonos en el libro sagrado del Eclesiástico (XXIV, 24): Yo soy la Madre del Amor hermoso: *Ego Mater pulchrae dilectionis*; por consiguiente, es cosa de que se agrada y honra no poco María, que sus verdaderos hijos y servidores sean como los ministros de su inagotable caridad para con los demás hombres.

Ni vale la excusa de las injurias ó desprecios que hayamos recibido de parte de nuestros prójimos, para negarles los oficios de caridad que les debemos; porque el precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos, no excluye á los enemigos, sino antes los incluye de modo expreso y claro. Y en esto también la Virgen Santísima es un modelo de singular caridad; pues, como dice San Ambrosio, María, cuando estaba en el Calvario, mientras su Hijo divino pendía moribundo en la cruz, por la redención del mundo, Ella también se ofrecía á los verdugos para dar la vida, si hubiese sido preciso, por todos y cada uno de los hombres, que estábamos entonces cooperando con nuestros pecados á la inmolación de aquel Hijo santísimo:—*Pendebat in cruce Filius, Mater persecutoribus se offerbat* (De Inst. Virg. cap.7).

PUNTO TERCERO.—La historia de la célebre Orden de Nuestra Señora de la Merced es precisamente uno de los ejemplos más hermosos y admirables que tenemos para comprobar la suma excelencia de la virtud de la santa caridad, y el grande amor que á esta virtud profesa la Virgen

Santísima, que nada anhela tanto como verla practicada por todos los fieles. Cuando á consecuencia de las rápidas conquistas hechas por la secta de Mahoma, en gran parte del antiguo mundo, yacían innumerables cautivos cristianos bajo la férrea opresión de los bárbaros musulmanes, para libertar al sin número de cautivos que gemían en tan horrenda desolación, la Reina del empíreo descendió á la tierra á fundar la Orden de la Merced, y enseñar de esta manera á los hombres la práctica de la caridad en el grado más heroico y sublime, cual era entregarse á sí mismo al cautiverio, los tormentos y la muerte, por redimir á sus hermanos. Tan estupenda fué esta obra realizada por la misericordia de la incomparable Virgen, que la Iglesia ha instituído una fiesta para recordarla perpetuamente á todos los siglos.

Un devoto verdadero de Nuestra Señora de las Mercedes debe, pues, distinguirse por una tierna é inagotable caridad para con los pobres desgraciados, señaladamente para con aquellos que yacen en las cárceles, para imitar de alguna manera los heroicos ejemplos de abnegación que nos recuerda la Virgen Santísima, con aquel glorioso título. ¿Ni cómo podría gloriarse de ser devoto de la Reina de Misericordia y de Mercedes, quien se hallase desprovisto de compasión para con los miserables, y estrechase su mano para no hacer una limosna, ni la más mínima merced, á sus hermanos desgraciados? Al contrario, podemos estar seguros de que serán bien

despachadas las oraciones que elevamos á esta dulcísima Virgen, si nos presentamos ante Ella con las manos perfumadas por la limosna, y el corazón henchido de compasión y misericordia para con todas las víctimas de la adversidad.

EJEMPLO — de la inagotable caridad de la Santísima Virgen para con todos los desgraciados, especialmente para los que yacen aherrajados entre las penalidades del cautiverio, es el hecho siguiente, referido por el padre Talamanco en la obra citada (Lib. 1, cap. 4^o); portento debidamente autenticado por la autoridad eclesiástica del lugar donde aconteció.

Cinco cristianos, nativos de Nápoles, hallábanse cautivos en Argel, hasta que cierto día, confiados en el soberano patrocinio de Nuestra Señora de las Mercedes, resolvieron salir de aquella tan triste y desesperada situación. Al efecto, construyeron como pudieron una miserable balsa de cañas, forrada con pieles de buey, y se lanzaron en ella al mar, en dirección á Orán, plaza fuerte que se hallaba entonces en poder de España. Naturalmente era imposible el éxito de semejante empresa, pero la Virgen Santísima vino en auxilio de aquellos sus devotos fieles, pues durante la larga travesía que debieron hacer, por varios días, vieron constantemente lucir una luz maravillosa en la proa de aquella tan frágil embarcación, que parecía iba á deshacerse á cada una de las impetuosas oleadas de la mar. Mientras

tanto en la iglesia de los religiosos Mercedarios de Orán ocurrió otro portentoso, y fué que una noche la celeberrima imagen de Nuestra Señora de la Merced, venerada en ese templo, desapareció súbitamente, sin que nadie supiese su paradero. Todos la creían robada, y hacían fervorosas oraciones en la ciudad, para que se recobrase la milagrosa efigie; cuando he aquí que á la siguiente mañana vieron todos resplandecer un globo de luz en el altar principal de la iglesia, y en seguida se halló á la tan buscada Imagen, en su mismo sitio y peana. Asombrados los concurrentes de tan extraña maravilla, no sabían cómo explicarla, cuando al mismo tiempo se esparció en Orán la noticia de que, en ese momento, arribaban á la playa algunos cautivos cristianos que venían escapándose del poder de los Moros. Toda la población con el gobernador de la plaza y los religiosos salieron al encuentro, y se hallaron con los cinco cautivos napolitanos que narraban la manera prodigiosa cómo habían podido evadirse de su intolerable cautiverio. Uno de los sucesos portentosos que contaban haberles acaecido en su peligrosa navegación era, que habían visto á una hermosa imagen de Nuestra Señora de la Merced, que sentada en su barquilla durante toda la última noche, les había conducido sanos y salvos á aquel puerto. Sin dar apenas crédito á tan maravilloso relato fueron todos al templo, y vieron que efectivamente el ropaje de la Efigie de María estaba mojado y lleno de

arena; era pues indudable que la Virgen Santísima de la Merced, por medio de esa su graciosa imagen, había querido proteger visiblemente á aquellos míseros cautivos, arrancándoles del poder de los Moros.

ASPIRACIONES. — Admiro y ensalzo, oh Madre Santísima de Dios, los tesoros riquísimos de caridad encerrados en vuestro tierno y compasivo corazón; pero ay! cuán grande es, al mismo tiempo, mi pena por verme enteramente falto de tan preciosa y divina virtud. La más pequeña contradicción que me hacen mis prójimos, la mas leve injuria que recibo de ellos, turban mi alma y excitan en mí sentimientos de odio y de venganza. ¡Cuán lejos me hallo de poseer la caridad, tal como nos enseña el Evangelio y la habéis aconsejado Vos, oh Reina amabilísima, á vuestros fieles siervos! Hacedme, pues, la singular merced de alcanzarme de vuestro divino Hijo un amor tan grande á mis prójimos, que esté listo á sacrificarme antes que infringir en lo más mínimo una virtud tan excelente y preciosa. Por amor á Jesús, y á Vos también, oh Madre amabilísima, perdono de corazón, en este mismo momento, á todos mis enemigos, y hago el firme propósito de practicar las reglas de la caridad cristiana para con todos mis prójimos. Así sea.

Virtud para este día. — Por amor á Nuestra Señora de las Mercedes hacer una visita á los pobres de la cárcel, y favorecerles con una limosna.

MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO SEPTIMO

**DEL HOMENAJE DE AMOROSA SERVIDUMBRE QUE DEBEMOS
Á NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES
EN RECONOCIMIENTO DE SUS BONDADES.**

PUNTO PRIMERO. — Entre los muchos homenajes de amor y devoción que en todo tiempo se han complacido las almas fieles en tributar á la Virgen Santísima, en su título de las Mercedes, ninguno más conducente á propagar el culto de esta hermosa advocación, como consagrarse á María en calidad de esclavos y siervos suyos. Esta es una de las prácticas de piedad más hermosas que nos han legado las edades de fe, y que debo estar como estrechamente ligada con la devoción á Nuestra Señora de las Mercedes.

En efecto, esta advocación de la Virgen Santísima equivale al título sublime de Redentora del linaje humano que le han dado tantos Padres y Doctores; para recordárnoslo, la Reina del cielo descendió á la tierra, é instituyó la benemérita Orden de la Merced, á fin de que admirando la obra portentosa de la redención de cautivos, de poder de los bárbaros musulmanes, pudiese el orbe católico darse cuenta del incalculable beneficio que la Redención divina ha proporcionado al hombre, redimiéndole del cantiverio del demonio y el pecado. Pero ¡cuántos dolores y angustias hubo

de padecer la Virgen Inmaculada para cooperar á aquella obra insigne de la bondad y misericordia divinas! El profeta compara con el mar la inmensidad y profundidad de los dolores de María al pie de la cruz, donde acompañó á su Hijo divino en la gran obra de la reconciliación del mundo con su Creador: *Magna est enim velut mare contritio tua* (Thr. II, 13). La Iglesia le ha dado con razón el título de *Reina de los Mártires*; pues todos los tormentos que estos héroes de paciencia han tolerado para testificar la verdad de nuestra Religión, no son comparables con el agudísimo dolor que experimentó María durante la pasión de su divino Hijo; y no solamente durante la pasión, sino desde el instante mismo de la Encarnación hasta que expiró el Salvador en la cruz, pudiéramos decir, que la vida toda de la Virgen Santísima transcurrió en el dolor; y así, á ella con mucha razón podemos aplicar aquellas palabras del real Salmista: *Defecit in dolore vita mea, et anni mei in gemitibus*: Toda mi vida ha transcurrido en el dolor, y mis años se han deslizado entre gemidos (Ps. XXX, 11). El abad Ruperto interpretando aquellas palabras del santo anciano Simeón, dirigidas á María: Y su espada atravesará tu corazón: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius*, hace hablar á la Virgen santa de esta manera: Almas piadosas que me compadeceís, contemplándome al pie de la cruz, os pido atendáis no solamente al dolor que experimenté en aquella hora en que ví expirar á mi muy querido Hijo, sino también á que la espada profetizada por Simeón, antes

de dividir mi alma, en esa hora suprema, durante toda la vida me desgarró el corazón: *Nam Simeonis gladius, antequam pertransiret, longum per me transitum fecit.* Pues cuando amamantaba á mi divino Hijo, cuando le estrechaba entre mis brazos, siendo todavía pequeñito, ya contemplaba yo la amarga muerte que le esperaba; considerad, por lo mismo, cuán prolijo y largo hubo de ser mi dolor: *Cum igitur Eum lactarem, foverem, et prospicerem ejus morti, quam prolixam me putatis pertulisse passionem!*

Es decir, la Virgen Inmaculada que no siendo deudora del más mínimo reato de culpa, no estaba obligada á expiarla con dolor alguno, ni experimentar las penas que deben padecer los pecadores, sometióse sin embargo voluntariamente á las más amargas tribulaciones, para obtuernos la libertad del ominoso cantiverio á que por nuestras culpas estábamos sujetos; Ella se hizo con su Hijo divino víctima por las prevaricaciones de su pueblo, para que pudiésemos un día participar de las glorias del paraíso.

PUNTO SEGUNDO.—Esta dignación inefable de la Virgen Santísima que la impulsó no solamente á sujetarse á todos los dolores de la vida, sino á consentir en la inmolación de su divino Hijo, para nuestra redención, nos constituye deudores de inmensa gratitud para con esta Reina incomparable. En la historia de la Orden de la Merced se lee frecuentemente que los cautivos cristianos así que eran libertados del poder de los Moros

se complacían en llevar los grilletes y cadenas con que durante su cautiverio se vieran aprisionados, y depositarlos en una iglesia, á las plantas de alguna milagrosa Imagen de María, y allí los dejaban en trofeo de la admirable misericordia que esta Señora había usado para con ellos. No pocos en testimonio de indeleble gratitud llevaban perpetuamente consigo una pequeña cadena para proclamar á la faz de todo el mundo que querían ser perpetuos esclavos de la Reina del cielo.

¿No deberían hacer otro tanto todos los pecadores, á quienes la Virgen Santísima con su mediación poderosa y sus incesantes ruegos ha alcanzado de su divino Hijo la gracia de una sincera conversión, y por lo mismo la de verse libres del cautiverio intolerable del demonio y el pecado? ¡Cuántos miserables habríamos ya sido precipitados en lo más profundo del infierno, y nos veríamos allí cautivos, por toda la eternidad, entre aquellas prisiones de fuego, y bajo la tiranía implacable de los demonios, si esta dulcísima Madre no nos hubiese alcanzado espacio de penitencia y la gracia de salir de nuestros vicios y pecados? Dice San Bernardo: Así como el eterno Padre oye siempre á su divino Hijo, también este Hijo piadosísimo no deja jamás de escuchar favorablemente á su Madre Santísima, que sin cesar intercede por los desgraciados pecadores. Por tanto, á cuantos hacen profesión de honrar á esta Reina amabilísima, y quieren verdaderamente salir del cautiverio de la culpa, el santo Doctor les

aconseja acudir prontamente á la Madre de misericordia. «Anda, le dice, ve á la Madre de misericordia, muéstrale las llagas de tus pecados, y Ella abogará por tí ante su divino Hijo, y le hará presentes aquellas sus entrañas de caridad, y el Hijo esenchará á la Madre»: *Vade ad Matrem misericordiae: exaudiet utique Matrem Filius.*

PUNTO TERCERO.--Pero si tan tierna y compasiva es la Virgen Santísima para con todos los pecadores, y si tan eficaces son sus ruegos para alcanzarnos venia y salvación, ¿no debemos en cambio honrarnos en ser esclavos de esta Reina bondadosísima, y hacer profesión de amarla y servirla con todo nuestro corazón, y en todas las circunstancias de la vida?

Muchos santos ha habido efectivamente que han testificado su amor á la Virgen Santísima consagrándose á su servicio como perpetuos esclavos suyos. El beato Grignón de Montfort, en su precioso *Tratado de la Verdadera Devoción á la Virgen Santísima*, recomienda esta práctica de piedad, como una de las más excelentes en honor de la Reina del cielo; dice que así lo hicieron grandes santos, entre ellos, San Odilón, abad de Cluny. Posteriormente el beato Simón de Rojas, añade, propagó esta devoción en España y Alemania; los padres Teatinos, en Sicilia y Saboya; los padres Jesuitas en Polonia; y el venerable cardenal de Berulle, en Francia. Cita entre otros ejemplos el traído por San

Pedro Damiano, el cual refiere que «el año de 1036, el bienaventurado Marino, su hermano, se hizo esclavo de la Santísima Virgen, en presencia de su director espiritual, de una manera muy edificante; pues se puso una cuerda al cuello, tomó las disciplinas, y depositó una suma de dinero sobre el altar de María, como señal de rendimiento y consagración á tan augusta soberana. El Siervo de Dios continuó practicando fidelísimamente durante toda su vida esta consagración á la Reina del empíreo, de modo que mereció á la hora de la muerte ser visitado y consolado por la celestial Señora, y recibir de sus labios la promesa de eterna bienaventuranza, en premio de haber sido siempre su fiol y obsequioso esclavo. Cesáreo Bolando hace mención de un ilustre caballero, Vautier de Birbae, que hacia el año 1500 hizo otra consagración semejante, de sí mismo, á la Santísima Virgen» (Part. 2ª, cap. 2ª).

Algunos fieles verdaderamente devotos de Nuestra Señora de las Mercedes acostumbran también consagrarse como esclavos perpetuos de esta soberana Reina, ciñéndose, en testimonio de ello, con una pequeña cadencia que llevan constantemente hasta la muerte; no pocos han alcanzado los más señalados beneficios de esta bondadosa Madre, por la práctica de esta hermosa devoción, y muy señaladamente han logrado ser asistidos de modo maravilloso, á la hora de la muerte, por esta celestial Princesa.

EJEMPLO.—La Orden ilustre de la Merced nos ofrece, entre sus muchos hijos que han florecido en santidad, numerosos ejemplos de almas totalmente consagradas al amor y servicio de la Virgen Santísima. Citaremos algunos. San Pedro Nolasco, por amor á la Reina del cielo, empleó su cuantiosa fortuna en redimir cautivos; y, no contento de esto, deseaba él mismo vivir y morir cautivo, para rescatar el mayor número posible de cristianos de la servidumbre mahometana. Tan ardientes eran estos sus caritativos anhelos que sentía ansias de muerte por no poder dar su vida por la salvación de sus prójimos (1). Su perfecto imitador, el V. P. Urraca, se inmoló á sí propio como una víctima expiatoria por la conversión de los pecadores; y era tan grande el amor que tenía á la Virgen Santísima, y tal la ternura con que esta Reina bondadosa correspondió á las finezas de su siervo, que éste, poco antes de morir, declaró á su confesor, que por el espacio de cuarenta años y más, todos los días había sido favorecido con alguna manifestación extraordinaria de Nuestra Señora de las Mercedes, en cuya presencia andaba habitualmente (2). De San Pedro Armengol nos refiere la historia de su vida, cómo por amor á María, y por salvar las almas de sus

(1) El P. Damián Esteban, en su *Símbolo de la Concepción de María*—Lib. IV, tit. II, n.º 21.

(2) El P. Felipe Colombo—en la *Vida del V. Urraca*, intitulada *El Job de la ley de gracia*.

prójimos no vaciló en soportar un durísimo cautiverio y padecer el martirio. La Madre Santísima de Dios recompensó esta generosidad de su siervo, sustentáudole con sus propias manos, mientras estuvo pendiente en la horca. Descolgado de ella, por Fray Guillermo, se retiró el Santo al convento de Santa María de los Prados, donde pasó en soledad el poco tiempo que le restó aún de vida. Allí toda su ocupación era meditar en las grandezas de la Virgen Santísima; se le veía frecuentemente arrebatado en éxtasis, y levantado en los aires, y durante estos raptos se le oía prorrumper en los más tiernos y encendidos coloquios con la Reina de los cielos, como que todo su trato y conversación eran con esta Madre dulcísima. Cuando los religiosos le recordaban su martirio, les decía: «Hermanos míos, creedme: me parece que no he vivido verdaderamente mas días que aquellos felicísimos en que el mundo me juzgaba muerto, y durante los que viví suspendido entre las amorosas manos de María». Finalmente murió con la muerte de los santos.

ASPIRACION. — ¡Virgen Santísima de las Mercedes, Madre de bondad y misericordia! yo soy uno de aquellos que, hace años, hubrían sido ya precipitados en lo más profundo de los infiernos, si Vos, como verdadera abogada y refugio de pecadores, no hubiéseis intercedido por mí ante el acatamiento de vuestro divino Hijo. Vos me habéis rescatado, pues, oh Madre amabilísima, del cauti-

verio del pecado y el infierno. En reconocimiento de favor tan inestimable, me consagro desde ahora para toda mi vida, y durante toda la eternidad, como perpetuo esclavo vuestro, para que hagáis y dispongáis de mí y de cuanto me pertenece ó llegue á pertenecerme, como de cosa y posesión exclusiva vuestra. En cambio os pido, oh Reina de Mercedes, que no permitáis jamás que vuelva á caer en el cautiverio de los vicios y pecados; y para que no torne á acontecerme tan horrenda desgracia, dignaos tenerme siempre cautivo de vuestro amor, y alcanzadme la gracia de perseverar hasta la muerte en servir fielmente á Vos y á vuestro divino Hijo. Así sea.

Virtud para este día.— En testimonio de nuestra perpetua consagración á Nuestra Señora de las Mercedes, renovar al pie de sus altares las promesas del santo bautismo, y ofrecerla llevar constantemente una cadenilla, en señal de esclavitud, hasta la muerte.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO OCTAYO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA Á SUS DEVOTOS
DE UNA MALA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.— La Iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, invoca especialmente el amparo y patrocinio de la Virgen Santísima para la hora de la muerte. Así en la *salutación angélica* nos enseña á decir: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostrae*. En la antífona de la *Salve Regina*, le pedimos igualmente nos presente á Jesús al término de esta nuestra terrestre peregrinación: *Et Jesum . . . nobis, post hoc exsiliium, ostende*. La misma Iglesia da á la Virgen Santísima los hermosos títulos de *Estrella de la mañana* y *Puerta del ciclo*; pues Ella ha de lucir para nosotros como resplandeciente lucero matutino entre las tinieblas de la muerte; y á punto ya de clarear la aurora de la eternidad, Ella, finalmente, nos ha de introducir en las glorias del paraíso.

Con muchísima razón reclama la Iglesia el poderoso amparo de la Virgen Santísima para la hora de la muerte, porque este es el momento decisivo del cual pende toda la eternidad. Si durante la vida nos es tan ne-

cesario el auxilio de la Reina del cielo, lo es sobre manera en aquel trance tremendo en que se ha de pronunciar por el Juez incorruptible sentencia inapelable de salvación ó condenación eterna, según haya sido nuestra vida, y muy señaladamente el término de ella. Porque si á pesar de todos nuestros pecados y miserias logramos el favor de la Madre de Dios, para aquella hora suprema, podemos estar seguros de que no seremos confundidos, pues nadie ha esperado en esta Virgen poderosa, y ha quedado defraudado en su confianza. Por esto San Bernardo escribe que no tenemos otro camino para acercarnos á Jesús y poseerlo eternamente, que la protección y auxilio de la Virgen Santísima: «Por tí, la dice, nos acercaremos á tu Hijo, oh inventora de la gracia, oh Madre de nuestra salvación, pues por tí nos ha de recibir, el que por medio de tí nos fué dado»: *Per te accesum habemus ad Filium, o inventrix gratiae, Mater salutis; et per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis.* (Serm. in Dom. infr. Oct. Assumpt.).

Por el contrario, por grandes que fuesen nuestros méritos, y por muchas las virtudes que hubiésemos practicado durante la vida, nos veríamos expuestos á perderlo todo en un momento, y eternamente, si nos faltara la protección de María para la hora de la muerte. Según nos enseña el Concilio de Trento, el don de la perseverancia final es enteramente gratuito, y no lo podemos merecer, en manera alguna, ni con todas nuestras obras

buenas; por consiguiente, para nada necesitamos tanto del auxilio y protección poderosos y eficaces de la Virgen Santísima, como para alcanzar ese don precioso, el cual no se asegura sino por medio de una santa muerte. Por otra parte, los peligros que cercan al alma en aquel momento son verdaderamente extraordinarios y formidables; pues, como el diablo conoce perfectamente que toda nuestra eternidad depende de aquella hora suprema, extrema sus tentaciones y esfuerzos para perder á las almas en aquel último trance, más que en todo el curso de la vida. Esta verdad se nos enseña en el libro sagrado del Apocalipsis, con estas temerosas palabras: ¡Ay de la tierra y del mar! porque el diablo bajó á vosotros lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo: *Descendit diabolus ad vos, habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet.* (XII, 12).

PUNTO SEGUNDO.—María, que es llamada la *Virgen fiel*, y que jamás abandona á sus devotos en las varias necesidades de la vida, no puede echarnos al olvido precisamente en el tiempo de la mayor necesidad, cual es la hora de la muerte. Entonces la Reina del cielo descende, en aquel punto terrible, para defender á sus verdaderos siervos, de las garras del dragón infernal, y manda á los santos ángeles, y al príncipe de ellos, San Miguel, para que nos asistan en esa batalla decisiva contra el poder de las tinieblas. Así lo dice expresamente San Buenaventura, con

estas palabras: Oh Virgen Santa; Miguel, el jefe y príncipe de la milicia celestial, con todos los demás espíritus que obedecen á sus órdenes, las cumplen fidelísimamente defendiendo y recibiendo en sus manos, en el punto en que se separan de los cuerpos, las almas de aquellos fieles que de modo especial se han consagrado á tu servicio, y han cuidado de encomendarse á tí, oh soberana Señora, de día y de noche, durante su vida: *Michaël, cum omnibus administratoribus spiritibus tuis, Virgo, paret praeceptis, in defendendis et suscipiendis de corpore animabus fidelium specialiter tibi, Domina, die ac nocte se commendantium* (In Spec. B. M. V. cap. 3). Muy bien, según estas palabras de San Buenaventura, podemos aplicar para la formidable batalla que traba el infierno, cerca de una alma que va á desprenderse de esta vida á la eternidad, aquel pasaje del capítulo 12 del Apocalipsis: «Y apareció un gran prodigio en el cielo: Una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas; y estando en cinta, daba grandes gritos, y sufría dolores de parto. Entre tanto se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel, y sus ángeles, peleaban contra el dragón, y el dragón, con sus ángeles, lidiaban contra él». Aquella mujer misteriosa, vestida del sol, y ceñida con una corona de doce estrellas, es la Virgen Santísima, cuya corona es formada de toda la congregación de los santos; pero cada uno de los predestinados le ha costado dolores como de

parto: *Et cruciabatur ut pariat*; por el esfuerzo poderoso que en aquel momento decisivo tiene que hacer para libertar á las almas, de las garras del dragón infernal. ¿Quién, por justo y santo que fuese, triunfaría en aquel formidable combate, si se viese destituido del auxilio y protección especialísimos de la Inmaculada Virgen, que es comparada en la Escritura con un ejército formado en batalla? *Et factum est praelium magnum in coelo.*

Por todo lo cual, en nada muestra tanto la Virgen Santísima su amor y predilección hacia sus fieles servidores, que se encomiendan á Ella, como auxiliándoles en la hora de la muerte. San Jerónimo dice que la Reina del cielo no solamente socorre á sus devotos siervos en el momento de la muerte, sino que se les pone delante, se les manifiesta, les anima y sostiene, y acompaña sus almas ante el divino tribunal: *Morientibus Beata Virgo non tantum succurrit, sed etiam occurrit* (Epist. 2^a ad Eustochium). Qué confianza tan grande no debemos tener de que la Virgen Santísima nos amparará en aquella hora terrible, si durante nuestra vida nos esmeramos en honrarla, é invocamos su patrocinio para la hora de nuestra muerte.

PUNTO TERCERO.—Un gran doctor de la Iglesia, San Germán, arzobispo de Constantinopla, dice estas hermosas palabras:—¿Quién, oh Virgen Santísima, después de tu Hijo divino, tiene tanto cuidado como tú, de todos los hombres? *Quis post Filium tuum, curam*

gerit generis humani sicut tu? ¿Quién nos defiende tan asidua y bondadosamente como tú en todas nuestras aflicciones? *Quis ita nos defendit in nostris afflictionibus?* ¿Quién pelea en favor de los pecadores, tan denodadamente como tú, para arrancarles de sus vicios, librarles del demonio y protegerles contra los dardos de la ira divina? *Quis pugnat pro peccatoribus?* Por lo cual tu patrocinio, oh María, es más grande y eficaz que todo cuanto podemos calcular ni suponer. *Propterea patrocinium tuum majus est quam apprehendi possit* (Serm. de Zona Virg.). Pero si tal es el patrocinio de la Virgen Santísima durante toda nuestra vida, ¿quién podrá decir lo que es á la hora de nuestra muerte, y los maravillosos efectos de gracia y salvación que produce en las almas que están á punto de partir á la eternidad?

Innumerables son los ejemplos de la protección especial que Nuestra Señora de las Mercedes ha dispensado á sus devotos, en aquella hora terrible, pues nunca más que entonces se ostenta como Madre de gracia y de misericordia. Sirvamos, pues, toda la vida con fidelidad y constancia á esta Reina amabilísima, y estemos seguros de que obtendremos su protección y auxilio poderosísimos, á la hora de nuestra muerte.

EJEMPLO.—El padre Talamanco, en la obra tantas veces citada, refiere que, el 22 de Abril de 1696, aconteció el siguiente prodigio, en la ciudad española de Valencia. Lo-

renzo de Ribera, vecino de aquella ciudad, salió á pasearse en el sitio llamado el Grau, acompañado de un hombre que, fingiéndose su amigo, acechaba una oportunidad para ejercer en él sus ocultas venganzas. Después de haber pasado un río, entraron en una barca que hallaron en la orilla, y apenas estuvieron solos, el falso amigo sacó un puñal, y atravesó alevosamente el cuello de Ribera, de parte á parte. Sintiéndose éste mortalmente herido clamó con todas sus fuerzas á Nuestra Señora de las Mercedes, pidiendo le auxiliase en aquel trance horroroso. Oyóle el asesino, y al punto se volvió con más furia, y asestó contra su víctima ocho puñaladas más, tan terribles, que bastaba cualquiera de ellas para quitarle la vida; hecho lo cual huyó aceleradamente el traidor. Mientras tanto el infeliz Ribera, revolcándose por el suelo, y todo envuelto en su sangre, no cesaba de clamar: «Virgen Santísima de la Merced: mira que traigo al pecho tu santo escapulario: no permitas que muera sin confesión; confío, Señora, de tu misericordia, el remedio de mi alma». Al punto apareciósele la gran Reina de Misericordia y de Mercedes, y con benigno semblante le animó, le consoló, tomóle de la mano, y le fué guiando hasta pasar el río; y como llegasen ya cerca del pueblo, le puso en el camino y dijo: «Anímate, hijo mío, y véte al Grau, que luego hallarás allí quien te oiga en confesión y te administre los demás sacramentos». Efectivamente, apenas el moribun-

do entró en el pueblo, le salió al encuentro el padre Basilio Llopio, religioso de la Merced, que en ese mismo lugar, en media calle, le oyó en confesión, le absolvió, y le ordenó contase á toda la multitud, allí presente, el gran prodigio que acababa de acontecerle. Administráronle en seguida los demás auxilios de la religión, después de lo cual expiró con todas la señales de un verdadero predestinado. Los médicos que acudieron para atender al moribundo, declararon que la prolongación de su vida, así hubiese sido por un solo momento, era un estupendo milagro, pues todas las heridas eran tan graves, que bastaba cualquiera de ellas para haberle causado una muerte instantánea. Nuestra Señora de las Mercedes prolongó milagrosamente la vida de este su devoto, para que no muriese sin sacramentos, y salvase así su alma.

ASPIRACIONES.—Si todos debemos vivir temerosos de aquel momento supremo del cual pende la eternidad, cuánto más deberé temblar yo, que me veo tan lejos de Dios y tan cargado de pecados! Vos, oh Madre de las Mercedes, habéis de ser entonces todo mi consuelo; desde ahora para entouces imploro vuestra protección soberana, que no me la podéis negar, pues os llamáis Refugio de pecadores, Consoladora de afligidos y Reina de Misericordia. Hacedme la merced de arrancarme cuanto antes del lodazal de mis vicios, y ayudadme á suñir por la ardua senda de todas las virtudes cristianas, para que

al fin de mi vida logre entregar mi espíritu en el ósculo amoroso de mi divino Redentor, y en vuestras solícitas y maternas manos. En Vos, oh Madre Santísima, he esperado: no seré confundido eternamente.

Virtud para este día.—Hacer un acto de preparación para la muerte, postrados humildemente ante un altar de Nuestra Señora de las Mercedes, pidiendo su protección soberana, para aquella hora suprema.



MEDITACION PARA EL DIA VIGESIMO NONO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA Á SUS DEVOTOS
DEL INFIERNO

PUNTO PRIMERO.— Los más célebres Padres y Doctores de la Iglesia enseñan que la devoción á la Virgen Santísima es una de las señales más claras é inequívocas de eterna predestinación. El angélico doctor santo Tomás nos da la razón de ello, con la siguiente luminosísima doctrina, en su hermoso opúsculo acerca del *Ave María*. Por muy grande se ha de tener, dice, el privilegio concedido á cualquier santo, si en él se encontrare tanta gracia, que bastase para la salvación de muchos: *Magnum est enim in quolibet sancto quando habet tantum de gratia quod sufficit ad salutem multorum*; pero si esta gracia fuese tan grande que bastase para la salvación de todos los hombres, aquello sería lo supremo y máximo en el orden de la gracia: *Sed quando haberet tantum quod sufficeret ad salutem omnium, hoc esset maximum*; pues esto precisamente es lo que acontece con Cristo Señor Nuestro y su Madre, la Bienaventurada Virgen María: *Et hoc est in Christo, et in Beata Virgine*. Para entender lo cual hemos de advertir que Cristo Señor Nuestro es no solamente el dador, sino la fuente y el au-

tor de la gracia, y el mismo Salvador divino ha depositado todas estas gracias en manos de la Virgen Santísima, para que Ella las distribuya entre quienes quiera y como fuese de su agrado; por consiguiente, así como nadie ha de salvarse sino por los méritos de Cristo, así tampoco nadie ha de obtener esta gracia, sino por la mediación poderosa de la Virgen Santísima.

Otro no menos ilustre Padre y Doctor corrobora esta enseñanza tan dulce y consoladora, manifestándonos que en María ha depositado Dios toda la plenitud de la gracia. Es San Bernardo quien nos da esta doctrina, por medio de estas palabras tan frecuentemente citadas, y tan poco advertidas: En María, dice, ha depositado Dios la plenitud de todo bien: *Totius boni plenitudinem posuit in María*; por tanto, si en nosotros alienta la esperanza, si existe alguna gracia en nuestras almas, si hemos recibido algún don conducente á nuestra salvación eterna, debemos reconocer que todo esto lo debemos á María, y que de la plenitud de su gracia se han derramado en nosotros algunas gotas de ese mar insondable de todo bien: *Proinde si quid spei in nobis est, si quid gratiae, si quid salutis, ab ea noverimus redundare*. María es como un huerto ameuísimo de delicias donde se ostentan toda clase de árboles frutíferos y flores aromáticas, que esparce por todas partes los más variados efluvios de suavidad y fragancia celestiales; esto es, todos los carismas de la gracia: *Hortus deliciarum, ut un-*

dique fluent aromata ejus, charismata scilicet gratiarum (Serm. de Aquaeductu).

Según esto, todos cuantos bienes hemos recibido del cielo, se los debemos á María, pero muy especialmente los bienes del orden de la gracia; deudores de Ella somos de nuestra vocación á la fe cristiana, de la gracia del santo bautismo y de todas las gracias de santificación; pero muy especialmente la deberemos el don de la perseverancia final y la salvación eterna, pues, añade san Bernardo, esta es la voluntad de Dios que ha querido que todo absolutamente lo tengamos por medio de María: *Sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam* (Ib).

PUNTO SEGUNDO.—Si la Virgen Santísima, como acabamos de verlo, por la enseñanza de tan grandes Doctores, tiene en sus manos todo el negocio de nuestra predestinación y salvación eterna, es claro y manifiesto que es poderosísima para salvar á quien quiere, y del modo que quiere, esto es, venciendo cuantas dificultades, y superando cuantos obstáculos opongan á esta obra de la misericordia infinita la miseria y flaqueza ingénitas de nuestra naturaleza caída y depravada. Dejando á salvo la libertad del hombre, la gracia divina tiene un poder suyo propio y especial; ahora bien, las gracias eficaces, las más poderosas en el orden sobrenatural, son precisamente las que alcanza María á sus devotos, esto es, á los que le aman y sirven con fidelidad. ¿Ni para qué habría recibido

de Dios un poder tan alto, sino para favorecer con él á aquellos que le invocan y le cercan clamándole su Señora, Abogada y Madre? Es la misma Reina del cielo que nos lo enseña así, pues á Ella aplica la Iglesia estas palabras de la Sabiduría eterna: El que me hallare, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación: *Qui me invenerit inveniet vitam et hauriet salutem á Domino* (Prov. VIII, 35). Los que me siguen no pecarán: *Qui operantur in me non peccabunt*: Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna: *Qui elucidant me vitam aeternam habebunt*. (Eccli. XXIV, 30, 31).

No es por lo mismo de admirar que grandes santos y muy ilustres doctores, como San Buenaventura, San Anselmo, y San Antonino de Florencia, hayan afirmado que es imposible que se condene un verdadero devoto de la Virgen Santísima; y hayan asegurado que es imposible que se salve quien no tiene tan preciosa devoción. San Buenaventura dice: Oh Virgen Santa, quien no te invoca en esta vida no arribará al reino de Dios: *Qui te non invocat in hac vita, non perveniet ad regnum Dei* (In Ps. LXXXVI). San Anselmo escribe: Oh Virgen benditísima, así como es imposible que aquel que de tí se aparta, y no es protegido tuyo, se salve; así es imposible que se condene aquel que se vuelve sinceramente á tí, y es por tí protegido: *Virgo benedicta, sicut impossibile est, ut ad te aversus, et a te despectus, salvetur; ita ad te conversus, et a te respectus, impossibile est ut pe-*

reat (De Excel. Virg. cap. 11). Casi con los mismos términos se expresa también el santo arzobispo de Florencia: Así como es imposible, dice, que aquellos de quienes aparta María sus ojos de misericordia, se salven: *Sicut impossibile est ut hi a quibus Maria oculos suae misericordiae avertit, salventur*; así es necesario que aquellos hacia quienes vuelve María sus ojos misericordiosos, abogando por ellos, se salven y sean glorificados: *Ita necessarium quod hi, ad quos convertit oculos suos, pro eis advocans, salventur et glorificentur* (Part. IV, tit. 50.)

El antiguo Testamento nos ofrece una bellísima figura de este misterio de amor de la Virgen Santísima en favor de sus devotos. El patriarca Isaac tenía dos hijos, Esaú y Jacob; al primero le correspondían las bendiciones, por ser el primogénito, y Jacob no tenía ni esperanza de ellas. Pero Rebeca, su madre, amaba tiernamente á Jacob, que jamás se había separado de ella, y que le servía con grande fidelidad y ternura; resolvió pues obtener, á todo trance, las bendiciones de Isaac para Jacob. Al efecto le sugirió el ardid de que se vistiese con las ropas del primogénito; ella misma guisó la vianda que había de ofrecer al anciano patriarca, y la preparó del modo conveniente para aquella solemne bendición. Jacob se resistió un tanto, y observó á su madre, que procediendo así iba tal vez á atraerse las maldiciones antes que la bendición de Isaac; pero Rebeca repuso: sobre mí caiga esa maldición, hijo

mío: *In me sit ista maledictio, fili mi*: tú haz solamente lo que yo te aconsejo: *Tantum audi vocem meam*. Jacob obedeció ciegamente á su madre, y sin ser el primogénito logró las bendiciones de tal, y contarse en el número de los progenitores de Cristo. Rebeca fué en este pasaje una figura muy expresiva de la Virgen Santísima: esta Virgen incomparable sobrellevó en el Calvario las maldiciones debidas á los pecadores, tolerando aquel mar inmenso de angustias causadas por la muerte de su divino Hijo: *In me sit ista maledictio*; pero en recompensa ha obtenido Ella la gracia de salvar á los pecadores más perversos, si á Ella acuden, revistiéndoles con los méritos de su Hijo Santísimo; pero para esto es necesario que por pecadores que sean escuchen fielmente su voz y sus consejos: *Tantum audi vocem meam*. Así pues, ninguno que ama á la Virgen Santísima, y persevera en este amor, puede condenarse; por el contrario, cuantos la odian, ó se apartan de Ella, se desvían por lo mismo del camino de su eterna salvación, según Ella misma nos lo dice en los Proverbios: Todos los que me odian, aman la muerte: *Omnes qui me oderunt diligunt mortem* (VIII, 36).

Otra figura hermosa de la Virgen Santísima fué el arca construída por Noé, en la cual entraron todos los que habían de salvarse del diluvio; pero ninguno de los que dejaron de entrar en ella lograron escapar de aquella espantosa catástrofe; á este modo: todos los que arriben al cielo serán trasplantados allá por

la única navecilla que conduce á los predeterminados al puerto de la gloria, pero ninguno de los que se apartan de María se salvará en el diluvio de la perdición universal.

PUNTO TERCERO.— Cuán grande confianza no debemos pues tener en la protección poderosísima de María, sabiendo que Ella salva á cuantos acuden á su protección y auxilio, por grandes que sean las culpas y miserias de que se ballen manchados. Nuevo título para acrecentar nuestro amor y confianza hacia la Virgen Santísima es su advocación hermosa de Mercedes y Misericordia; pues si es la dispensadora de todas las gracias y mercedes, por altas y difíciles que sean, ¿por qué dudaremos que, si de veras la servimos, hemos de alcanzar la merced y la gracia suprema de nuestra eterna salvación?; y si, como es cierto, de ningún título se complace más la Reina del cielo, que del de Madre de Misericordia, ¿cómo vacilaríamos en acudir á esta Reina compasiva, por muchas que fuesen nuestras miserias, y enormes nuestros pecados, si precisamente de nada se gloria tanto como de salvar á aquellos que están ya casi hundidos en el abismo? Efectivamente son innumerables los pecadores, y entre ellos no pocos obstinados ó impenitentes, que por haber acudido á la Reina de Mercedes y Misericordia, lograron finalmente salir de sus culpas, convertirse á Dios, hacer una buena confesión, y librarse del infierno, por la mediación eficazísima de esta Reina incomparable.

EJEMPLO.—El Padre Mariano Ribera, en su obra intitulada *María Elogiada* (1), refiere que en la antigua ciudad de Portobelo, situada en el istmo de Panamá, aconteció en 1608 el siguiente caso maravilloso, acerca del cual la autoridad eclesiástica tomó las informaciones del caso, y por lo mismo se ha de tener por hecho averiguado y auténtico. Vivía, dice, por aquel tiempo, en la dicha ciudad, un español, nativo de Atamis, villa del arzobispado de Sevilla, llamado José de Espinoza, el cual era devotísimo de Nuestra Señora de las Mercedes, vestía su santo escapulario, y había invertido gran parte de su tiempo y caudales en honrar á la Virgen Santísima, en aquella su advocación predilecta, añadiendo á todo esto cuantiosas limosnas en favor de los pobres. En esto le sobrevino su última enfermedad, recibió los últimos sacramentos y murió, pidiendo antes se le enterrara con el hábito de Nuestra Señora de las Mercedes. Dos religiosos de la Orden velaban cerca del cadáver, colocado ya en el ataúd, cuando con grande asombro vieron que el difunto abría los ojos, y luego le oyeron decir, en alta voz: «Llamen al padre Comendador, que le tengo que hablar» Vio inmediatamente el Comendador, que era un religioso grave, llamado el padre Maestro Alfaro, y puesto cerca del resucitado, éste le manifestó como había muerto en desgracia de Dios, pues por un criminal descuido

(1) Citada por el padre Talamanco.

de sus padres no había sido bautizado; él lo sabía, y aunque siempre proponía recibir el sacramento de la regeneración, por vergüenza y por una culpable negligencia no lo hizo jamás. Por lo cual, y por sus demás pecados personales fué, al presentarse ante el tribunal divino, condenado á las penas eternas del infierno. Añadió, que en ese mismo punto se presentó la Virgen Santísima, ante su Hijo divino, y abogó eficazmente en favor de esa alma desgraciada, alegando que había sido muy devota suya y de su hermosa advocación de las Mercedes; con lo que le obtuvo la gracia singularísima de que tornase á la vida, para que recibiese el santo bautismo, y así pudiese entrar en la gloria. Admirado grandemente del caso el Comendador ordenóle que para constancia de tan extraordinario prodigio refiriese en alta voz cuanto acababa de decirle, en presencia de la multitud que había acudido á la noticia de suceso tan portentoso. En seguida le administró el santo bautismo, después de lo que gozosísimo el resucitado, y exclamando que iba á gozar de Dios en la gloria, en compañía de la Virgen Santísima, expiró dulcemente con la paz y alegría propias de los predestinados.

ASPIRACIONES. — Oh Virgen Santísima de las Mercedes, por mis muchas culpas he merecido ya innumerables veces hallarme sepultado en lo más profundo de los infiernos; y así os tributo las más rendidas acciones de

gracias, pues reconozco que sólo por vuestra poderosa intercesión me he librado del inminente peligro de mi condenación eterna. Completad vuestra obra, oh Madre amabilísima: alcanzadme de vuestro Hijo una gracia tan eficaz de conversión que desde este mismo punto, según lo deseo y con toda firmeza propongo, abandone el pecado y las ocasiones de cometerlo, me dedique con todo mi corazón á amar á Dios y cumplir su santa ley, y á honraros y serviros á Vos, oh Virgen benditísima. Por vuestra mediación espero alcanzar mi salvación eterna. Amén.

Virtud para este día.—Hacer una visita á Nuestra Señora de las Mercedes, y postrados delante de su altar examinarnos durante un cuarto de hora, con toda severidad, sobre cuáles son los principales peligros y ocasiones de pecar que retienen nuestra alma cautiva en los vicios, y nos ponen en riesgo de eterna condenación; y conocidas que sean esas ocasiones, principalmente si son próximas, ofrecer á la Santísima Virgen evitarlas en adelante, por grandes que sean los sacrificios y penosos los esfuerzos que esto haya de costarnos.



MEDITACION PARA EL DIA TRIGESIMO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES LIBRA A SUS DEVOTOS
DE LAS CÁRCELES DEL PURGATORIO.

PUNTO PRIMERO.— La santa fe que profesamos nos enseña que nada manchado entrará en el cielo, y que aun aquellos que han hecho penitencia de sus culpas en esta vida, y hasta las mismas almas inocentes y puras, si no han pagado totalmente lo que debían á la justicia divina, antes de entrar en la vista y posesión de Dios, serán detenidas en las cárceles del purgatorio, donde pagarán hasta el último cuadrante. Las penas del purgatorio, según san Agustín, santo Tomás de Aquino y otros ilustres Padres y Doctores, no tienen comparación con las penas de este mundo. San Agustín arguye de necesidad á quienes dicen: Con tal que me libre del infierno, poco me importan las penas del purgatorio: *Non pertinet ad me quamdiu ibi moras habeam, si tamen ad vitam aeternam perrexero.* A lo cual contesta el Santo: Guardáos de hablar así, porque aquel fuego del purgatorio es más terrible y abrasador que cuanto puede suponerse, y aquellas penas de la eternidad son tan superiores á las de la vida presente, que no podemos ni imaginarlas: *Nemo hoc dicat: quia ille purgatorius ignis durior erit quam quidquid potest in hoc saeculo poenarum sentire aut cogitari* (Serm. IV de Sanct.). Además las

culpas más leves y que acá, en esta vida, pueden purgarse con ligerísimas penitencias, son penadas, en el purgatorio, con tormentos superiores á nuestra comprensión. De muchas almas, á quienes se les creía dignas de volar directamente al cielo, por la gran santidad de su vida, háse llegado á saber, después, por revelaciones dignas de todo crédito, que no arribaron á la gloria, sino después de haberse purificado, de las más leves manchas, en muy prolijos y atroces tormentos. Fray Marcos de Lisboa, en las crónicas de los Menores (Part. 2.^a, cap. 7.^o) refiere que en un convento de la Orden, de París, murió un religioso que por la santidad de su vida, era generalmente llamado el *Angélico*, el cual sin embargo, por algunas imperfecciones, descendió al purgatorio, y habiéndose aparecido, después de muerto, á otro religioso de la misma Orden, le hizo saber su estado, y le dijo: Nadie, en el mundo quiere creer cuán severamente juzga Dios nuestras acciones, allá en la eternidad, y cuán horriblemente las castiga: *Heu, nemo credit, nemo credit, quam districte judicet Deus, et quam severe puniat!* Lo que está de perfecto acuerdo con aquello que se dice en el libro de Job, que ni los mismos cielos están limpios en la presencia del eterno Juez: *Coeli non sunt mundi in conspectu ejus* (XV, 15).

¿Y quién podrá entonces, cuando nuestra alma comparezca ante el divino tribunal defender nuestra causa y obtenernos indulgencia. La Virgen Santísima, que es llamada con ra-

zón, Refugio y Abogada de pecadores. En las *Revelaciones* de Santa Brígida se refiere, cómo la sierva de Dios asistió en espíritu al juicio que se hizo del alma de un soldado, que si bien murió en la gracia del Señor, se le condenó á espantosos y prolongados tormentos en el purgatorio, á causa de sus pasados delitos, de que no tuvo tiempo para hacer la condigna penitencia; pero entonces se presentó ante el divino Juez la Madre de Misericordia y pidió á su Hijo divino suavizase aquella justísima sentencia, alegando que el soldado había ayunado las vigilijs de sus festividades, había rezado no pocas veces su Oficio parvo, y había acudido frecuentemente á sus altares con sus devotas plegarias. A tan eficaces súplicas condescendió el Juez y disminuyó las penas merecidas por aquella alma. Lo que nos manifiesta cuán solícita, la Madre de Misericordia, acude á defender la causa de sus devotos ante el tribunal inexorable de la Justicia divina.

PUNTO SEGUNDO.—Si tan tierna y bondadosa se nos muestra María ante el tribunal del Juez eterno, no la hemos de creer menos empeñada en aliviar los tormentos y penas de sus devotos cuando se encuentran ya encarcelados en aquellos espantosos calabozos de fuego, del purgatorio. En efecto, es entonces cuando la Virgen Santísima despliega todo su afán y solicitud en favor de sus fieles siervos. «Yo soy, dijo la misma Reina del cielo á santa Brígida, yo soy la verdade-

ra Madre de todos los que se hallan detenidos en el purgatorio » *Ego sum Mater omnium qui sunt in purgatorio*; porque mis súplicas alcanzan del eterno Juez que sean abreviadas y disminuídas aquellas intensísimas penas: *Quia omnes poenae quae debentur purgandis propter preces meas mitigantur* (Revel. l. 4; cap. 138). Conforme á lo cual el beato Dionisio el Cartujo nos enseña que esta piadosísima Virgen descende frecuentemente al purgatorio á rescatar las almas detenidas en él y conducirles á la eterna gloria, y que esto lo hace principalmente en las grandes solemnidades de la misma Bienaventurada Virgen y de su Hijo divino. He aquí las expresas palabras de este ilustre doctor: La Beatísima Virgen descende todos los años, con gran multitud de ángeles á los lugares del purgatorio en las fiestas de la Natividad de Cristo. Lo mismo acontece en la noche de la Resurrección del Señor, pues acostumbra bajar entonces al purgatorio para rescatar á las almas detenidas en él:— *Beatissima Virgo ad purgatorii loca cum multitudine angelorum descendit, et multas inde animas eripit* (Serm. II de Assumpt.). En efecto, San Pedro Damiano refiere en sus opúsculos varios hechos que comprueban esta verdad, y, entre otros, el de una piadosa mujer, llamada Marrocia, muerta en Roma en tiempos del santo, la cual después de muerta se apareció á una amiga suya y le dijo: que en aquel día, que era el de la Asunción de la Virgen Santísima, la divina Madre iba á sacar del purga-

torio así á ella como á otras innumerables almas, que eran casi tantas como los habitantes de Roma, en esa fecha.

La misma doctrina nos da san Bernardino de Sena, diciéndonos que la Bienaventurada Virgen tiene más que ningún santo el poder de librar á las almas del purgatorio, principalmente las de sus devotos: *Ab his tormentis liberat Beato Virgo maxime devotos suos* (Serm. III de Nom. Mariae, art 2º, cap. 3º). Lo comprueban admirablemente las preciosas devociones del Escapulario del Carmen, del santo Rosario y otras con las que, según aparece de varias auténticas revelaciones, innumerables almas han visto abreviarse sus penas del purgatorio, por la intercesión soberana de la Virgen Santísima. Bien sabida de todos es la promesa que hizo la Reina del cielo, al papa Juan XXII, de que cuantos llevasen el Escapulario del Carmen, con las debidas condiciones, saldrían del purgatorio el sábado después de su muerte; privilegio admirable, conocido con el nombre de *sabatino*, y confirmado con Bulas de varios pontífices, entre ellos, san Pío V.

PUNTO TERCERO.—No son menos admirables ni auténticas varias manifestaciones sobrenaturales, por las que consta que la Virgen Santísima, invocada bajo su precioso título de las Mercedes, se complace, de modo especialísimo, en libertar á sus devotos de esta su hermosa advocación, de las cárceles abrasadoras del purgatorio. Ni como habíamos

de dudarle que fuese así, pues la Madre Inmaculada y bondadosa que tanto ha extremado su caridad y misericordia para rescatar á los desgraciados que se hallaban cautivos bajo la férrea dominación de los infieles, no puede olvidarse de aquellos sus hijos y siervos que yacen cautivos en esas otras prisiones todavía más espantosas del purgatorio.

Parécenos que ninguna advocación de la Virgen Santísima debe ser más propicia á las miseras cautivas, como la de Nuestra Señora de las Mercedes, pues este título obliga, en cierta manera, á la Reina del cielo á rescatarlas de entre aquellos horribles tormentos, ya que las infelices en manera alguna pueden valerse á sí mismas, y tanto más necesitan del socorro y protección poderosos de la Virgen Santísima, cuanto más olvidadas se hallan de los hombres.

EJEMPLO.—En el libro de *María Elogiada*, antes citado, se refiere que en el año de 1697, un sábado del mes de Marzo, á las seis de la tarde, cinco doncellas vestidas de blanco llegaron en peregrinación á la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, de Barcelona; preguntadas por el Padre Rector de la iglesia, qué causa les había movido á hacer aquel ejercicio de piedad, contaron lo siguiente. Hacía poco tiempo que en el lugar llamado de Piérola había muerto Juan Paret, hombre de muy cristianas costumbres y devotísimo de Nuestra Señora de las Mercedes; algún tiempo después principiaron á oirse ruidos desacostumbrados

en la casa del difunto, y, últimamente, apareciéndose el alma de éste á Francisca Claramunt, una de las cinco, le habló de esta suerte: «Por la intercesión de María Santísima de la Merced, de quien en el mundo fuí muy devoto, he alcanzado licencia del Señor para venir á decirte, que soy el alma de Juan Paret, y que para salir de las penas que estoy padeciendo en el purgatorio, necesito que cinco doncellas, vestidas de blanco, vayan en romería á la ciudad de Barcelona, y en el altar de Nuestra Señora de la Merced manden á decir una misa por mí». Oída esta relación fueron admitidas las cinco jóvenes á hacer los ejercicios piadosos que deseaban. Al día siguiente se celebró la santa misa en el altar de la Virgen, y al echar el sacerdote la bendición, la misma Claramunt tornó á ver el alma de Juan Paret que, en forma de candidísima paloma, se elevó sobre el altar y fué subiendo hasta perderse en los cielos. De que todos los presentes dieron rendidas gracias á Nuestra Señora de las Mercedes, que tan solícita se muestra en libertar á las almas cautivas del purgatorio.

ASPIRACIONES.—Quien tiene merecido el infierno, debe mirar como insigne misericordia de Dios ser condeñado á penas infinitamente menores, como son las del purgatorio. Siendo pues tantos y tan graves mis pecados, y tan poca ó ninguna la penitencia que hasta ahora he hecho por ellos, no puedo lisonjearme de que lograré evadirme de las cárceles

del purgatorio. Por lo que desde ahora, oh Reina amabilísima de las Mercedes, imploro vuestra benignidad y misericordia, para que, así como descendisteis del cielo á libertar á los cristianos que yacían cautivos en poder de los musulmanes, vayáis también á visitarme, cuando me halle detenido en las cárceles del purgatorio, rompáis las cadenas con que me hayan atado mis delitos no expiados en este mundo, apaguéis ese fuego vengador de las ofensas divinas, y rescatándome de aquella mansión de tormentos me conduzcáis á gozar de Dios en la gloria. No merezco, es verdad ninguna de tan señaladas gracias, pero Vos las habéis merecido por mí, oh Madre amabilísima, cuando voluntariamente os asociásteis á la pasión de vuestro divino Hijo, y fuísteis sumergida en aquel mar insondable de angustias y dolores en el Calvario. Gustáis de que se os invoque con el bellissimo título de Reina de Misericordia y de Mercedes, porque nada es tan propio vuestro como compadeceros de los miserables, y repartir vuestros dones gratuitamente, sin ljaros en merecimientos; por esto, oh Reina bondadosa, imploro vuestras piedades, no solamente para mientras me dure esta miserable vida, sino de modo especial, para después de mi muerte. Así sea.

Virtud para este día.—Oír una misa ó hacer una limosna por el alma del purgatorio que haya sido, acá en la vida, más devota de Nuestra Señora de las Mercedes.

MEDITACION PARA EL DIA TRIGESIMO PRIMERO

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES
LLEVA Á SUS DEVOTOS AL CIELO.

PUNTO PRIMERO.—La gracia de las gracias que la Virgen Santísima impetra para sus devotos es preservarles del pecado y del infierno y conducirles finalmente al cielo, donde en compañía suya vean á Dios, le posean y gocen de Él por toda la eternidad. La Iglesia saluda á la Virgen Santísima con el hermoso título de Puerta del cielo, *Janua coeli*, porque así como nadie penetra en el palacio de un rey, sino por la puerta, de modo semejante, nadie entrará en el paraíso sino por la mediación poderosa de esta Reina incomparable. En manos de Ella están, según nos enseñan los Padres y Doctores, la gracia de la perseverancia final y la salvación eterna, que es la gracia por excelencia, según esta expresión de San Pablo: *Gratia Dei, vita aeterna* (Rom. VI, 23); que vale tanto como decir: la gracia suprema para una alma es la salvación eterna. Bastante sabida es aquella hermosa sentencia de S. Bernardino de Sena, que, hablando con la divina Señora, le dice así: Tú eres la dispensadora de todas las gracias; nuestra salvación está en tus manos: *Tu dispensatrix omnium gratiarum: salus nostra in manu tua est*. Por consiguiente, nadie

ha de subir al cielo sino por los auxilios eficacísimos de esta soberana Virgen; Ella dispensa especialmente esta protección soberana á los que con fidelidad y amor se dedican á su servicio, les preserva de los formidables peligros que ponen en tanto riesgo la eterna salvación, les ampara en la hora de la muerte, y les pone en posesión de la gloria.

PUNTO SEGUNDO.—San Bernardo dice que por la acción poderosa de María, el cielo se halla repleto de bienaventurados, y el infierno casi vacío de réprobos: *Per te enim coelum repletum, infernus evacuatus est*; pues toda aquella gran multitud de justos que ahora alaban y ensalzan á Dios en el cielo, habría descendido á los infiernos envuelta en la perdición universal del linaje humano, sin la mediación poderosa de esta amabilísima Reina. Escuchemos al santo Doctor, que con la elocuencia que le es propia desarrolla esta dulce y consoladora verdad. Dice así: Deje de alabar tu misericordia, oh Virgen Santa, si hay alguien que habiéndote invocado en sus necesidades recuerda que ha sido desamparado de tí: *Sileat misericordiam tuam, Virgo Beata, si quis est qui invocatam te in necessitatibus suis sibi meminerit defuisse*. En verdad, nosotros tus humildes siervos nos congratulamos contigo por todas tus demás virtudes, pero al tratarse de tu misericordia, nos felicitamos á nosotros mismos: *Nos quidem servuli tui caeteris in virtutibus gaudemus tibi, sed in hac potius nobis ipsis*. Alabamos tu

virginidad, admiramos tu humildad, pero tu misericordia es la virtud que más dulcemente sabe á los miserables, por eso nos es mucho más cara que todas las demás, y de ella recordamos con frecuencia, y á ella invocamos más á menudo: *Misericordiam amplectimur charius, recordamur sapius, crebrius invocamus.* Pues esta misericordia de María es la que ha obtenido la reparación del mundo todo, y ha impetrado la salud de todos los hombres. Cuan solícita estuvo por todo el género humano, aquella á quien fué dicho: No temas, María, has encontrado la gracia: *Ne timeas, Maria, invenisti gratiam* (Luc. I, 30). Este mismo lugar evangélico nos muestra á María buscando la gracia, y no así vagamente, sino la gracia para todos los hombres. ¿Quién pues, añade el santo Doctor, podrá sondear, oh Virgen bendita, la longitud y la latitud, la sublimitad y la profundidad de esa tu incomparable misericordia? *Quis ergo misericordiae tuae, o benedicta, multitudinem, et latitudinem, sublimitatem et profundum queat investigare?* Pues la longitud de tu misericordia alcanza hasta el último día de los tiempos para socorrer á cuantos hasta entonces te invoquen. En cuanto á amplitud, todo el orbe está lleno de tu misericordia, de suerte que podríamos decir que toda la tierra está llena de tu misericordia como de la del Altísimo: *Tua quoque misericordia plena est omnis terra.* En cuanto á sublimitad, esta virtud ha subido tanto en María que ha alcanzado á restaurar las ruinas de la

celestial Jerusalén: *Sublimitas ejus civitatis supernae invenit restorationem*. Por lo que hace á su profundidad, baste decir que María ha obtenido la redención para cuantos estaban sentados en las tinieblas y sombras de muerte. Por tí, pues, oh Virgen bienaventurada, el cielo está lleno de bienaventurados, el infierno vacío de réprobos, y por tí se han restaurado las ruinas de la celestial Jerusalén: *Per te enim coelum repletum, infernus evacuatus est, instauratae ruinae caelestis Jerusalem*. Finalmente, por tí ha sido devuelta la vida á tantos miserables que han puesto su esperanza en tu mediación: *Expectantibus miseris, vita perditata data* (Serm. I Assumpt B. M. V. in fine).

PUNTO TERCERO.—Si pues á la Virgen Santísima debemos la gracia imponderable de tener un Redentor; si por Ella el cielo está repleto de bienaventurados, y el infierno vacío de innumerables pecadores que habrían ido á arder en esos braseros inextinguibles, si no hubiesen alcanzado misericordia por la mediación poderosa de María; á Ella debemos recurrir para obtener la gracia de nuestra salvación eterna. La Reina de gracia y misericordia se complace en proteger á sus devotos siervos, y lo hace con tal tesón y perseverancia que no solamente les saca del cieno de los pecados, si han tenido la desgracia de caer en él, no solamente les ampara á la hora de la muerte, sino que tomando Ella misma en sus manos virginales

aquellas almas que con fidelidad y amor le han servido en esta vida, las conduce triunfalmente al cielo. Por esto San Efrén llama á la devoción de la Virgen Santísima la llave que nos abre las puertas del paraíso: *Reseramentum coelestis Jerusalem* (Orat. de Laud. Virg.).

La Reina del cielo que tanto se complace en que se la invoque con el hermoso título de Madre de las Mercedes y Misericordia, en ninguna circunstancia ostenta más claramente que lo es, como en la hora de la muerte; entonces es cuando manifiesta aquel gran poder que ha recibido de su Hijo divino para conducir almas al cielo; pues en ese punto decisivo ejerce irresistible imperio, alejando de lado de sus siervos á las potestades infernales, y despertando en ellos las más preciosas virtudes, especialmente la fe, la esperanza y la caridad. Hasta en el solemne momento del juicio defiende ante el acatamiento divino la causa de sus devotos hijos, y como abogada prudentísima que es, alcanza la victoria y obtiene sentencia de eterna salvación para cuantos fielmente le han servido. Todavía más. Allá en el paraíso, dice San Buenaventura, serán reconocidos por una señal especial, entre los demás bienaventurados, aquellos que se hayan distinguido en este mundo por un amor y devoción muy singulares á la Reina del cielo; siendo de advertir que aquellos en quienes María ha impreso esta señal dichosa quedan por el mismo hecho, aun desde esta vida, inscritos

en el libro de los predestinados: *Qui acquirunt gratiam Mariae, agnoscentur a civibus paradisi, et qui habuerit characterem ejus annotabitur in libro vitae* (In Spec.).

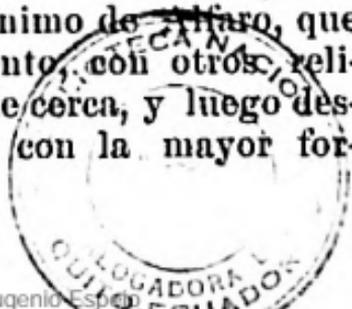
La historia de la benemérita Orden de la Merced prueba elocuentemente cuanto acabamos de decir, pues vemos en ella cómo la Santísima Virgen protegió de modo especialísimo á aquellos sus grandes siervos que en vida se esmeraron en honrarla, auxiliándoles Ella á su vez con insignes portentos y maravillas á la hora de la muerte. Así leemos de San Pedro Nolasco, que expiró en el momento mismo en que la Iglesia celebra cada año el Nacimiento del Mesías, ó sea el advenimiento de la gracia de la Redención á este mundo, y expiró con estas hermosas palabras de los Salmos en los labios: *Redemptionem misit (Dominus) populo suo* (Ps. CX, 9): el Señor ha enviado la Redención á su pueblo. San Ramón Nonato murió cercado de ángeles y después de haber recibido milagrosamente de mano de ellos el santo viático; otros muchísimos siervos de Nuestra Señora de las Mercedes han obtenido de esta soberana Reina gracias tan excelentes como estas, con que finalmente han logrado entrar en la posesión de la gloria eterna.

EJEMPLO.— Un hermoso prodigio, acontecido en Portobelo, antigua población del istmo de Panamá, á principios del siglo XVIII, demostró elocuentemente cuanto se goza la Virgen Santísima en llevar al cielo á las almas

que le son devotas, y cómo se ciñe de ellas, cual con diadema de luceros, allá en el paraíso.

Leemos, en la obra del tantas veces citado padre Talamanco, que había, en dicha ciudad de Portobelo, una piadosa mujer llamada Ana de Santa María, devotísima de Nuestra Señora de las Mercedes, que vestía su cándido escapulario, y procuraba agradar constantemente á esta divina Madre, practicando singulares obsequios en su honor, frecuentando los santos sacramentos, y ejercitándose en toda clase de virtudes, especialmente la humildad y la mortificación. Una vida tan penitente, santa y edificante fué coronada con una muerte todavía más preciosa, cercada de señales manifiestas de eterna predestinación: acaeció esto el año de 1708. Llevaron el cadáver á enterrar, al convento de la Merced, en la misma ciudad de Portobelo, conforme la difunta lo había dispuesto en su testamento, y lo colocaron en el altar mayor que estaba cercado de luces, para celebrarle allí las acostumbradas exequias de cuerpo presente. Cautaron los religiosos la vigilia; y al comenzar la misa, á las primeras palabras del *introito*, apareció en la frente de la santa imagen de la Virgen de Mercedes una brillante estrella, tan resplandeciente y viva que dejaba muy confusa y turbada la que daban las hachas y las velas del altar y del túmulo. Admiráronse los concurrentes de tamaña novedad; y saliendo algunos de ellos por la ciudad, lo anunciaron, haciendo que acudiese á

la iglesia una inmensa multitud para contemplar la maravilla. Hiciéronse varias diligencias en averiguación del caso; y muy particularmente lo tomó con grande empeño el Comisario de la Inquisición y Vicario de la ciudad, licenciado señor don Juan Tamayo. Presentóse acto continuo en la misma iglesia; mandó apagar todas las luces, pero ninguna falta hacían, pues bastaba la estrella para alumbrarlo todo; y advirtiendo que ésta en vez de disminuir aumentaba todavía más en claridad y viveza, quiso hacer otra inspección aún más rigurosa. Mandó cavar la pared que estaba detrás del retablo; y quitadas también las tablas que cercaban al nicho de la santa imagen, entró por allí; y llegándose á la Virgen, miró por todas partes con escrupulosidad, sip que pudiese hallar ningún género de artificio que pudiera ser causa de tan extraordinaria luz. Miró el rostro de la imagen, y vió que tenía en la frente una pequeña estrella de pulgada de diámetro; tocóla con la mano, y la limpió con un lienzo; mas viendo que en vez de ofuscarse resplandecía más y más á cada prueba que la sujetaba, conoció ser aquella, cosa extraordinaria y sobrenatural, y tanto se entusiasmó para gloria de Dios y de su Madre, que desde aquel mismo sitio exclamó en voz alta: *¡Milagro, señores, milagro!* Fueron luego los alcaldes, y el Padre Jerónimo de Alfaro, que era el prelado del convento, con otros religiosos: lo contemplaron de cerca, y luego después lo certificaron todos con la mayor for-



malidad. Las gentes que movidas de la novedad acudían á la iglesia, podían apenas penetrar en ella; de suerte que los padres hacían frecuentes y largas pausas en la misa para dilatarla, y dar lugar y tiempo á que los fieles presenciaran un prodigio tan nuevo y tan extraño. Duró y permaneció la estrella en la frente de la santa imagen todo el tiempo que duró la misa; y al llegar el diácono á decir *Requiescant in pace*, y contestar los religiosos, *Amén*, desapareció con grande admiración de toda la concurrencia.

Todo aquel innumerable pueblo salió de la iglesia ensalzando á Dios y á su Santísima Madre que así sabe llevar al cielo y glorificar delante de los hombres, á quienes fielmente le sirven acá en la tierra; pues todos quedaron persuadidos que la estrella maravillosa que habían visto lucir en la frente de la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes era el alma, bienaventurada ya, de aquella devotísima sierva de tan soberana Reina.

ASPIRACIONES.— ¡Oh Virgen Santísima de la Merced!, aunque miserable pecador también yo me glorío de amaros con todo mi corazón, y aspiro al honor de ser contado entre vuestros más fieles y adictos siervos. Pero ¡ay! Madre dulcísima, si olvidáis protegerme, si no venís prontamente en mi auxilio, temo mucho sucumbir á los furiosos y constantes ataques de mis infernales enemigos; volad, pues, en mi socorro. Si veis que una larga

vida ha de poner en peligro mi eterna salvación, alcanzadme la gracia de salir cuanto antes de este penosísimo destierro, de romper la cárcel del cuerpo que mantiene cautiva á mi alma, entre las cadenas pesadísimas de tantas innobles pasiones, y de ir á gozar de la vista y posesión de Dios en los cielos. Pero antes de esto, dignaos alcanzarme, oh Reina piadosísima, la gracia de una sincera y profunda contrición, con que se lave y purifique mi alma de toda mancha de culpa; obtenedme también la gracia de vivir siempre inflamado en el amor de Jesús, para que así, después de haberos servido fielmente en la vida, merezca, por vuestra intercesión, acompañaros en las eternas glorias del paraíso. Amén.

Virtud para este día.—Hacer una fervorosa comunión, como si fuese la última de nuestra vida, poniendo desde ahora, bajo el especial amparo de la Santísima Virgen de la Merced, aquel momento formidable, en que desprendida nuestra alma del cuerpo habrá de hundirse para siempre en el seno insondable de la eternidad.

OFRECIMIENTO

DE LA FLOR ESPIRITUAL DE CADA DIA

(Tomado de un devocionario de la Orden)

Dulce es invocaros, oh María, y no hay gozo en el mundo que pueda compararse al de experimentar vuestras bondades. Si la amistad nos vende, venís á recrearnos con fidelidad que nunca falta; si la virtud amengua, fuente sois Vos que la acrecentáis con vuestras caudalosas aguas; si desfallece la robustez del cuerpo, venís á sostenernos con vuestra maternal piedad; si dormimos, veláis nuestro sueño repetidas veces agitado por la crueldad de insomnios que afligen el espíritu; si lloramos, nos acompañáis en el dolor; alegres, participáis de nuestras alegrías; pobres y abandonados, nos recibís como á hijos vuestros, como á hijos de vuestro corazón. ¿Qué haré yo por Vos, Señora mía? ¿Cómo corresponderé dignamente á vuestro cariño maternal? Si el corazón os place, aquí le tenéis rendido y ansioso de llegarse á Vos; si os gusta una expresión de amor, ved aquí la flor espiritual de este día; dignaos aceptarla con todos los home-

najes que os ha tributado mi amor filial; si queréis el alma, si queréis la vida, tomadla toda entera, que descansará tranquila en vuestro regazo amable. ¡Oh María! ¡María! ¡No nos abandonéis jamás en esta travesía ingrata de la vida, donde nos cercan tan graves peligros. No nos dejéis entregados á nuestras débiles fuerzas, puesto que sin Vos pereceríamos sin remedio, y en nuestras caídas no nos fuera posible el levantarnos. ¡Oh María! Rogad por mí, rogad por todos los cristianos, ahora, y en el trance terrible de la muerte. Así sea.

~~~~~

## DEPRECACION

A

### NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

¿Quién como Tú, querida Madre nuestra,  
Dueño del alma, Reina de Mercedes?  
El cetro del Señor se alza en tu diestra:  
Poder ninguno alcanza lo que puedes! . . . .

A tus plantas hermosas destrozados  
Están los hierros de infeliz cautivo:  
Grilletes mil, esposas y candados  
Son los trofeos de tu amor activo.

Tuya es Madre de amor, tuya esta tierra,  
Muéstranos que eres Madre y cuanto puedes;  
Apáguese los rayos de la guerra:  
Dános la paz, oh Reina de Mercedes!

# CORONA DE DOCE ESTRELLAS

EN HONOR DE

## NUESTRA SEÑORA de la MERCED



### BREVE NOTICIA DE ESTA DEVOCION MERCEDARIA

El R. P. Procurador General de la Orden pidió á la Santa Sede que dedicara á Nuestra Santísima Madre la *Corona de las Doce Estrellas*, de la «*Raccolta*» auténtica de la S. Congregación de Indulgencias, que está aprobada por la Iglesia; N. Santo Padre el Papa Pío X, en la audiencia del 12 de Agosto de 1908, accedió á la petición, aumentando las Indulgencias y ordenando agregar una antifona, el verso y oración del Oficio litúrgico de Ntra. Sra. de la Merced.

Es necesario tener presente que para ganar las indulgencias se debe rezar el texto íntegro de la *Corona*.

Tal es la nueva devoción mercedaria, de la Corona de las Doce Estrellas, aprobada últimamente por la Santa Sede.

MODO DE REZAR

## LA CORONA DE DOCE ESTRELLAS

EN HONRA DE

Nuestra Señora de la Merced

QUE CONSTA DE DOCE AVE MARIAS Y DE TRES PATER  
EN HONRA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

---

*Por la señal de la santa Cruz etc.*

Alabemos y demos gracias á la Santísima Trinidad que nos presentó á María vestida del sol, con la luna bajo sus piés y en la cabeza una misteriosa corona de doce estrellas.

Respuesta. — *Por los siglos de los siglos. Amén.*

Alabemos y demos gracias al Eterno Padre que la eligió por hija suya.

R. *Amén. Padre nuestro.*

Alabado sea el Eterno Padre que la preservó de toda culpa en su Concepción.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el Eterno Padre que la predestinó para Madre de su divino Hijo.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el Eterno Padre que la adornó con preciosos dones en su Natividad.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el Eterno Padre que le dió por compañero y esposo purísimo á San José.

R. *Amén. Ave María etc. Gloria Patri.*

Alabemos y demos gracias al divino Hijo que la escogió para Madre suya.

R. *Amén. Padre nuestro etc.*

Alabado sea el divino Hijo que se encarnó y habitó nueve meses en su seno.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el divino Hijo que nació de ella y fué alimentado con su leche.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el divino Hijo que en su infancia quiso ser enseñado por ella.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el divino Hijo que le reveló los misterios de la redención del mundo.

R. *Amén. Ave María etc. Gloria Patri.*

Alabemos y demos gracias al Espíritu Santo que la recibió por su esposa.

R. *Amén. Padre nuestro etc.*

Alabado sea el Espíritu Santo que le reveló, por primera vez, su nombre de Espíritu Santo.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el Espíritu Santo, por obra del cual fué, al mismo tiempo, Virgen y Madre.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el Espíritu Santo por cuya virtud fué templo de la Santísima Trinidad.

R. *Amén. Ave María etc.*

Alabado sea el Espíritu Santo que lo exaltó en el cielo sobre todas las criaturas.

R. *Amén. Ave María etc. Gloria Patri.*

Saludad á María, que tanto ha hecho por vuestro bien, diciendo: Dios te salve Madre de clemencia, Consoladora de los afligidos, Redentora de los cautivos. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.

Vl. Acordáos de vuestra Congregación.

Rl. Que os pertenece desde el principio.

### ORACIÓN

Oh Dios, que por medio de la gloriosísima Madre de vuestro Hijo enriquecisteis á la Iglesia con una nueva familia destinada á libertar á los fieles del poder de los paganos, concedednos que, así como piadosamente veneramos á la Fundadora de esta grande obra, nos veamos libres, por sus méritos é intercesión, de todos nuestros pecados y de la cautividad del demonio. Amén.

Por la Santa Iglesia Católica, por la propagación de la fe, por la paz entre los príncipes cristianos y por la extirpación de las herejías: *Salve Regina etc.*



## INDULGENCIAS

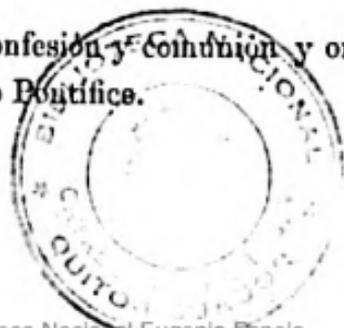
El Papa Gregorio XVI por un decreto de la S. C. de Indulgencias, de 8 de Enero de 1838, concedió á todos los fieles  *cien días de indulgencia por cada vez*  que recen la Corona de las Doce Estrellas.

El Papa Pio IX, por rescripto del 17 de Marzo de 1856, confirmado por León XIII con rescripto de la S. C. de Indulgencias del 23 de Julio de 1898, concedió  *una Indulgencia plenaria una vez al mes,*  al arbitrio de los que hubieren rezado dicha corona durante todos los días del mes.

*Condiciones:*  Confesión y Comunión y orar por la intención del Sumo Pontífice.

Nuestro Santo Padre el Papa Pio X, en la audiencia del 12 de Agosto de 1908, concedió á los religiosos mercedarios, á los miembros de la segunda y tercera Orden, tanto regulares como seculares, y á todos los inscritos en la Cofradía del santo escapulario de la Merced, las siguientes indulgencias, aplicables á las almas del purgatorio: 1.º  *Indulgencia de siete años y siete cuarentenas por cada vez*  que recen la corona devotamente y con el corazón contrito; 2.º  *Indulgencia plenaria*  que puede ganarse 1.º  *una vez en cada mes, y 2.º en las fiestas de la Santísima Virgen*  que se celebran en toda la Iglesia.

*Condiciones:*  confesión y ~~Comunión~~ y orar por las intenciones del Sumo Pontífice.



# INDICE

---

|                                                                                                                      | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| ADVERTENCIA .....                                                                                                    | III          |
| Oración para todos los días .....                                                                                    | 3            |
| DIA I.—Cuanto nos importe ser devotos de la Virgen Santísima en su título de las Mercedes .....                      | 5            |
| Preces á Nuestra Señora de la Merced .....                                                                           | 12           |
| DIA II.—La Reina de las Mercedes .....                                                                               | 16           |
| DIA III.—Cuánta necesidad tenemos de las Mercedes y protección de la Virgen Santísima .....                          | 23           |
| DIA IV.—Cuánto se complace la Virgen Santísima en que se la invoque bajo el título de la Merced ó Misericordia ..... | 30           |
| DIA V.—María, Libertadora de cautivos ..                                                                             | 38           |
| DIA VI.—María es Madre de Misericordia .....                                                                         | 44           |
| DIA VII.—María es la Corredentora del linaje humano                                                                  | 51           |
| DIA VIII.—De qué manera la Virgen Santísima ha cooperado á la Obra de nuestra Redención ...                          | 58           |
| DIA IX.—Cuánto costó á la Virgen Santísima el cargo de Corredentora del linaje humano .....                          | 65           |
| DIA X.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos del cautiverio del pecado mortal .....                     | 72           |
| DIA XI.—Ntra. Sra. de las Mercedes ejerce su patrocinio en favor de los más miserables pecadores ..                  | 80           |
| DIA XII.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos de la tiranía del demonio .....                          | 87           |
| DIA XIII.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos de la tibieza .....                                     | 95           |
| DIA XIV.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos del yugo y servidumbre de las innobles pasiones .....    | 103          |
| DIA XV.—Nuestra Sra. de las Mercedes protege á sus devotos en las varias tribulaciones de la vida ...                | 110          |
| DIA XVI.—Ntra. Sra. de las Mercedes liberta al pueblo cristiano de la tiranía musulmana .....                        | 117          |
| DIA XVII.—Nuestra Señora de las Mercedes ampara á los pueblos que le son devotos, en las calamidades públicas .....  | 125          |

|                                                                                                                                          | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| DÍA XVIII.—Nuestra Señora de las Mercedes preserva á los pueblos que lo invocan, del flagelo del hambre.....                             | 132          |
| DÍA XIX.—Nuestra Señora de las Mercedes protege en las epidemias á los pueblos que le son devotos.....                                   | 140          |
| DÍA XX.—Nuestra Señora de las Mercedes ampara á los pueblos que le son devotos, en los temblores de tierra.                              |              |
| DÍA XXI.—Nuestra Señora de las Mercedes protege á los pueblos que le son devotos, en las calamidades de la guerra.....                   | 156          |
| DÍA XXII.—Del amor con que debemos honrar á la Virgen Santísima, en su advocación de las Mercedes.....                                   | 163          |
| DÍA XXIII.—Debemos acudir á Nuestra Señora de las Mercedes con humildad.....                                                             | 172          |
| DÍA XXIV.—Debemos acudir con confianza, á Nuestra Señora de las Mercedes.....                                                            | 180          |
| DÍA XXV.—Debemos orar con perseverancia para conseguir las gracias que imploramos de la mediación de Nuestra Señora de las Mercedes..... | 189          |
| DÍA XXVI.—La caridad al prójimo es excelente disposición para alcanzar favores de Nuestra Señora de las Mercedes.....                    | 199          |
| DÍA XXVII.—Del homenaje de amorosa servidumbre que debemos á Nuestra Señora de las Mercedes en reconocimiento de sus bondades.....       | 208          |
| DÍA XXVIII.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos de una mala muerte.....                                                   | 217          |
| DÍA XXIX.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos del infierno.....                                                           | 226          |
| DÍA XXX.—Nuestra Señora de las Mercedes libra á sus devotos de las cárceles del purgatorio.....                                          | 236          |
| DÍA XXXI.—Nuestra Señora de las Mercedes lleva á sus devotos al cielo.....                                                               | 244          |
| Ofrecimiento de la flor espiritual de cada día.....                                                                                      | 251          |
| Deprecación á Nuestra Señora de las Mercedes.....                                                                                        | 255          |
| Corona de Doce Estrellas en honor de Nuestra Señora de la Merced.....                                                                    | 257          |